CONCHA ESPINA

EL CÁLIZ ROJO

UNIV. OF ARIZONA
PQ6609.S5 C3 1923 mn
Espina, Concha/El caliz rojo, novela
3 9001 03815 4715

RENACIMIENTO

EL CÁLIZ ROJO

CONCHA ESPINA

EL CÁLIZ ROJO

NOVELA

RENACIMIENTO
MADRID.—SAN MARCOS, 42
1923

Es propiedad de la autora.
Copyright by Concha Espina.
Hechos los depósitos que marca la ley para las Repúblicas americanas.

OBRAS DE CONCHA ESPINA

La Niña de Luzmela (novela, 3.ª edición).
Despertar para morir (novela 3.ª edición).
La Esfinge Maragata (novela premiada por la Real Academia Española, 3.ª edición).
Al amor de las estrellas *(Mujeres del Quijote).*
La rosa de los vientos (novela 3.ª edición).
Ruecas de marfil (novela, 2.ª edición).
El Jayón (drama en tres actos, premiado por la Real Academia Española).
Pastorelas (poemas en prosa).
El metal de los muertos (novela, 2.ª edición).
Dulce Nombre (novela).
Cuentos.
Simientes (páginas iniciales).
El cáliz rojo (novela).

EN PRENSA

Agua de roca (novela).

TRADUCCIONES

AL INGLÉS

La Esfinge Maragata.—La Rosa de los vientos.—El Jayón (novela). El metal de los muertos.

AL ALEMÁN

La Esfinge Maragata.—El Jayón (drama).—El metal de los muertos.—Dulce Nombre.

AL ITALIANO

El Jayón (drama y novela).—Al amor de las estrellas *(Mujeres del Quijote).*

AL CHECOESLOVACO

La Esfinge Maragata.—El Jayón (drama).

Lector: Si eres de los ingenuos y ramplones que sólo buscan en los libros «matar el tiempo» con mentiras alegres y hurtar el ánimo cobarde a la verdad profunda del dolor; si eres de los que piden al artista fábulas ingeniosas, llenas de sucesos exteriores, que diviertan y halaguen a flor de piel, novelas de frac y guante blanco, recomendables para «las damas», novelas en donde pasen muchas cosas, pero nunca en serio ni en triste; si eres, en fin, de los lectores aficionados a páginas que no den quebraderos de corazón ni de cabeza, no sigas adelante: en este libro «no pasa nada»; este libro es amargo y desapacible; este libro no se escribió para ti.

Cada vez se acentúa más en el mundo el desastroso conflicto entre la vida interior y la exterior. Corre la humanidad ahora fuera de sí misma, fuera del centro y eje de las almas,

en ciega busca de lo más vil, tosco y efímero de la existencia presente. La torpe inclinación a toda apariencia y exterioridad, la prisa de los éxitos visibles, la lucha por los placeres groseros, el apetito de los amores fáciles, el bárbaro desdén a cuanto sea puro, íntimo, serio, perdurable y veraz, tienden a destruir por dondequiera los móviles desinteresados y generosos del espíritu. Los ideales de la vida, los sentimientos, las acciones, renuncian a sus fines inmortales; se rebajan y prostituyen los caracteres; todas son flaquezas, deslealtades, cobardías, claudicaciones, acomodos ruines; se quiere vivir «al día» sin el estímulo del «más allá», sin creer en nada perenne, sin levantar el cáliz del corazón en el ara de los sacrificios augustos y de los amores eternos.

En este ambiente universal, las pocas almas superiores, de honda vida interior, que por saberse firmes e inmortales aciertan a poner en sus deseos, en sus obras, rumbos y aspiraciones de infinito, van por la tierra tristes y peregrinas, en angustiosa contradicción, en amarga soledad, siempre extranjeras, incomprensibles, enigmáticas, a los ojos ciegos y burlones de la muchedumbre.

Bajo la sencillísima ficción de unos amores humanos, dolorosamente humanos pero con

raíces de eternidad, he pretendido retratar aquí una de esas almas solitarias y misteriosas, tanto más capaces para el amor y el sufrimiento cuanto más lúcidas y sensibles, y ajenas al torpe rebaño de las gentes.

Y por ser una tragedia puramente espiritual, una novela de vida interior, encaminada a los pocos y escogidos lectores que prefieren un solo y noble rasgo de las verdades profundas, de las inquietudes eternas, a todas las mentiras convencionales del vulgo, he prescindido, en lo posible, de acción exterior, de episodios ajenos a la realidad psicológica. Deliberadamente simplifiqué hasta lo sumo todo artificio novelesco, y, en un ambiente exótico, al margen de espesa multitud, puse el alma humana, sola, extranjera y errabunda, en íntima y dolorosa comunión con el alma del paisaje.

CONCHA ESPINA.

CAMINO PRIMERO
ENIGMA

I

¿QUIÉN SERÁ?

STÁ el pueblo rodeado por la selva, y la calle principal discurre entre la masa tónica de los pinos y la transparencia luminosa del Kalksee.

Allí, en la vía más descollante y urbana, tiene Ismael Dávalos, el hebreo, su habitación, ramplona y vulgar, pero llena con el susurro de los árboles y el espejo de las aguas; alegres balcones, uno a cada punta, comunican el amplio dormitorio con los dos grandes elementos campesinos.

Casi todas las viviendas de la población disfrutan de un horizonte semejante y se ven unas

a otras desde la empalizada rústica de los jardines; sus moradores se saludan en la carretera, en los senderos fáciles del pinar, en las regatas asiduas por el lago.

Solo una casa está escondida y señera, la de Maybach el *Förster,* un suabo tranquilo y robusto, bien fincado por cuenta del Gobierno en esta arbolada llanura de Woltersdorf.

La esposa Agnes y la hija Grete, acompañan al guardabosque en su aislamiento y llevan al hogar selvático un aliño pulcro, un tono amable y dulce: han nacido en Baviera y tienen ambas esa condición apacible, esa mansa lisura desconocida por los prusianos.

Circuyen la casa maciza y decorosa un seto vivo y un raudal que se apresura claro y murmurador por la arena caliente de la Marca. Los árboles, de todos los nombres y categorías, acosan al edificio metiéndole en las habitaciones ramos y esencias, nidos y gorjeos; entran y salen en el zaguán las golondrinas, se pasean los mirlos por el techo de bálago, se buscan las mariposas en el confiado ramaje y diríase que todas las alas y los pétalos del bosque tienen aquí, lo mismo que la brisa, un escucho servicial para los hastiales, para los

antepechos encortinados y floridos como los de una ciudad.

En este rincón ha venido a hospedarse una mujer que preocupa mucho a Ismael Dávalos. Porque no es costumbre que el *Förster* admita pensionistas, y hasta se dice que le está prohibido ese lucro: su casa, en plena selva, de estilo moderno como un hotel, incita a los forasteros de buen gusto, deseosos de habitarla, sin que nunca Maybach los haya querido recibir. Hoy una señora extranjera ocupa allí uno de los mejores aposentos, atendida por Agnes y Grete con esmerada solicitud: ¿quién será?

El mismo *Waldwärter*, el «maestro del bosque», según al guarda se le nombra también, depone a menudo su gesto huraño y evasivo para llevar a la dama en canoa o conducirla, vigilante como un pastor, a lo más arisco de la floresta, indicándole el rudo obstáculo de los troncos muertos, el estorbo de una raíz insurgente, el peligro de una senda que se extingue.

Va la señora casi siempre vestida de blanco, de un modo sencillo y personal; morena, esbeltísima, tiene los ojos oscuros y leonados,

con brillante calor en la mirada, la boca firme y grave, la frente noble y pensativa, el pie curvo y latino, las manos infantiles; corta el pelo negro y caudaloso, en satinados mechones sobre las sienes, y todo en su belleza se distingue por un aire absorto y gentil, por la expresión de un hechizo fuerte y singular.

Dávalos, un poco aburrido en sus vacaciones de ordenado solterón, curioso, sensible a la hermosura femenina, cuando es muy selecta y delicada, trata de averiguar el nombre y origen de aquella señora; de dónde ha venido; por qué el viejo Maybach la hospeda y la cuida con una protección reverente; por qué huye de mencionarla, obstinado en no referirse a tal persona, como si la quisiera esconder.

El israelita y el guarda se conocen de tiempo atrás y son amigos hasta donde es posible entre los hombres de tan diferente condición. Dávalos, que años hace veraneó en la orilla blanda del Kalksee, estima las virtudes patriarcales del suabo, cachazudo, honradísimo y formal, quien por su parte admira y excluye entre la colonia bañista de Woltersdorf al único forastero escogido y señoril que no se parece a los demás.

Espesa y tosca, la gente alemana que en los meses de estío busca en esta ribera el contraste y la diversión lejos de la oficina opresora, o, a lo sumo, de un hogar adocenado y burgués, tiene con frecuencia un mismo aspecto rudimentario y desvaído.

Repara Ismael Dávalos en cada persona con espíritu observador y no sorprende la novedad ni el matiz capaces de sugerirle un interés. Juzga aquella casta como cera derretida, una humanidad que pasó de la barbarie a la decadencia sin conocer la refinada cultura ni conseguir la intensa virtualidad histórica de los pueblos inmortales. Estudia sobre todo a las mujeres con penetrante ahinco; las trata y las encuentra ingrávido el pensamiento, la boca riente, la mirada azul, la carne insípida, como si nunca fuera besada por el Dolor. No tienen una frente calurosa ni una ansiedad arcana; en sus ojos la aparente inocencia es un hastío que trasunta el soplo sensual como una costumbre, sin el fuego interior de las almas; su belleza, que jamás logra una armonía absoluta, desconoce la divina inquietud, no sabe a recuerdos candentes ni a exigencias espirituales.

Dávalos se aisla en esta sociedad apagada y gris que frecuenta rara vez. Navega y camina solo por el lago y por el bosque y procura encontrar en sus paseos a la dama extranjera y misteriosa, tan diferente a todas las hembras de Wolterṣdorf.

Se ha cruzado con ella en muchas ocasiones por los caminos que salen de la sombra llenos de savias y perfumes y en las rutas salvajes donde se espesan los murmullos escondiéndose del sol; le ha visto los ojos anchos y profundos, que no huyen el rielar de la luz: le ha escuchado la voz sirena; le ha rozado la fimbria de la ropa en el vacilante rumbo de un sendero; y una angustia imprecisa le sacude con el aire peregrino de aquella mujer: ¿quién será?

Acostumbra el paseante a entrar en el cercado de la *Försterei*, allí donde se desmanda el plantel de los pinos unánimes para dar cabida al roble y al abedul, a los cedros encarnados, hayas y encinas corpulentas, álamos y fresnos, olmos y alerces, todo el poder vigoroso del bosque sin más escampo que el terreno concedido a la edificación.

Agnes, como buena administradora de sus

intereses, ha colocado ante la fachada principal veladores con mantel de color y sillas de jardín. Entre los árboles se esconde, cercana, una glorieta, vestida con trepadora silvestre, mesa y bancos; y la mujer de Maybach sirve con muy buen talante ricos vasos de leche al goloso que lo solicita. Cobra poco, sonríe mucho y no obstante los bañistas prefieren beber cerveza en la barraca del lago o en los cafés anodinos del pueblo: sólo alguno, por excepción, entra en la senara del vigilante, a posar junto a la *Försterei* cuyos antepechos adorna Grete con desbordantes macetas.

Ismael Dávalos pertenece a esta escasa minoría y la representa hoy como único ejemplar; bien le conocen allí hasta los perros lobos, Nero y Cäsar, lo mismo que el ciervo Hans, domesticado y brincador.

Suele llegar el israelita al caer la tarde atisbando los contornos por donde la extranjera puede venir, o la ventana con rastel, baja y propicia, desde la cual se descubre todo el gabinete de la señora y se distingue a menudo un correcto perfil, inclinado con preocupación sobre libros y cartas. Algunas veces aquella lectora va a descansar apoyada en su perfuma-

do barandaje, y queda un poco encendida por el carmesí y el bermellón de rosas y geráneos.

Viéndola así, de frente, alcanzada por el matiz violento de las flores, a su admirador no le ha parecido una enferma corporal, según en el pueblo se murmura, sino un espíritu devorado por las siniestras pupilas del Dolor. Siempre en la cara le tiembla una sombra y una llama de pena en la oscuridad de los ojos...

Con la bucólica merienda por delante consigue Dávalos que la mujer de Maybach cuente algo de lo que recata el marido; pero aún no sabe cómo se llama ni de dónde es la que tanto le importa.

—No me acuerdo—afirma Agnes—, he leído el nombre en la correspondencia que recibe, y le olvido porque no es alemán, nosotros la decimos únicamente *gnädige frau*.

—¿Y es cierto que sufre?...

—Mucho. Tiene mala salud; apenas come: se alimenta con fruta que le envían diariamente de Berlín y con mermelada de rosas que le llega de Bucarest.

Sonríe el caballero recordando el exquisito manjar de Oriente, pulpa de los brotes más celestiales de la tierra.

Y la suaba continúa:

—Un dulce muy fino, lleno de olores de jardín; le hacen con hojas y capullos de rosal y es como un postre destinado a los ángeles: no parece cosa humana.

—Entonces ha venido a convalecer—alude el curioso, que no suelta el hilo de sus averiguaciones.

—Eso parece.

—¿Sola?

—Sola.

—Mediante alguna recomendación, supongo...

—Sin duda... Mi esposo tuvo un parte oficial anunciándola, y nos ha dicho que la tratásemos como a una Emperatriz, que es dama de mucha calidad, y se la ha confiado quien dispone de nuestro destino... a lo mejor el mismo Presidente.

—Quizá... ¿Y es soltera?

—Debe serlo... o viuda, y por eso estará tan triste.

No concede Agnes que una viuda pueda sentirse feliz y una casada hundida en la desesperación.

Dávalos que no se distrae de sus propósitos, insiste en anteriores pesquisas.

—Me ha dicho usted que habla esa señora el alemán.

—Es cierto: pero se ve que piensa en otro idioma y que tiene la mirada lejos de aquí.

Este agudo comentario casi inspira celos al hombre que se empieza a enamorar.

—¡Lejos de aquí!—repite involuntariamente. Y evoca la expresión de los ojos callados y sombríos, húmedos de nostalgia.

Hasta que un día tiene una inspiración. Acude como por casualidad mucho más temprano que otras tardes a la *Försterei* y charla con Maybach, cuando llega el cartero que deposita la correspondencia en un velador junto a los dos amigos.

Fuma el suabo en la enorme cachimba germana, la clásica «pipa del abuelo», y oye con fruición hablar de su país.

Porque el veraneante que conoce la arcilla de todos los caminos y alguna flaqueza de todos los corazones, se refiere con entusiasmo a la hermosura del Danubio, a la grandiosidad del lago Constanza y de los Alpes tiroleses. Y el buen aldeano de la Selva Negra sonríe enternecido, a sus recuerdos familiares, evocán-

dolos desde la cerrada espesura del Margraviato berlinés.

Arden todavía los arreboles de la siesta, y los postigos de la casa se entornan con precaución. Está caído el viento, inmóviles los ramos de las hojas, mudo el bosque bajo la profunda sensualidad del verano: estallan en el suelo unos leves crujidos del polvo que tiene sed.

A la entrada del zaguán aparece de pronto la extranjera, recibe cortésmente el saludo de su admirador y fija las miradas anhelosas en unas cartas revestidas de sellos españoles, sobre las cuales ha leído él con disimulo: Soledad Fontenebro.

II

LA AMISTAD

N encuentro hábil, una hora de buena fortuna, y Dávalos tiene ocasión de acompañar a la señora de sus pensamientos.

«El maestro del bosque» les ve partir de la *Försterei* con cierto asombro, sin alterar su actitud reservada y tranquila. Él cumple las órdenes que ha recibido; si la dama corrige sus propósitos y prefiere tener amistades, es muy dueña de hacer su gusto.

Los dos extranjeros se adentran por el arbolado. Van silenciosos, algo cohibidos con la urgente precisión de decir alguna cosa oportuna y grata.

Al fin apelan al consabido tópico ensalzando la tarde magnífica, el violento perfume de las hierbas y los matorrales, la música del pinar que resuena como un arpa al soplo del sudeste...

La conversación, somera y apacible, abre surco a frases más escondidas, hasta que Dávalos pronuncia:

—Tiene usted un nombre muy bonito.

—¿Lo sabe usted?—Y la pregunta arroja una especie de espanto en el rostro de la dama.

Su acompañante dice con un reposo de oración:

—¡Soledad Fontenebro!

Ella se estremece al oirse nombrar, como si le sonaran desconocidas y remotas aquellas dos palabras tan suyas.

El caballero añade:

—¿Española?

Soledad se encoge de hombros.

—Desterrada — murmura evasiva, con el tono ligero y quebradizo. Luego deseando mostrarse más complaciente, continúa.—Soy de una ribera entristecida por el mar.

Vuelve hácia el hebreo los ojos trastornados y profundos, con tan desolada expresión, que

a él le parece escuchar el treno salvaje de una marea y el clamor desesperado de las olas, envolviendo la orilla donde nació aquella mujer. Sin duda vino al mundo en la oscuridad de una noche sin astros, bajo la palpitación de una borrasca: así tiene las pupilas llenas de relámpagos y sombras, los labios serios, enlutada la cabellera, y una llama fuerte en el semblante, una pena turbia en la voz.

Comprende Soledad la inquietud que produce y quiere serenarla con un recurso pueril que no turbe la dulzura del paseo. Sonríe de una manera breve y amable haciéndose traición con la mirada exquisitamente angustiosa, y afirma:

—Tampoco usted es alemán.

—Tampoco.

—¿De dónde?

—De ninguna parte; estoy fuera de la patria mundana... Soy judío sefardí y he nacido en Salónica: ¿me permite que le hable en castellano?

—Sí, sí—contesta la desterrada extrañándose de su propia alegría ante aquel hombre que le trae de pronto el aroma lejano del mar griego con el acento ancho y familiar de la Espa-

ña eterna. Le escucha con avidez, observándole como si nunca le hubiera visto. Es alto, fuerte, de elegantes proporciones; dobla un poco el busto; se viste con moderna pulcritud y en el sartal blanco de los dientes le relumbra con frecuencia una sonrisa generosa: tiene los ojos sarracenos, atezada la piel, corvo el perfil.

—Me llamo Ismael Dávalos—confirma, descubriéndose con reverencia—, soy mercader y me considero español. Tenemos el mismo origen, la misma lengua: ¿quiere usted que seamos amigos?

—Ya lo somos—dice Soledad con blandura—. Cuando hace poco admití su trato le tuve por digno de estimación: en casa de Maybach le aprecian a usted mucho.

Oculta que sintió aquella tarde el ansia violenta de alguna comunicación humana, el inconsciente deseo de hablar y escucharse a sí misma, con la esperanza de que sus callados gritos no le rozasen tanto el corazón.

Ahora se alegra de haber aceptado la compañía de aquel señor de quien apenas había recibido unas palabras casuales. Le mira a su lado sin extrañeza y adivina que no es la figura vanal de todos los tiempos, encontrada fá-

cilmente: una punzante originalidad le distingue con el cariz exótico del que no pertenece a una sola patria porque siempre ha violado los horizontes. Da la sensación del «extranjero tipo» que logra adquirir un porte único sobre la masa cosmopolita de los centros mundiales.

Él se refiere con pronta sencillez a una condición mercantil, omitiendo las circunstancias descollantes de su vida. Habla de sí mismo y una laudable molestia le hace callar cuantos pormenores le encumbran. No dice que sus padres, exportadores de los exquisitos cigarrillos de Oriente, surten en gran escala a los famosos clubs de Londres como antes de la guerra a los próceres alemanes regalados en el Grunewald berlinés. Y que el prestigio más puro de estos comerciantes consiste en prohibir el reclamo y no dar su nombre a los géneros. Tienen representantes en todos los países del mundo y ejercen su profesión a una distancia señoril, como un sacerdocio tradicional en esta familia de vendedores de esencias.

Pero aunque desconoce Soledad estos detalles adivina por instinto que no trata con

el mercader sino con el caballero y procura atenderle ocultando en lo posible sus distracciones.

Dávalos insiste en referir algo de sí mismo, como si quisiera ofrecer a su amiga un testimonio de confianza. Se ha educado en París; conoce Europa y una parte de América; viene a Woltersdorf para descansar de un viaje de negocios a los Estados Unidos.

Mientras habla, quizá buscando a sus confidencias una reciprocidad apetitosa, repara de cerca en la mujer y le sigue la corriente oscura de los pensamientos; sabe que está lejana; la siente desvanecida en el espejo claro de la tarde y pone fin a su relación en un silencio repentino.

Ella le anima con el ademán leve y armonioso:

—Siga usted.

Al mirarle baja la frente como si le pesara la corona de su belleza y Dávalos mudo, apacigua la lumbre codiciosa de los ojos en el rocío de aquella mirada. Le está contemplando la frondosidad juvenil de los cabellos, la elegancia de las líneas, el hechizo vigoroso de la expresión, lleno de esa hermosura indes-

tructible que supera a todos los encantos materiales.

Luego enciende su tabaco. Es tan estrecha la ruta que no le separa de la mujer mas que una bocanada de humo y el dorado zumbido de una abeja. En la hondura del bosque tiembla lo ignorado mientras arrastra la brisa una frenética libación de aromas.

—Siga usted—repite Soledad.

III

LA CONFIDENCIA

Hijo del pueblo más extraño y misterioso del mundo, más lleno de contrastes y sorpresas, Ismael Dávalos es un hombre cuya personalidad y finura le apartan de una manera ilógica del medio en que vive y hasta le elevan sobre su propia capacidad. Sus relaciones familiares, algunas con potentados israelitas de Alemania, no le han bastardeado, con la grosura semiteutónica, el prócer abolengo sefardí, del cual se muestra «orgulloso como un español».

Ya el latir caliente de la sangre semita se bañó en un remanso que muchas generacio-

nes de la casta hallaron en las riberas del mar Egeo. Y así este caminante de mirada ardorosa, es sobrio y claro en la palabra, tímido a veces como un inglés; los impulsos desbordados de su corazón riman contenidos por el freno suave de la mesura helénica.

Cuando en una de sus largas navegaciones se detuvo en Gibraltar, conoció allí a un insigne orientalista castellano, ceñido el oscuro manteo con la melancolía y la fe de un rabí que se viste el caftán. La influencia de este sacerdote le puso en contacto con la fuerte pulsación del solar ibérico, y sintió el ansia de perfeccionarse en el idioma de su niñez, la vieja fabla de hierro y oro, blasón de la España inmortal por donde pasaron los elegidos con su bordón de centurias. Poco después fué Dávalos a Córdoba, Sevilla y Toledo, gozó los claros días primaverales de Madrid y tuvo ocasión de poseer, con alto dominio, el verbo maternal.

Nunca olvida la hora en que sus ojos asiáticos, llenos de ancestrales meditaciones, vieron por última vez el seno enjuto de Castilla. Era en el tren, al abandonar España camino de París. Ardía el crepúsculo detrás de las mu-

rallas abulenses y desde un coche de tercera llegaba el cantar de unos militares, una tonada lenta y monótona como el trasunto de un llanto. Recordó el viajero las canciones tristes de su infancia y sin saber por qué tuvo la impresión de que en la orilla de la noche sin fin, muerta ya la conciencia, repetiría entre las últimas lágrimas el romance castellano que le arrulló en la cuna:

¡Duérmete, pajarillo!...

Hoy, Ismael Dávalos, el que anduvo casi toda la tierra, vive unos días colmados de inquietud amando y desconociendo a la extraña mujer del bosque.

Por obedecerla, exprime esta tarde la memoria conturbada por la ansiedad y va recordando algunas páginas de su vida, hasta que se juzga con méritos para decir:

—Y usted ¿no me cuenta nada?

—¿Yo?... No tengo qué contar.

La voz, llena y pura, descubre en sus temblores un espíritu desorientado y medroso.

—¿Nada?—insiste el caballero.

—Nada interesante... Ya sabe usted mi nombre; soy española, según usted adivina;

viajo por hastío y falta de salud, no sé qué hacer en el mundo... y tengo ganas de morirme.

—¿Por alguien?

—Por curiosidad.

—¡No puede ser!... ¿Ganas de morir en plena vida, en plena hermosura?

—¡En plena desesperación!—arguye la señora de un modo involuntario. Quiere atenuar la frase y la subraya con una violenta sonrisa, mirando vagamente lejos de sí.

Han tocado un embrollo de los senderos y al detenerse, oyen más distinta la modulación de las frondas, el grito de los pájaros, el pulso inextricable de lo inerte.

Hay unos troncos muertos sobre la cerrazón de los caminos.

—¿Quiere usted sentarse?—pregunta Dávalos, indicando a su compañera el rústico sofá.

Descansan allí los dos y escuchan también las cosas trémulas de su alma que se agitan con todo el movimiento del bosque. No atreviéndose a continuar la conversación callan, agobiados de misterio, hasta que Dávalos une el hilo de las palabras últimas, para decir, galante y habilidoso:

—Usted imagina, sin duda, más de lo que vive... Soñar es tener en la frente una aureola...

—No sueño.

—¿Entonces?

—Sufro.

Él ya lo sabe. La ve perdidamente desgraciada y desearía repartir el bien para aliviar aquel destino oscuro que le enamora. Todo el dolor de su raza se inclina en el hebreo hacia el dolor que considera injusto.

—Vivir es sufrir—balbuce, sin acertar con otra frase.

—Por eso no quisiera vivir más.

Débil contra su desdicha, la mujer ya no sofrena el estallido brioso de las palabras. Le refulge en el acento la pasión y se le estremece el cuerpo flexible cuando añade:

—La muerte es el único soplo que apaga los dolores.

Tiene en la mirada una brusca inflamación como si le cruzara un astro por los ojos. Y Dávalos, encendido por los haces desordenados de aquella luz, codicia el disfrute de un corazón tan extraordinario que arde y alumbra sin más esperanza que la del sueño glacial.

Pero una compasión inmensa le sacude ante el mísero lamento de la criatura dolorida, temblorosa y fuerte lo mismo que un árbol joven hachado en la raíz. Lleno de lástima, quiere saber, y pregunta, con mucho sigilo, como si temiera lastimar con la voz algo muy tenue.

—...¿Un hombre ingrato?

Soledad no respondería si aquel tono grave y dulce no fuese tan íntimo y discreto.

—Sí—confiesa, ganada por la ternura de la solicitud.

—¿Y está en el mundo?... ¿Es posible?

Ella siente de pronto un ciego pavor. El fuego de las memorias avivado, encrueleciòdo, es una llama insoportable que la consume.

—¡Calle usted; calle usted!—suplica. Y los ojos soberbios, la boca enérgica, denotan el horrible martirio.

Viene una claridad sonrosada desde el granate del crepúsculo, entre las hojas removidas por el viento del anochecer.

El caballero aguarda obediente y silencioso hasta que Soledad retorna del abismo de su pesadumbre y con una vehemencia resoluta, dice:

—No crea usted que soy una mujer culpable; no conozco la tiniebla del remordimiento ni el sabor de la mentira y el engaño: en mi conciencia no hay sombras ni lagunas. Yo era libre y enajené mi libertad para siempre con la firmeza y el desinterés de un amor único: ese es todo mi delito.

—¡Miserable el que no quiere merecer tan glorioso tributo!... Pero en las almas, como en los campos, se renueva el gozo primaveral, y usted, equivocada sin duda en esa elección, puede encontrar aún su verdadera alegría.

La enamorada niega, impetuosa y rebelde:

—¡Nada espero!

—¿Y si llegase el olvido a darle una tregua?

—¡No sé olvidar!

Dávalos comprende que sus frases consoladoras se extravían en un desierto, sin llegar al corazón que buscan. Su espíritu delicado y grave se inclina respetuoso en aquel minuto lleno de intensidad.

Allí está la mujer quieta y muda, vestida con los albores de su ropa que atrae la escasa luz. Diríase que hasta los pliegues inmóviles del traje se ciñen impregnados en la silencio-

sa tristeza de la vida, sobre la criatura que sufre, atrozmente arraigada, la necesidad de la muerte.

Pueblan el espacio los delgados susurros de la noche, esos inefables ruidos que parecen bajar del cielo: toda la selva murmura, enorme y ensombrecida.

—¡Es muy tarde!—exclama Soledad que vuelve otra vez de su alejamiento. Y levantándose toma el camino, ya penumbroso, dejándose guiar hacia la *Försterei*. Por no hablar de sí misma, temerosa de las preguntas, esquivando el propio deseo de expansión, trata nerviosamente de sostener un diálogo superficial.

Pero su acompañante conoce el hondo sentido de las palabras y sabe descubrir en los matices de una voz la amargura del llanto que no se vierte. Oye rodar una incurable pena en el acento valeroso de su amiga y la escruta diciéndose: ¡Está hablando como los niños que cantan para disimular el miedo!

Siente una gran misericordia por la enamorada, que junto a él huella el polvo extraño, lejos de la senda conocida, sin el refugio de una amistad ni el apoyo de un cariño. Y

para tantas vicisitudes pide clemencia interiormente al Señor de todos los consuelos, «el que ceba los ríos y las lágrimas». En seguida quiere compartir aquel raro infortunio y pronuncia como un eco de sus reflexiones:

—Tampoco yo he conseguido mi codiciado pan, y tengo un corazón diestro en padecer: ¡confíe usted en mí!

La señora que se desviaba todo lo posible de la confidencia, escucha, sorprendida, mientras se le encienden en el semblante las rosas coloradas de la emoción.

—Ya confío—murmura, a pesar suyo, entregándose de nuevo al goce de sentirse acompañada. Y añade, seria y dulce:

—¿Es de veras que usted padece?

—Sí; ya dije antes que toda existencia es sufrimiento... No dude usted que el Dolor ha nacido con la Humanidad.

—¿Para repartirse con justicia en el mundo?

—En apariencia, no...; el de usted le considero inmerecido... ¡quién pudiera remediarle!

Pronuncia el hombre su exclamación con gesto contenido y ardiente; en el rayo oscuro de los ojos le vibra intensa la voluntad y en

su voz, exaltada y febril, hay una hondura misteriosa: puede ser que remanse en ella el callado anhelo de muchas generaciones errantes y perseguidas.

Siente Soledad en aquella frase un alivio, como si percibiera el roce de un aire fresco encima de sus lágrimas. Pero tiene los párpados enjutos sobre la mirada turbia de niebla, y su llanto, que es interior, le brota en el acento lo mismo que un arroyo.

—Sí—responde—yo no hice mal a nadie y me toca demasiada desventura. Sólo he conocido la incierta dicha de una esperanza: me entregué sin reserva, con absoluta fe... para encontrar el sacrilegio en lo más puro y sagrado de mi vida.

Un terror vago y formidable la estremece, parada en el camino con las ideas enloquecidas, desolado el rostro, mientras Dávalos trata de saber algo más, a impulsos de un interés invencible, y aprovechando la sorda rebelión de aquel espíritu, introduce la inquieta pregunta:

—¿Entonces... es usted casada?

—¿Casada?—repite Soledad, un poco aturdida bajo el peso de la averiguación. Luego

continúa—. Lo soy; me desposé allá abajo en la orilla española donde nací. Era una tarde pálida del mes de junio...

Se interrumpe trémula, con el aprieto de un sollozo en la voz. Y el hombre, obsesionado por las evocaciones anhelantes de la enamorada, imagina oir de nuevo el grito numeroso de las olas, el hervor terrible de la mar; piensa en un dañino influjo contra la criatura inocente, cuyo solo pecado ha sido el de querer, y la mira, pronto a socorrerla, temiendo que no pueda sufrir ni un instante más el duelo que la cubre. Pero ella consigue aún serenarse.

—Este es mi anillo de boda—murmura, sacando de su dedo un aro rubio—aquí tiene las iniciales.

Dentro de la sortija hay dos letras muy juntas que Dávalos ha visto difícilmente, pues ya están los dos caminantes rodeados por la noche, aunque al través de la fronda perciben todavía el color remoto de las nubes, diluído en humo dorado como si en las alturas ardiese una tierra azul.

Vuelve Soledad a colocarse el anillo.

—Esto me queda del bien que tuve—dice,

mirándole con apasionada espectación, y sigue andando en la sombra del bosque, muy cerca de su casa.

—El culto que usted mantiene con tales bríos, aún puede reflorecer en el traidor—insinua el hebreo, casi guiado ahora por la blancura del vestido, que avanza entre los árboles. Oye apenas el soplo de un escucho, dudando si será el suspiro anhelante de la mujer o alguna melodía arrancada a la música del viento.

De pronto Soledad vuelve la cabeza, dolida por una de las palabras que ha tardado en recoger.

—¡No le llame traidor!

—Perdone... yo creí...

—¡Lo es!—murmura ella torvamente—. Pero no quiero que se lo llamen.

Aunque Dávalos apenas distingue el atormentado rostro, le adivina encendido al calor del pensamiento; sorprende la gravitación de una mirada altiva y el esfuerzo de una protesta contradictoria; porque la enamorada se desmiente con desatinada incertidumbre.

—No lo es... ¡no!... ¡Dios mío... Dios mío...!

Y camina sin obedecer al sendero marcado,

como si quisiera abrir una ruta nueva en el bosque, tal vez una trocha de esperanza en la negrura espesa de su corazón.

El trémolo de la súplica ha caído en el fondo de la oscuridad, lo mismo que una piedra rodada hasta el valle desde la cima.

Roto el diálogo, cruje con más resonancia el mantillo del suelo: menuda seroja, marchitos verdugos que se duelen al paso de los caminantes. De la cabeza redonda de los pinos destilan con el relente del verano las gotas de la Luna: el traje blanco, flota, veloz, a través, como si huyera de la noche.

IV

EL AMOR

UCHO más tarde, cuando ya corre por la llanura el aire pacífico y desierto de la madrugada, aún pasea Ismael Dávalos por la orilla del Kalksee, al borde mismo del pinar. Anda con lentitud como quien medita y se detiene a menudo absorto en sus ideas, que le pesan en el cerebro de un modo extraño.

La fuerza germinal de una pasión le distrae de la vida ordinaria sin advertirle cómo discurre el tiempo. A ratos se hunde en la reclusión del bosque entre el laberinto de árboles y matojos, preso en la mano enlutada de la som-

bra; un murmullo de indefinible tristeza se extiende hasta la muga lejana del plantel; un perfume incitante y amargo trasciende de los pinos como si la resina trasudara en los líberes, empapando el huello de las derrotas.

Dávalos huye de la cárcel moviente y sensual donde se producen el latido y el misterio lo mismo que en su propio corazón. Busca maquinalmente un refugio quieto para sus zozobras, sin que nada le hostigue con excitaciones punzantes; anhela serenar los pensamientos y saber lo que dicen; quiere reconocerse en el hombre que transita desorientado y febril, lejos de sus apacibles costumbres.

—¿Estoy de veras enamorado?—se pregunta.

Y cobra la ribera del agua, llena con la vida palpitante del cielo. También en aquella avalancha de soles imagina que transcurren infinitas corrientes de gozo y de dolor; llega de los tapiales cercanos una perturbadora fragancia de madreselvas; cunde el aire tembloroso como un suspiro; la luz sideral se derrama en el lago con honda y sugerente expresión. Todo en el labio del Kalk tiene un secreto y

una inquietud lo mismo que en la hondura de a selva.

—En cuanto existe hay un grito y un cántico—murmura el paseante, exacerbado el pulso, intensa y fuerte la voluntad contra el acecho del destino.

Quiere alejarse de la pena y del amor y un anhelo recóndito le acerca a la criatura enamorada y pesarosa. La sigue mentalmente en sus caminos de amargura, embriagado por las facultades de pasión y sentimiento que la destacan entre cuantas mujeres él ha conocido: no la puede confundir con ninguna; está sola, aparte de las demás.

—Es mi predestinada—se dice, caído en la tentación de luchar y de sufrir por ella.

La escucha hablar dentro de sí mismo, fluido el acento arcano y ensoñador, desecha en un sollozo la vibración armoniosa de las palabras; percibe con tremenda avidez la llama ferviente de sus pupilas, el hechizo insuperable de su elemento espiritual, y deduce que ya no podrá vivir sin consagrarse al dolor y a ternura de la amada.

Porque la desea, la necesita, la persigue: todo su corazón asiático y profundo, lleno de

capacidad, está erguido ante la tragedia injusta de aquella vida que él descubre y adora.

Se lo confiesa con angustioso deleite, haciendo una poderosa interrogación al porvenir, mientras la noche estival parpadea en los astros muerta de sueño y se enfría la pureza del aire...

Hay en las hojas un temblor gozoso; la tiniebla se despedaza al entreabrirse en las alturas virginales del Oriente.

Aquí está el ángel del amanecer. Se ha conmovido toda la ribera; surgen las alas de los pájaros en la serena libertad de los cielos por los caminos en donde nace el Sol.

El israelita, envuelto en la frescura morada que sube del Kalksee, tocado por la dulzura de todo lo que despierta y sonríe, se deja influir por el color de la aurora, rojo como el deseo, pensando que delante de su esperanza se oculta un hombre tenebroso... ¿quién será?

Le imagina adinerado y burgués incomprensivo, incapaz de sentir el ansia de las voces misteriosas que divinizan el amor con trasuntos inmortales; un hombre sin relieve, prendado de la belleza física de Soledad, que no le supo ver la indecible gracia interior y la

soltó de los brazos con siniestro egoísmo en la primera hora de sacrificio o de cansancio... Pero no; porque ella no hubiese quedado esclava de un ente así; le aborrecería ya; el desprecio y la indignación serían sus libertadores... Se trataba sin duda de un artista, de un sabio, de un héroe, alguien que haciéndose querer por encima de la horrible traición, mereciera un tributo perdurable... Tampoco... ¡Imposible! ¿Cómo una sensibilidad, una inteligencia, un glorioso ímpetu, habían de herir mortalmente a una criatura tan excelsa y hermosa?

Dávalos no se lo explica; ahonda en sus perplejidades, rebusca en las más raras suposiciones queriendo ignorar aquel pasado y obstinándose al mismo tiempo en vivirle.

Sabe, únicamente, que la mañana le tiende los brazos; que él ama y sufre; que oye la promesa y el cantar de cuanto resucita, como también el silencioso gemido de cuanto se extingue: la noche que se acaba en la llanura, las estrellas que se ahogan en el lago. Sombra y luz renovándose; la vida y la muerte en eterno clamor...

De pronto la claridad vence a este hombre

con su prestigio optimista, y dominando en él todas las dudas le dirige los presentimientos hacia la confianza vivificadora de lo que alborea y resplandece.

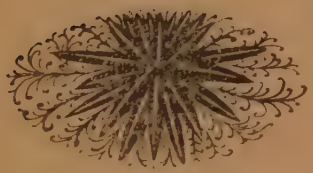
Ya Dávalos calienta en la fragua de sus propósitos una seguridad. La de su amor, junta con el anhelo de romper las tenaces desventuras de la amada. Por ella le seducen el encanto indefinible de las lejanías arropadas en un brillo ligero y juvenil, el verdor exaltado de los árboles, el lapso mudo de las aguas que van tiñéndose con el zafiro de las nubes...

Conoce el viajero los más remotos campos de la tierra, desde los glaciares del Himalaya, la mansión de las nieves que sirve de alero al mundo, hasta los desiertos africanos de arenas voladoras; atravesó las estepas de Rusia y las de Hungría, las pampas de la América, los mares conocidos; sintió la centella del sol Caribe y el hielo de las cimas que hablan con la Luna. Sin encontrar las huellas de una patria, siempre errante y afanoso, tuvo en los labios de continuo la oscura sed de un gran amor. Y ahora, en este llano de algaidas y tremedales, se le produce único y voraz el deseo por una mujer...

EL CÁLIZ ROJO

Allí, a naciente, remonta los cielos el astro ardido y rojo, con sagrativa solemnidad, semejante a un cáliz enorme que para redimir a las criaturas humanas vertiese en el polvo todos los días el zumo sin fin de un corazón.

Ismael Dávalos le recibe con exaltada reverencia, como un augurio y como un sacramento: el ser efímero comulga con el eterno Ideal...



V

RAMO DE FLORES

HASTA mañana—le había dicho a su confidente Soledad cuando se despidieron en el linde de la *Försterei*.

Y él, que ha descansado medio día con un sueño ardiente lleno de imágenes, espera a su adorada en los contornos de la finca, a la hora del paseo, ya maduro el sol que fué un alba de promesas en el espíritu del caminante.

Le parece que remansa toda su vida en las rutas limpias y olorosas de aquel bosque alemán, y se hace con orgullo una rápida mención de los sitios lueñes y recónditos donde más afirmó los pies: el Asia inolvidable, cuna

de la tierra, hervidero de razas y pasiones, misterioso país al que debe el israelita la hondura secreta de su alma, la firme aleación de unos sentimientos que hoy se convierten en acrisolada voluntad.

Piensa en su amiga con el alto propósito de darle un albergue para el duro martirio; será su caballero, le alumbrará el triste corazón «asentado en las tinieblas» hasta conseguir que se cure y confíe en la ventura.

Después...

Siente no haber padecido mucho más en su vida solitaria y tumultuosa, de exterior apacible, relumbrante de oro, conocedora del vano placer. Todas las reminiscencias lejanas de su encumbrada juventud se le aproximan para encarecerle el precio del Dolor. Y se dispone a sufrir con batalladora energía para merecer a Soledad.

La portela rústica de la *Försterei* ha gemido y unos pasos crujen en el suelo; pero la mujer que se acerca es Grete, maciza y presurosa, un poco tentada por la curiosidad.

Con la mirada tibia y azul puesta en el rostro soleado del peregrino, murmura deteniéndole:

—¿Espera usted a la *gnädige frau?*

—Sí... ¿no sale?

—Creo que no... está muy cansada.

—¿Acaso enferma?

—Como siempre. Se rinde sin andar porque se le escapan los pensamientos a lugares remotos; por la noche sueña sin dormir, y cuando permanece silenciosa dice mi madre que está hablando dentro de sí misma; que oye alguna voz adorada y terrible, alguna maldición muy cruel.

—¿Y un día lo mismo que otro?

—Lo mismo, desde que vive aquí. Su dolencia la trae un viento que baja de la Luna. Es un mal incurable y divino que ni con la muerte se alivia.

—¿Cómo lo sabes tú?

—Lo dijo un penitente, de esos calzados con sandalias que se visten de sayal y comen hierbas; ¿no los conoce usted?

Por la mente sobreexcitada del enamorado pasó un *messías* camandulero y haragán de los que abundan en Alemania con disfraces religiosos; pero huye en seguida la evocación del melenudo profeta: Dávalos tiene demasiadas preocupaciones.

—¿Está acostada la señora?—pregunta con el acento recalentado y vivo.

La hija de Maybach responde, en cambio, con una sonrisa apática y dulce. Es coqueta a su modo; quiere prolongar la conversación y lucir el *Dirndlkleid* que lleva sin garbo, muy ceñida al busto carnoso la tela rameada, muy corto el vuelo de los paños sobre las pantorrillas desbordantes y toscas. Le gusta mucho a Grete aquel extranjero de atezada piel y afanosa expresión.

—*Die gnädige frau*—susurra con parsimonia—está vestida; echada en el sofá de su cuarto, leyendo un libro que ella sola entiende.

La muchacha habla y gesticula como si estuviera delante de un espejo. Los ademanes afectados y mimosos no entonan con su exagerada robustez y la ponen en ridículo. Algo simple y torpe, ensancha la sonrisa aludiendo:

—¿El señor pretende casarse con la forastera?

—¡Grete!

—¡Es tan encantadora!

—Pero nómbrala con mayor respeto.

—¡Como sólo con usted se trata!

—Hace pocos días, y eso nada te importa.

—Tiene usted razón—confiesa la suaba, un poco resentida por el brío del reproche.

A Dávalos no le conviene su enemistad. Con la doncellez agostiza y el blanducho idealismo de la solterona recalcitrante, es una buena muchacha la hija del guardabosque, una mujer servicial, pronta a enternecerse y a transigir en cuestiones sentimentales. Y renuncia a su ingenua presunción de conquistadora apenas el caballero la congracia mediante un habilidoso encargo.

—¿Quieres—le indica—hacerme un gran favor?

—Si puedo...

—Como nadie. Con tu buen gusto y tu sabiduría eres insustituible para conseguir un magnífico ramo de flores. Derrochas el dinero, talas en Woltersdorf los más cuidados jardines, y dentro de hora y media traes a este mismo sitio el *bouquet*, ¿es mucho pedir?

Animado por el humilde asentimiento de la joven extrae de la cartera voluminosa un puñado de billetes.

—¿Bastarán? — pregunta, entregándoselos.

—Creo que sí... Aunque si usted pide un

género muy superior... porque el regalo será para la señorita...

—Superior lo necesito y para ella. Compra lo más hermoso que encuentres.

—En el invernadero municipal hay ejemplares raros, de las Colinas, de la zona de los Arbustos, de la región Herciniana..., pero todo carísimo: una rosa de los Alpes vale diez millones de marcos...

Ya el cortejador abre de nuevo su cartera en busca de más papeles ante la muchacha conmovida. Aquella esplendidez amorosa ha conquistado en absoluto a la hija de Maybach; y con el estímulo de la competencia que se le concede como florista, acaba de entusiasmarse. Romántica al estilo del país, con un fondo de sensiblería propenso a la dulzura y al llanto, tiene los ojos llenos de lágrimas al recibir el dinero.

—¡Este es un amor fino!—murmura, estremecida en su carne opulenta con el deseo de lograr un culto semejante.

Pero están muy verdes sus ambiciones y se reduce al servicio ajeno en una delectación mezclada de novelera fantasía y de goce propio. La perspectiva de acercarse al misterio

sagrado, la importancia de intervenir en él, constituyen a Grete en aliada feliz del galán.

—Antes de la hora y media—asegura—quedará servido el señor.

Se despide con las mejillas coloradas y el aire ambiguo de las conspiraciones; marcha de prisa, entregada con avidez a la mental combinación del ramo; y así, ruda y misteriosa, parece el vivo trasunto de esta raza joven y formidable que tiene el áspero vigor de la selva y tiene, además, una rústica devoción a las flores, si no como un sentimiento como un hábito, una tradición heredada con la salud, adquirida con la sangre de los bárbaros rubios, sometidos al espíritu procreador en todas las demostraciones fecundas; el calor, la tempestad, la luz, cuanto en la tierra se vivifica, en el cielo arde y en el viento ruge, fuerzas que han sido elevadas poco a poco por la civilización a la categoría de invenciones industriales y de imágenes poéticas: los dioses paganos se han convertido en musas del arte popular.

A Grete no le causa inquietud el secreto rojo de un capullo ni el milagro de esas rosas encendidas y húmedas que llevan por corazón

un rubí; pero, sin tener la frente macerada por las zozobras del enigma, consagra un cariño ardoroso a las flores y siente con vivos impulsos de placer la llegada de la estación juvenil. No le preocupa la sospecha de si habrá llanto en el rocío de una corola; le basta con el perfume embriagador de los cálices; no pretende, con angustiosa incertidumbre, sorprender el estallido de los brotes en el blando silencio primaveral; se contenta con la hermosura lograda en el nacimiento de cada flor.

Los alemanes las necesitan a miles, en las ventanas, en los balcones, en el lindero de los edificios, en las columnas del portal; las piden en abundancia saludable, avaros del olor y del matiz. Las trepadoras han de llegar hasta los tejados y las torres, y deben poner un toldo en las azoteas, un friso en las persianas, un dibujo en las barandillas; el rastel de los jardines urbanos tiene con frecuencia dalias de hierro en los adornos; las tiendas de comestibles y modas se ornamentan con floridos ramajes, el gracioso y característico *Dirndlkleid* que luce Grete lleva dibujada toda una campiña vernal...

Avanza la joven saboreando el aroma de

sus pensamientos como si hubiesen nacido en la tierra, bajo la caricia silvestre de los árboles; se mueven las hojas en los gromos altísimos del bosque y se rasga a menudo el dosel para dejar en el suelo unos haces temblorosos de sol...

Grete, sudorosa y propicia, llega al pueblo, saquea los vergeles, compra sin tasa en la estufa del Municipio, elige, compone, logra un ramo precioso y vuelve a la *Fòrsterei* sin que pase el tiempo convenido para el encargo.

Pero el amor es impaciente y atropella a menudo las más razonables intenciones; Dávalos no espera a la moza allí donde paseaba sus inquietudes poco antes. Ha entrado en la senara del *Waldwärter* a pedir un vaso de leche que no toma, porque Soledad le saluda desde la ventana, apoyado el busto sobre la barandilla en actitud de cansancio.

—Temí que estuviese usted enferma—pronuncia el caballero al descubrirse y aproximarse, con una honda interrogación en la mirada.

—No; sólo con pocos ánimos—sonríe la señora, que se yergue al ofrecer—. ¿Quiere usted pasar?

Trastornado por la dicha de esta invitación Dávalos sube ligeramente los escalones del portal. A la derecha está el aposento donde se le admite con llaneza muy afable, como a un antiguo camarada.

Ha cambiado en un segundo el rostro de la mujer; el bálsamo de las pupilas se le desborda con extrema dulzura y toda su expresión tiene el matiz ardiente del anhelo.

Queda el visitante parado ante la ignorada sonrisa, abierta y deseosa como el hálito de un alma que busca su liberación.

Pero Dávalos conoce el origen de tal ansiedad; no se engaña con el centelleo de aquellos ojos iluminados de repente, y lo mismo que la víspera se dice: —Esta es una criatura perdida en la sombra, que sonríe a un fantasma.

Comprende el terror casi infantil con que ella procura evadirse al puñal oculto de las traiciones y esquivar el insoportable desconsuelo entregándose a la ajena solicitud. Sabe que huye de sí misma al tender su mano al único amigo; y él se la toma con infinita delicadeza, enternecido y silencioso. No es suyo el ardor siempre virginal de aquellas pupilas

ni el fuego renovado, inextinguible, de aquel espíritu. Y recuerda con sumisión devota el versículo de la antigua Ley: *No quebrantarás una caña cascada ni apagarás la mecha que está humeando...*

—Siéntese usted—le brinda Soledad acogiéndole hacia el antepecho, donde es más intensa la luz, ya un poco amortiguada en la hondura del gabinete.

Por el hueco, enverdecido a favor de los árboles, se asoma de pronto la hija de Maybach con el ramo de flores.

—Aquí tiene el señor... ¿Es bonito? ¿Le gusta?

Quien responde es la favorecida, al aceptarlo.

—¡Precioso!—exclama.

Lo contempla con gratitud y hunde en él la mejilla caliente, acariciando el faldellín morado de los lirios; la enagua joyante de las rosas; los labios entreabiertos de los capullos, el fino globo de los claveles, el copón de las hortensias, el corimbo de los geráneos, los pétalos de las margaritas que llevan en las entrañas un cabujón de oro...

Tiene Soledad la mirada escondida y se

asombra de sentir el corazón prodigiosamente vivo al roce de tanta hermosura, mientras su compañero envidia la suerte del cobarde que ha convertido en violetas los jazmines de aquellos párpados y aún mantiene encendida la lumbre recóndita de aquellos ojos...

VI

LA PRIMERA ESTRELLA

OZOSA y aturdida observa Grete a los dos amigos desde la delantera de la casa, en el lugar que el arbolado permite a las flores y al sencillo merendero de Agnes.

Castaños de las Indias, tilos y acacias, robles especialmente, encubren el minúsculo jardín perseguidos por la feracísima vegetación del pinar. Los rosales aprovechan el cerco de los troncos para guarecerse del tránsito y alzar sus botones en demanda de un gajo de sol; enredaderas floridas, jacintos y cinamomos, nardos y alelíes, se escudan en la pa-

red del edificio, aromáticos y sedientos en la quietud de la tarde.

La muchacha se dispone a refrescar su plantel, atisbando el gabinete donde la seduce el tentador enigma. Bien gratificada, contenta en su imaginado ascenso a protectora de los señores, va y viene regando las matas, sosteniendo las quimas, enumerando los pimpollos. Canta bajito un *lied* popular de los que en estos días llevan los *Wandervögel* por toda Alemania sobre la errante mandolina. Y ni la canción ni el trajín le impiden curiosear la ventana de sus huéspedes.

También Dávalos inspecciona allá dentro cuanto le rodea, seguro el instinto del buen catador. Su amiga se le presenta ahora en el desaliño de la intimidad, con la habitación un poco desordenada, sobrecogido el aire por un raro trastorno.

Él inquiere en aquellos pormenores para deducir algo cierto sobre el carácter de Soledad, su educación y costumbres, adivinando que en las cosas ajenas habrá puesto el tono de la distinción propia, la señal de sus gustos.

Y repara en el tocador cristalino donde no descubre los pomos con drogas para el *maqui-*

llage. Verdad es que la dama no necesita los venenos del cinc ni del mercurio, depurados con otras muchas sustancias en la química del adobo personal. Tiene frascos de esencias, un vaporizador eléctrico, un estuche de manicura, peines, cepillos: y ni siquiera una caja de polvos.

Dávalos no insiste en registrar con exceso el gabinete porque de una ojeada certera averigua sus detalles más característicos y se los atribuye a Soledad sin temor de equivocarse: hay una tela, una porcelana, un álbum, el cofrecillo, el adorno, que no pertenecen a la *Försterei*.

Este lecho, muy bajo, es el sofá a que Grete aludió, la otomana que media Europa utiliza para dormir; aún está descubierto el almohadón blanco y espumoso, hundido por el desmayo de la frente que soñaba poco hace sobre él. Una mesa de centro recoge esas cosas amables y distintas que nunca faltan al lado de las señoras: el libro reciente, los últimos periódicos, el cesto de la costura, el ramo de flores.

La dama sustituye con el que recibe otro más inculto que ya se marchitaba en un tarro de Sajonia. Se mueve con elegancia ingénita

para cambiar el agua del jarrón y vestir el lecho con una hermosa felpa de Pekin, doblada antes cuidadosamente en una silla. Y la blandura de sus ademanes conviene al son tranquilo de su palabra, aunque los labios trémulos expresan una nerviosa sensibilidad.

Está luchando con el rigor de su infortunio, avarienta de que la consuelen, oprimida, a la vez, por el sobresalto oscuro de un peligro. Al recobrar, de pronto, el lenguaje de su patria se le ha rasgado en la imaginación el humo de los horizontes y se le acerca irresistible el espanto de su fe, la seguridad irremediable del abandono, el deseo brusco de huir donde nunca anochece, donde se enfría el corazón.

Al mismo tiempo el instinto la impulsa a la confidencia sedante y aun a la mentira rebelde. Un sombrío rencor le dice que en aquel hombre, de improviso hallado en medio de la selva, están su desquite y su venganza. Y este reclamo a una evasión posible desde la esclavitud, lo escucha inesperadamente encendido en el verbo ardoroso de España. Siente ya el calor de la frase abrasadora con que se libertaría acaso; la necesidad de esparcir sus pen-

samientos más ocultos para que no la torturen hasta enloquecerla.

Pero se detiene arredrada en el camino de la tentación; duda si el desesperado intento sería esteril para la desdicha propia, infame para el amigo generoso y providencial. Las entrañas de su conciencia la acusan de cobardía; sabe allí que se ha entregado para siempre a la servidumbre de un solo amor y que no hay esperanza ni lenitivo para quien mira arrebatado el único tesoro...

Así estuvo la noche entera, atormentada entre el insomnio y el miedo, verberante el espíritu como aquel mar que ella conoce lleno de furias y de caricias.

El aura de su inquietud la sacude ahora con mayor violencia ante los ojos escrutadores del enamorado. Y temiendo que lean hasta lo más íntimo de aquellas zozobras, se obliga a reservarlas en lo posible; hace un poderoso esfuerzo, acude a todos sus brios y una indómita dignidad sostiene a la pobre criatura que vacila y protesta miserablemente.

Dávalos ha seguido con secreta adoración los movimientos ágiles y moderados de su amiga. Conoce que no hay en ella nada ficti-

cio, que todo rima en su persona con una gracia incorruptible, un encanto perdurable. Y la ve detenerse y sonreir frente a él mientras dobla una carta que esconde en la mano.

—¿Ha recibido usted buenas noticias?—pregunta, no sabiendo como encauzar la conversación.

—No; éstas—alude Soledad estrujando el papel—son ya viejas y no quiero que lleguen otras.

—¡Quién sabe!... Una carta, a veces...

—¡Cambia el rumbo de una vida!—interrumpe la española. Un fulgor de espada le cruza por los ojos.

Tiene hoy las facciones más acentuadas y correctas bajo el cincel del sufrimiento, y la admira Dávalos extrañando cómo puede ella referirse a la incertidumbre de una gran esperanza, al terror pavoroso de unas desilusiones que no le han dejado huellas en el semblante. Sólo de las oscurecidas flores de los párpados y la expresión insondable de la mirada se viene a deducir que ha vivido y ha llorado mucho. Los años que cuente deben ser los únicos para sumar a la Belleza ese divino interés que no se logra sin lágrimas, para

añadir a las pupilas esa anchura inconmensurable puesta en un límite de eternidad: el misterio donde nada concluye y todo brota, como en el regazo de Dios...

La dama que iba a sentarse vuelve al fondo del aposento para guardar su carta en un escriño, labrado y precioso, que de seguro le pertenece.

Gime la cerradura bajo la fina lámina del silencio extendido por la habitación y hay quien medita allí:— ¿Por qué esa mano temblorosa retiene y cierra con tanto afán un escrito, sin duda triste, acaso injurioso y cruel? ¿No sería preferible echarle al viento, roto en pedazos, para que volara destruído, inútil, como la cosa más despreciable, y cayera después entre el musgo, pisado por las gentes, barrido con el estiércol?

Pero el que así reflexiona sabe hasta dónde llega la codicia del Dolor, comprende que se atesore con refinado coraje el más terrible documento humano, y hasta sospecha que estuvo aquél hace poco debajo del almohadón de pluma, como la ponzoña custodiada por el suicida: el arma negra que sirve a los desesperados. Sabe, aunque la mujer se obstina en

sonreir, que no puede entretenerla con un palique frívolo, que es preciso hablarle de su desgracia, poner las frases, duras igual que un cauterio, sobre el daño vivo que padece, o ayudarla con exquisito disimulo a rezar la oración de su pena.

No obstante, balbuce con delicada indecisión:

—Si saliera usted a dar un paseo...

—No; mañana. Ya es tarde: necesito reposo.

Y se queda esperando que le pregunten otra cosa. Está inmóvil, rendida por el empeño de sonreir y contestar.

Hasta que Dávalos obedece, de pronto, a la sugestión de aquel deseo.

—¿Por qué—dice—conserva usted el testimonio de su desventura que acaba de encerrar ahí?

—¿Lo supone?

—Lo aseguro.

—Pues, bien; para convencerme de que no sufro una pesadilla; para cerciorarme de que estoy en mi juicio y no perder la noción de una verdad aterradora.

—Cuando uno está enfermo, como usted,

lo mejor es soñar o entregarse a las mentiras dulces.

—¿Y que las realidades nos despierten a cada paso?

—No; para ir matándolas poco a poco en sueños.

—¡Imposible!

—No abuse usted de esa palabra: ¡todo muere!

—Se equivoca. Hay algo que siempre nace: yo seré firme y nueva en mi pasión toda la vida y más allá de la muerte.

Esta seguridad tiene en su grave sencillez una extremada fuerza de persuasión, un sentido asombroso y perpetuo que aturden al hombre como los ojos que contempla hundidos en lontananzas infinitas. Y se pierde en la inmensidad de aquel espíritu, en el arcano de aquella voz, murmuradora lo mismo que la selva.

—Allá, en el Asia—pronuncia atónito—donde son viejos los días del mundo, existe una ciencia de amar y de vivir que no conocen los pueblos del Ereb, los del ocaso del sol.

Evocado el crepúsculo parece que se notan más sensibles los desfallecimientos de la tarde.

—Pero yo—dice Soledad con acento exaltado—soy de ese último país, del Fin de la Tierra.

Y calla atrozmente perdida en el recuerdo, inviolable en su amor, enriquecida por una gloriosa fidelidad.

Diríase que gimen los murmullos de todos los senderos al silencioso paso de la noche. Un viento frágil, como el cantar de un niño, llega caliente del jardín y secretea en el alcabor de la estufa monumental.

Todavía está Grete sachando las hierbas de los macizos entre los árboles, ya casi apagada su distante figura en la sombra.

Se remueve entero el bosque de un modo extraño y Soledad estremecida por el soplo nocturno se levanta para encender una luz.

—Si usted me hiciera el favor de aguardar un poco—suplica Dávalos—, esta noche los judíos no prendemos nuestra lámpara hasta que arde en el cielo la primera estrella.

—¡Ah, sí!—; es el día festivo para ustedes.

—Y ésta la hora de pedirle gracias al Señor del Sábado.

—¿Usted sabe rezar?

—Algunas veces.

—Yo conozco una sola plegaria—musita la señora en un escucho involuntario—y por ella quiero ser permanente en Dios... Pero ¿cómo sabremos desde aquí—añade, más fuera de sí misma—cuando se ha encendido ese lucero que usted espera?... Voy a decirle á Grete que nos le busque.

A su alcance está el ramo de las flores marchitas caído en el cesto de papeles inservibles. Y le toma para arrojarle, certero como un grito, a los pies de la jardinera:

—¡Ven, atiende!

Es tan cómico el susto de la joven que Soledad se alegra un instante, cándida en la boca la blancura de los dientes, fresco el rumor de aquel pálido regocijo.

—¡No ha muerto su risa!—observa Dávalos, feliz al escucharla, mientras la moza recibe la orden extravagante de sorprender en el espacio la primera lumbre celestial.

El israelita dice pensativo:

—Hoy tenemos la quinta Luna y brillarán los astros en cuanto caiga la sombra.

Siente la prontitud de aquella iluminación que acortará la vigilia sagrada. Y le adivinan el pensamiento, por el que oye decir suavemente:

—Pero aún dura el día fuera de los pinares...

—Esta mañana he visto salir el Sol.

—Ya sabe usted que aquí es femenino.

—Sí; me parecía un cáliz inmenso y ardiente, la copa divina de un corazón de mujer.

—¿El mío?

—¡Soledad!

Acentúa Dávalos este nombre entrañado de lástima y fervor, con tan pura solicitud, que a la triste enamorada se le quiebra en sollozos la pesadumbre de su vida, gimiendo:

—¡Mi pobre corazón!

—¿Pobre, dice usted?... Grandioso y único, infalible; él solo merece la pena de rechazar miles de corazones... todos iguales... Pero tenga el orgullo de llevarle en el pecho; levante la cabeza, amiga mía: el amor salva.

—Cuando es feliz... ¡Se vive o se muere por él!

Hay en esta afirmación la grandeza de lo ilimitado, la señal sobrehumana de lo inmutable, y el hebreo nada responde; jamás estuvo en contacto con otro espíritu hondo y candente como aquél: delante de lo eterno le parecen caducas todas las palabras, incapaces todas las intenciones para detener en un reman-

so de consuelo a la que desea morir ébria de vida.

Y el llanto de la desesperada fluye con amargura indecible, llevando en sí mismo una desgarradora expresión de humanidad, sin que el hombre pretenda remediarle.

Vacila él, contagiado por la fiebre del estío, padeciendo el disturbio de su alma que lucha entre el amor terreno y la excelsa piedad; siente cómo el fuego de la sangre le golpea más vivo en las arterias a cada pulsación y cómo asciende el generoso empeño de inmolar su egoísmo a la deseada criatura, haciéndola algún bien.

Al fin intenta estimularla un poco.

—¿No quiere rezar?—insiste apasionadamente. —Esta es la mejor hora... Pediremos juntos un alivio para usted al Dios de los Tiempos, el que vela por los que sufren aquí abajo y también por los seres que descansan.

Descubre Soledad la frente que aún blanquea en la penumbra, y se inclina hacia su amigo, desatinada y adorable.

—Tengo que rezar sola.

—¿Por qué?

—Mi plegaria es una, ya se lo dije... Y mu-

chas veces se me enturbia de envidia, hasta de odio—su acento dulcísimo viró a un tono brusco—, ¡es una cosa horrible, una hiel que jamás tuve en mí!

—¡Un nuevo dolor!

—¿También le conoce usted?

—Sí—afirma Dávalos, vencido por la carga turbadora del deseo. Las pupilas, morenas y tristes, se posan con ahinco en la mujer guardada para otro hombre; hay un esposo invisible que la defiende, respetable porque es amado a pesar de sus culpas: está en los ojos de ella, en su voz y en sus lágrimas, fatal y seguro, vigilante como el destino.

—Sí; conozco la aspereza rigurosa de ese dolor: se llama celos.

—¿Y quiere usted compartir conmigo una oración envenenada, mezquina y torpe?—Se apoya Soledad en las frases con violencia sintiendo enormemente su aguijón y clavándosele en cada una. —La rezaré sola—repite en un susurro febril—ya que a Dios no se la puedo callar... ni a mí tampoco.

—Yo no me asusto de los males que padezco y quisiera servirle de algo; de camino, de sostén..., ¿no me deja?

—Gracias, gracias.

Suena esta voz de nuevo enternecida y llorosa, como si el roce compasivo le diese un timbre raro de cristal: es el hilo tenue que se va a romper.

Pero ya entra por la ventana con el sahumerio del bosque el esperado anuncio.

—¡La estrella, la estrella!

Grete corre en la oscuridad bajo la melena sacudida de los árboles y el piar agudo de los pájaros—. ¿Han oído?... Ya luce el chacal de la Luna.— Y se dice extrañada:—¿para qué lo quieren saber?

Soledad toca la llave eléctrica mientras Dávalos sigue repitiendo su acendrada pregunta:

—¿No me deja servirla?... ¿Rechaza usted mi auxilio, mi apoyo?... ¡Tenga misericordia de mí! Soy un pobre errante sin patria y sin amor; ¡un desgraciado como usted!

La mira ansioso, a plena luz y la percibe lejana, evadida mucho más que en la sombra donde cambiaron las últimas palabras. Hay entre los dos un abismo de silencio, la incertidumbre de las criaturas que viven fraternalmente una misma desolación, para recordar en un momento determinado que apenas se conocen.

Y se despide con una fórmula desvaída y trivial, el balbuceo de un adiós al que la mujer contesta siempre distante, doblada sobre la cintura flexible, con la pena encima de los ojos, como un sueño.

VII

GENTE DE PRUSIA

Día bullicioso y festivo que ha cambiado el semblante de Woltersdorf.

Desde ayer empezaron a llegar los viajeros que todas las semanas irrumpen en estas orillas con aglomeración de tribu, masas de gente que recuerdan al *hordú* tártaro, un ejército de abigarrada muchedumbre acogido a la selva madre como a su propio hogar. Son oficinistas de Berlín, empleados y comerciantes de los alrededores, extranjeros aventados de los países en ruinas; un adocenado conjunto de peregrinos y curiosos que aumenta con-

siderablemente la población veraniega, no cabe en las posadas y se desborda en el pinar a favor de la temperatura, tanto más gustosa cuanto poco durable.

Aquí el verano es corto y brusco, arde y huye como una ráfaga de incendio y se aprovecha con voracidad por los llamados turistas (mediante el notorio abuso de la palabra) un gentío pintoresco en el cual abundan suizos y holandeses entre los mismos alemanes.

Este elemento invasor se acentúa en «el descanso del día séptimo» y aporta siempre el alboroto de los *Wandervögel,* los «pájaros emigrantes», la mocedad andariega y poemática... hasta cierto punto. Son mozos vestidos por blusas de lienzo, descalzos en su mayoría, con la rasurada cabeza a la intemperie, al hombro la alforja, la guitarra o el laúd. Llevan consigo unas «pajaritas» que apenas se cubren de sayales «muy frescos», generoso el escote, suprimidas las mangas, las pantorrillas al aire y las cabelleras rubias ceñidas en traza de corona: en los pies el esparto de unas sandalias por todo lujo. Hacen su camino emparejados militarmente, aunque en absoluta libertad, entonando baladas y *lieder,*

tangos y *couplets*. Y si consiguen unas semanas de holgorio, prolongan su paseo entre riberas y canales hasta los lindes de la nación, como antaño hasta Hungría, Italia y Rusia.

Porque ha venido a menos después de la guerra, igual que todo en Alemania, la viejísima institución de las «aves de paso» tan popular en Suiza y Polonia cuyas márgenes aún reciben el saludo estival de los ruidosos aventureros, que ya no emigran con las violas y los himnos fomentando el amor a la Naturaleza y la saludable expansión de las almas.

Sin aspecto gracioso de picardía, con su habitual apariencia de ordinario candor, extremada por los trajes y el desgarro modernos, adquieren hoy los *Wandervögel* un cariz estrambótico de pedantería, adobado con un poso del antiguo romanticismo: un marbete de cursis y sectarios que no es fácil determinar.

Quieren aparecer a un tiempo como filósofos y «naturistas», conferenciantes y poetas, pedagogos y libertinos: pretenden mantener una honrada tradición riñendo con la moral y alistándose en el imperio del materialismo.

Bailan alrededor del fuego como los druidas

nórdicos, pero en su danza nocturna y remota hay cantares escandalosos de *cabaret,* recientes gritos de combate, gestos ambiguos de lascivia. Después ensayan una ampulosa disertación lo mismo sobre «Martín el pajarero» o Federico el Grande que sobre Gorki, «el hombre infortunado», Trosky el teatral o Chicherín el «cuervo blanco» de los bolcheviques. Intentan ser vegetarianos y untan su pan con el grasiento *Laverwurst* y el apestoso *Harzer Käse.* Al fin, en sus coloquios de amor se muestran solo como «los animales de la piel desnuda»...

Hoy a Ismael Dávalos no le estorban los intrusos igual que en otras ocasiones; hasta le parece que están en su sitio bajo el trémulo pabellón de los árboles, y que asonantan con la turbulencia del viento y la locura fragante de los ramos.

Si son estos del estío los días rápidos de la dicha, hace bien la gente rubia y grotesca en divertirse a su modo, invadir el pueblo y llenar las barquillas que salen a esparcirse en las aguas, singularmente en las del Flaken, el lago más plebeyo de Woltersdorf con las industriales riberas acosadas de bodegones y cafetines.

Esta mañana llegó Dávalos por aquí buscando alguna distracción desde el Kalk, al borde tupido de la selva, atravesando el puente giratorio que une a la población sobre la esclusa de los dos lagos, y escogiendo para detenerse el lugar más frecuentado por los excursionistas.

El raro viajero que conoce «los trece ríos y los siete mares», que distingue todas las castas y adivina todas las procedencias, se quiere entretener en los grupos anodinos y sin fisonomía de estas personas que no lucen ninguna llama inquieta en los ojos y para quienes el amor, cuño de la Divinidad, sólo parece una mezquina pelea con el instinto.

No desazona a Dávalos la nostalgia de sus costosos veraneos en Karlsbad y en Interlaken, mezclándose a excelencias y blasones y también un poco decepcionado con los nuevos ricos del mundo.

Prefiere recoger la cascada de risas y el sartal de canciones de este populacho, arcilla nueva y maleable que se derrite al sol, y aún espera sorprender en los himnos de ruta de los *Wandervögel* siquiera una creación desordenada y punzadora, un sello primitivo de

la poesía ruda y selvática: la indemnización del fuerte desagrado con que anda entre los veraneantes hace un mes sin poderlos definir.

Aquel anhelo oculto, ya tan doloroso y crecido, que le retiene en la Marca, le mueve a descubrir algún aliciente en estos alemanes que pasan las vacaciones en mangas de camisa o en reducidísimo traje de baño, teñido el rostro de alcohólica rojez y sorbiendo *schnaps* a cada instante, mientras sus mujeres se desnudan en cualquier punto de la costa para chapuzarse en los lagos, descubiertas por un sutil *maillot,* y quedarse con él horas seguidas al salir del agua, como en nuevo paraíso terrenal.

Es que el áspero sufrimiento de la guerra ha traído para el vulgo en Alemania una maligna regresión al placer, el afán lujurioso de un desquite que no respeta derechos ni virtudes. Están nubladas por el egoísmo las frentes responsables de los hombres; están ciegos de insana codicia los ojos de las mujeres que luchan con su frialdad interior, beben *cock-tails* para engreirse, y seducen por vicio, sin entusiasmo, como las malas comediantas que no sienten el papel.

Y sólo descuella en la pobre sociedad alemana una bancarrota de todos los ideales, un fracaso de todas las doctrinas. Esta raza intrépida, de mirar pálido como la luz del Norte, de boca riente, mejillas coloradas y maduras, no estima ya la excelsitud del Dolor ni el mérito heroico del Sacrificio; tiene el pecho siempre aliviado por un cantar y su cerebro rústico no le pide a la vida más complicaciones.

Pero Ismael Dávalos necesita justificar ante sí mismo el interés que le sujeta a la llanura de Brandenburgo. Está despechado y profundamente triste desde que amaneció irradiando el sol en las sienes, delirante de esperanzas, y hallóse al cabo del día perdido en la sombra, con la noche entre los brazos. Apela a sus facultades de psicólogo para decirse que no sufre allí sitiado por una gran pasión, aunque en su medula espiritual se reconoce, con la más ansiosa inquietud, proscripto de la única mujer que juzga deseable para siempre.

Y observa inquisitivo a las demás, empeñado hoy en que le gusten, lamentando que no tengan ni aun la preocupación de pintarse. Tal vez una línea de *kohol* en los ojos, un tin-

te de carmín en los labios, les prestaría algo del sabor que adorna a las francesas y austriacas, a las magas de Oriente, y así por la tierra a tantas criaturas comunes y triviales.

Estas hembras de Prusia no conciben para su propósito sensual ni siquiera el trabajo de un disimulo que logre depurarse, en lo posible, con el artificio de la belleza: su intento es rudimentario, sin más animación que la ceniza de la carne alegre. Y las exceptuadas de tan bajo servicio, esperan, como la hija de Maybach, una suerte amorosa que en el mejor de los casos llega tarde, manida y helada...

Mas, ¿qué le importan a Dávalos estas conjeturas? Su curiosidad persigue un estímulo, sabiendo que, aun apartadas las grandes excepciones de la nación, hay aquí para el interés de un estudio inteligente el muestrario de castas más variado de Europa. Se han roto muchas fronteras y no sirven prohibiciones para el emigrante que huye ambicioso y deshambrido; ruedan hoy en Germania, como nunca, hombres de todos los matices, blancos, amarillos y negros; se destacan figuras y hábitos de todo el Antiguo Continente; magy-

ares de Hungría, bordadores turcos, comerciantes de Armenia, gitanos del Cáucaso, *parsis* de la India, tapiceros de Bulgaria, perfumistas rumanos, cosacos de torvo perfil, los «sin hogar» en lengua tártara. Junto a los chinos y japoneses hay, a menudo, una elegante silueta de mujer, ceñida por el asiático brial, tocada por el impla vaporoso.

Mas ninguno de estos variados forasteros despunta hoy en Woltersdorf, a lo menos por las sendas trilladas donde el meditabundo paseante afronta el calor tiránico del medio día bajo el Noto ardiente de la llanura y el canto enloquecido de millones de hojas.

Despertóse el viento con la luz soplando en la hoguera del alba y está el aire enardecido, estremecida la foresta, las aguas inmóviles como si no tuviesen ánimos para correr hasta el mar.

Ismael Dávalos deshace su camino con lentitud, traspone de nuevo el puente y se dirige hacia su barrio, el más distinguido de la población, ribereño del Kalksee.

Ha tomado aquí la ruidosa festividad proporciones menos violentas, aunque también hay mujeres desnudas en la calzada, grupos

estrepitosos en los merenderos, festines y coplas en el bosque, risas y gritos en el lago donde se extienden los lienzos de frágiles embarcaciones y chapotea el *ruderboot*. Las aguas se tiñen de un intenso añil y la misma tonalidad puesta en los ojos felices de la gente y en el contento del celaje produce la impresión de que se goza en este sitio una vida risueña y azul, llena de placidez. Hasta el cándido temblor de las velas y el muelle filar de las espumas dan al tono índigo una dulce sonrisa blanca, subrayando la voluptuosidad del ambiente. Los patos marinos, en parejas, lo mismo que la humanidad de la costa, ponen en la holgura de este cuadro la gallardía de unas alas grises y a menudo se zambullen en el celeste cristal, avaros del placer, jactanciosos de impudor como los bañistas ribereños: sólo que los animales superiores del Kalk son más instintivos y mucho menos gentiles que los *Enten* bárbaros...

De pronto el ismaelita ha sentido la máxima celeridad del pulso y se detiene escuchando la canción silenciosa de la sangre, mientras la luz brilla en sus ojos como una sorpresa.

Está allí la mujer vedada, quieta y sonrien-

te bajo el parasol movible de los árboles, distante y próxima de la muchedumbre. Porque todo en la extranjera es diferente y raro sobre esta orilla popular; la figura elegante, la ropa distinguida en su extraordinaria sencillez; las pupilas de sombrío corazón; el cabello oscuro y lujoso cortado a la romana, un poco agitado por la brisa como ave exótica propensa a evadirse.

Está Soledad Fontenebro en todas las miradas, ignorando la envidiosa inspección de las mujeres y el brutal homenaje de los hombres, cuando se le acerca su amigo con un saludo algo tembloroso. La ve aislada en la pureza del misterio, defendida por su enorme fuerza espiritual con el orgulloso arcano de un hechizo que durará siempre, aún después que ella exista más allá de la eterna Sombra.

Y de nuevo se rinde a la singular criatura, miserablemente punzada allí por el aguijón del odio; es un alma cumbre, de otra raza; la carne morena y ungida, personificación de un verano meridional; la hembra inaccesible a quien no se perdona el desdén con que «pasa de largo»...

CAMINO SEGUNDO
COMBATE

I

LA TIERRA PROMETIDA

L encontrarla a usted, de un modo tan inesperado, he creído que la Vida entera acude hacia mí.

—La vida es poco; ya sabe que no le doy importancia. Le traigo a usted algo mejor y he salido a buscarle.

—¿De veras?

—Por eso me halla usted en pleno tumulto dominguero y a pleno mediodía.

—Yo anduve como un sonámbulo en la otra punta de Woltersdorf y volvía ya para mi casa...

Univ. of Arizona Library

Se interrumpe Dávalos sin descubrir la impaciencia por lo que su amiga va a decirle; teme despertar con sus frases alguna alarma en aquel rostro que nunca ha visto como hoy en una zona luminosa de alegría, lleno de un interés nuevo y tranquilo que parece relacionarse con la buena fortuna.

—Recordé esta mañana que usted no recibe periódicos—sonríe la señora.

—No; ni me gusta leerlos.

—Este le gustará—desdoblando uno que trae en su escarcela.

—¿De Berlín?

—El *Lokal Anzeiger*. Se ha concedido el Mandato de Palestina: ¡le traigo a usted una Patria!

Coloca Soledad su dedo afilado y expresivo en la indicada columna del periódico, y Dávalos, leyendo, palidece bajo distintas emociones. Allí está liberado el hogar de los hombres errantes... pero él esperaba algo más suyo. Tenía la sospccha de unas palabras reveladoras en aquellos labios dulces de los cuales quiere apartar el fruto desabrido del tormento.

Y se equivoca; necesita esconder el hambre

dura del espíritu como su desdichada compañera.

Vuelve a sentir la obsesión de verla llegar desde muy lejos, al través de lo desconocido, abiertas en las pupilas siempre las confesiones enamoradas para un ingrato, rotos el sueño y la fe, sola y desorientada en un camino sin orillas.

También se ha demudado Soledad, turbada por la actitud desconcertante de su amigo. Toda la noche saboreó la amargura de aquella despedida con que él huyó de casa de Maybach: «¡Tenga misericordia de mí!... ¡soy un desgraciado como usted!...» Le habia oído lamentarse medio trasoñada, fuera de sí misma, hasta que la queja se le despertó en la memoria con el remordimiento de no haberla consolado: ¡el que sufre grandiosamente da cuartel a cuantos dolores le buscan!

Hoy se alegraba de resarcir al peregrino, forastero en cualquiera parte del globo; nómada de todos los países. Iba hacia él con la libertad de Sión en la mano, portadora solemne de la gran nueva, y le hallaba confuso, deseoso de otro bien más íntimo que no se atreve a pedir.

Ambos se miran sondeándose las mutuas perplejidades y se hunden maquinalmente en el júbilo de los senderos, con rumbo a la *Försterei.*

Pero Dávalos tiene que responder alguna cosa; le traen el anuncio de un beneficio y la diligente mensajera aguarda las albricias. Hace un esfuerzo por dominarse, anegado en la anchura de la mirada que le interroga, y dice:

—Gracias, se lo agradezco mucho...

Aunque el desolado gesto no se aviene con los términos de la gratitud, Soledad los recibe como base de una conversación grata y amistosa que les ayude a caminar.

—Inglaterra—murmura comentando la noticia—aún es el coloso que puede regalar patrias.

—Sí; a ese gran pueblo deberemos los judíos la nuestra, y aunque decline, perseguido por las emulaciones más bastardas, aunque se discute la nobleza de su historia, es el único que yergue su brazo generoso encima de los siglos, abriéndonos la ruta de Jerusalén.—Se caldean un poco las razones del hebreo, que añade:—Por lo que nos toca a los

sefardíes, me parece consolador que sobre la «Cintura de Piedra» del mundo, el hidalgo y el *gentleman* se estrechen hoy la mano.

A la española, ya más serena y firme, le vuelve la sangre al rostro, como un ritmo del sol, cuando pregunta, sugestionada por aquel majestuoso acento:

—¿Deseaba usted mucho la restauración de Palestina?

—Porque la considero justa. Pero nunca he cultivado el ingenuo sionismo a lo Herzl, que presiente una «Altnenland» pletórica y feliz. Y, en cambio, he tenido por sublime augurio el anhelo constante de la tierra prometida... ¿No halla usted en ese mito un excelso afán?

—¡Si lo asociamos a la esperanza incumplida y ferviente de un amor!

—¡Eso es!... ¡la patria jamás conseguida del amor único!...

Han dicho la palabra temible y todo se trastorna para ellos en la exasperada frondosidad de la selva.

Oyen alzarse la dolorida voz del Deseo y les parece sentir cómo se vivifican y dilatan las raíces en el grávido pecho del estío; cada

uno teme andar sobre su propio corazón cuando la arena, escandecida, se resquebraja con rebelde lloro entre los céspedes y los turiones, sometida al eterno latido de la fecundidad. La miera untuosa de los pinos se desliza como un óleo de lágrimas por los troncos floreados con recientes plumas de nidales: se ha hecho sonora la tácita penumbra al contacto de la brisa cargada de olores, y el ambiente es persuasivo, iniciador, confidencial.

También ahora viste de claro la mujer. La túnica sutil, acambrayada, sin adornos, acusa ligeramente unas formas helénicas y descubre el escote y los brazos del cuerpo gentilísimo.

Tiene Soledad la piel trigueña, dorada como un mármol vivo y caliente, largo el cuello, caídos los hombros de una finura incomparable, magnífica la cabeza en su corona de enlutados mechones; el seno, duro y breve, se le modela erguido bajo la ropa flotante, cuyos frunces resbalan por la cintura y se ciñen a las recogidas caderas para llegar sueltos hasta unos tobillos ágiles y delicados.

Lleva esta criatura en la frente el poder de la vida como trasunto de una inteligencia superior; en los ojos un lampo de tristeza

lleno de gracia sobrenatural; en los labios una intensa dulzura madurada por el sufrimiento, nutrida con gotas ásperas de miel, con ascuas rojas de pasión. Todo en su aire personal es fervoroso, extraño, señoril. Ella misma percibe su hermosura con un raciocinio saludable y perturbador, mientras el hombre que la acompaña padece un loco desvelo por conseguirla.

Se le ha convertido Soledad en un astro, un hito de luz en la sombra cotidiana de la existencia. El veto que le prohibe a la mujer pone un estímulo mayor en esa ciega esperanza que se quiebra y reanuda fácilmente cuando el sentimiento grita su imperativo mandato.

Pero la señora no está hoy como ayer, propensa a jugar con la mentira. Los rasgos de obstinación de su carácter se robustecen en la lucha y renuevan con ahinco la voluntad de la enamorada. Ya no transige con la tentación de admitir un remedio para su infortunio o de causar un daño parecido a los que a ella le duelen, incurables, y la hostigan por la tierra desacostumbrada, sin ilusiones de retorno, en perpetua incertidumbre. Hay que insistir en el trato apacible, sostener la amis-

tad con mucha vigilancia, sofrenando los recuerdos clamorosos que propenden a desnudar la conciencia.

Y vuelve al punto de la charla interrumpida por el temerario silencio.

—¿Decía usted que no era sionista?—pronuncia levemente.

La voz, sobreexcitada, retiñe debajo de los árboles como una campanela musical: es la nota que se ejecuta solitaria en el vacío, quebrando los más tenues acordes entre las hojas y el viento.

Ismael Dávalos comprende que una razón lejana y fatídica se opone a sus designios en aquella alma enhiesta, cuyo secreto le produce una continua vibración. Las ansiedades le dominan, cada vez más potentes en el arroyo de los sentidos, y aún se resiste a la evidencia del momento cuando responde, zozobrante:

—Soy libertador. Pero no he de conseguir en Jerusalén mi hogar, el mío de hombre inquieto y enamorado, la sagrada promesa que quizá no se cumpla en este mundo...

Gime en su acento la melancolía venerable de toda una casta, y Soledad apenas disimula su entrañada impresión, al decir:

—Ustedes, los israelitas iberos, han influído mucho en la vida española: les debemos no pocos laureles.

—Sí, es indiscutible nuestra gran actuación en la Ciencia, en la Literatura de España y en la epopeya del Descubrimiento.

—También merece nuestra gratitud el empeño con que ustedes nos guardan el idioma, como una reliquia, en lejanos países.

—Y con muy práctico ejercicio. Desde Xauen a Port Said, desde Sarayevo a Smirna, desde Trebisonda a Trabis, una buena parte del comercio en el norte africano y en el cercano Oriente, está en poder de los sefardíes. Y en cada lugar de estos, el *spaniol* fomenta con devociones conmovedoras el severo lenguaje de Castilla: testimonio de entereza en una estirpe que hasta al pueblo elegido supo dar con su verbo singularidades y matiz.

—Mientras ustedes no se cansan de darnos una lección perseverante.

—El judío español—continúa Dávalos un poco sustraído a las angustias amorosas en el calor del tema y el elogio—, constituye al lado del tosco *Aschkenassin* una verdadera aristocracia, revelada a menudo en síntomas

físicos, excluyendo las recónditas penetraciones de índole sentimental. Por ejemplo, nuestras mujeres llevan en las pupilas, hondas y morenas como las de usted, con el éxtasis ancestral de los ojos semitas la hurañía caliente del Eros andaluz.

—Tienen mucha fama de hermosas.

—Son a lo menos interesantes. Hemos conseguido imponer un tono serio y linajudo en el chillón tinglado balkánico, sobre la turba cingaresca donde la suerte nos reune. ¡Qué figuras de *señores* halla el viajero entre los judíos de Belgrado y Constantinopla, en las ciudades y campiñas de Ualaquia dos veces ibérica!... Permítame que hable con el orgullo de mi origen: ya sabe usted que me considero español—concluye altivo el hombre de Salónica.

—Y lo es, por derecho propio—afirma Soledad—, mientras aguardamos que de hecho lo sea también. Se habla de nuevas orientaciones mundiales en la Península, acaso una clara investigación sobre muchos problemas que señalen alto progreso a la política internacional y les permita a ustedes volver entre nosotros.

—¿Volver?... Quizá nunca hemos salido de allá en absoluto... Pero es cierto que alguna profecía va a cumplirse. España, situada en los caminos de Africa y del Nuevo Mundo, acercándose por Panamá a la costa americana del Pacífico, con un baluarte espiritual en Filipinas, y rendida con suma gloria la jornada épica, no puede plagiarse ni se puede superar en el mismo plano histórico.

—Así he pensado yo. Y sospecho que hacer «patriotismo», en el sentido hasta ahora aceptado de la palabra, es hacer «antiespañolismo» en la perspectiva universal de nuestra misión: ¿no se lo parece a usted?

El interrogado atiende a su amiga, a cada instante más sorprendido. No acostumbra a departir con mujeres de un modo tan radical sobre cuestiones intensas y difíciles, sino al contrario, de cosas muy livianas. En el estruendoso rabión cosmopolita que conoce, ha encontrado siempre a la Belleza desprovista de atractivos espirituales, entregada a la frivolidad, con algunas virtudes inconscientes en el mejor de los casos, inclinaciones altruistas sin discernimiento ni raíz. Admite que la bondad íntegra puede ser únicamente un perfume

del talento, y se entusiasma con el breve discurso de la española, lleno de vigor y de amplitud.

—Sí—predice evocador y reverente—; vivimos en todas partes unos días inciertos; la penumbra nos encubre, media luz del crepúsculo o del amanecer... La «Puerta del Destino» insinúa entornada su hoja espectral... Y ha de abrirse lenta, acogedora como un ala, o cerrarse para siempre con un golpe seco de tumba.

—Se abrirá en el porvenir español—contesta Soledad en son de vaticinio, hierática y misteriosa, igual que su acompañante—. Yo deseo que no sienta usted la nostalgia de la patria perdida—susurra quejosamente, olvidándose de la cautela que impone a sus pensamientos.

Ambiciona que siquiera logre su amigo algo de lo que ella mira inasequible: el glorioso lar de la Raza, el vital calor de un idioma fundido en las semillas de la sangre. Revive en su imaginación las duras persecuciones de los hijos de Israel, condenados a la podredumbre del Ghetto en desconocidos lugares, contrahecho el espíritu, perdida la li-

bertad. Ve cómo se les aguza la silueta y se les ennegrece, aún, la mirada, llena de agonía. Engendrada por la escasez, anida la codicia en muchas intenciones, y el instinto de conservación, estimulado por el odio, desarrolla en los pechos enjutos las artes invencibles de la astucia: la grey de Jehová alarga sus tentáculos de caracol, se reproduce como una planta maldita, se extiende, ambulante y amenazada, por el mundo...

Una brusca expansión de lástima pone, clementes, los ojos de Soledad en los del griego. Ya no se preocupa de haber dejado ir las frases alentadoras sin el cuidado que las exige. Observa un romántico perfil, se espeja en la relumbre de unas pupilas ávidas, agradece una sonrisa inefable y se maravilla de que sea aquel hombre, excesivamente civilizado, tolerante y sensible, el fruto de una maldición injusta y secular.

Está detenida en el asombro cuando él resume toda la elegancia de su tristeza en un presagio.

—Sueño con el gran artista español que para redimirnos coloque un día su mano,

trémula de inquietud, sobre el corazón sacrificado de mi pueblo...

Soledad tiende la suya en un arranque de fascinada simpatía.

II

EL EGREGIO ROMANCE

RECOGE el hebreo aquella mano pálida y fina que parece no tener pesadumbre, y se inclina a besarla en una caricia ardorosa, como la del sol que entre los pinos busca a los azarosos caminantes.

—Yo soy también augur—dice sonriendo, sin soltar la mano casi infantil y examinándola religiosamente, quietos los dos amigos en la espesura del bosque, cercados de insondable temor—. Veo en estas señales, en estas otras rayas, que tiene usted mucha resistencia física, un enorme poder de sugestión... Es-

pere... un carácter enérgico, valeroso, constante; dotes de celebridad...

—¡Oh, ya basta!

—¿Iré a robarle a usted la llave de sus misterios?

—¡Si no tengo ninguno!

—La línea del corazón afirma que posee usted orgullo, dignidad, apasionamiento invencible por un hombre... La del destino se apoya en el monte de la Luna, y dice que ha hecho usted alianza para siempre con...

—¡No me lo diga!

—¿Qué teme usted?... Esto es una lectura. Y una broma lo de mi sortilegio. Aprendí muchas cosas en la India, pero no supe entender el canto del Mynach, el ave sagrada de las revelaciones.

—¡Si acierta a leer en la carne!...

—Porque es muy sencillo. Ya nos advierte San Jerónimo que Dios ha puesto marcas en las manos de todos los hombres para que cada uno conozca sus obras.

Dávalos retiene aún la de Soledad, mira en ella con suma atención la concha muelle y tibia de la palma, los dedos agudos, el dorso un poco macerado como la seda inocente de

esas flores que reciben sin abrigo las rachas procelosas de los temporales.

—Esta es una mano creadora—pronuncia fervoroso—, no ha dejado las cosas inertes con su roce y percibe la mirada bendita del Señor.

Un ensueño de ternuras humedece los ojos del peregrino, anhelante por deshojar la rosa de la vida junto aquella mujer noble y triste, sagrativa como un arcángel. La quiere arrastrar hacia su alma, apartarle las piedras del camino, defenderla en sus brazos contra la adversidad. Pero se acobarda en medio de sus delirantes aspiraciones para concluir:

—Es usted el Arte hecho Amor.

Y suelta, a pesar suyo, la mano que tímida se esconde.

—¿Nada más?—pregunta la señora, empeñada en recobrarse de las reiteradas emociones y en sostener una actitud benigna.

Sigue andando por la sombra de la vereda al lado de su amigo que murmura:

—¿Le parece a usted poco? Reune usted en sí misma los dos ideales más excelsos y ultrahumanos: ¡el Arte y el Amor!

—¿Arte de qué?—dice ella recelosa, con la voz opaca bajo la rotunda insistencia.

Dávalos inclina el rostro cobrizo para responder, algo irresoluto.

—Quizá sólo de eso... de amar y de sufrir; de poseer todas las virtudes de la inteligencia y el corazón; de aparecer nueva cada día en el sentimiento de su desventura; de ser como esas maderas generosas que perfuman a quien las hiere... ¿Le parece a usted poco?—repite creciéndose con el dibujo espiritual que va iluminando.

—Usted no me conoce bastante; yo he podido mentir y no merecer las alabanzas que me rinde: hasta en mi nombre puede haber una impostura.

—¿Que no la conozco?... Leo de corrido en las estrellas y también en las pupilas, en los acentos de mis semejantes...

—¿Como en las manos?

—Aún mejor... Y algo más de lo que dije he averiguado en la de usted. En cuanto al nombre, sea verdadero o falso, no añade ni quita gracias a su persona, y me gusta mucho por lo melancólico, sugerente y español.

—¿Pero no me encuentra defectos?

—Algunos.

—Soy rencorosa, insumisa, tenaz...

—Incrédula, temeraria, cruel—prosigue el enamorado con amargura—, ¿aspira usted a la perfección?

—¡Pobre de mí!—sonríe descontenta Soledad. Diríase que hay en la sonrisa el temblor de una lágrima.

Dávalos no lo quiere saber, porque al corroborar aquella dolorosa excitación supone que está arropado en la selva el influjo del «otro», caminando con ellos entre los árboles; envolviéndoles en una persecución fatal. Y huye siempre al hombre desconocido que ha hecho presa en la amada invariable, de tal modo, que la olvida y la goza, ausente y cercano, vivo y muerto, en una doble existencia real y fantástica. Le busca a su alrededor alucinado y aprensivo, sin hallar en torno suyo nada más que el semblante inmóvil de la Naturaleza.

Está abatido el viento en el sopor de la hora, callados los rumores, quieto el celaje, apenas sorprendido entre la altura de las ramas: el Tiempo se detiene a descansar bajo la modorra de la siesta.

Hace un breve rato que los dos caminantes se alejaban de la orilla civil, y ya no les alcan-

za ningún alboroto festivo. Acaso duermen, también, en el lago y en la ribera las expansiones y la gula de los turistas, el celo que les sacude como una brama salvaje, en tanto que la extraordinaria pareja, con el aire estremecido, amortigua sus pasos en el profundo corazón del bosque.

Ismael Dávalos sospecha que le costaría poco servirse de los propicios instantes para conocer la historia de aquel amor cardinal que tanto le preocupa y que desordena el espíritu dinámico de su amiga en cuanto le punza una solicitud misteriosa: el sigilo de la tarde, el acecho de la selva y la turbación de la mujer se prestan a las confesiones.

Pero ella está sostenida por el esposo invisible a quien Dávalos teme por lo mismo que se oculta de una manera inmaterial, rezagado en honda lobreguez. Y deduce, en el disturbio de las cavilaciones, que el ser enigmático es más terrible allí donde su indómita fuerza tiene un burladero en cada tronco espectante, un nido en cada hoja dormida, en cada súrculo inerme, como si todo el pinar, confabulado y sinuoso, guardara el secreto de aquella alevosa dominación.

Quisiera hoy el visionario derribar los árboles, engrandecer la trocha al golpe brusco de la voluntad, y hallarse con su compañera libre de asechanzas bajo las horas rubias, sin el monstruoso racimo de la vegetación. Aborrece la palabra rumorosa y húmeda que dice: *bosque*. Y suprimiría la clásica selva del país de un solo tajo, por astuta y dañosa, como el primer Arzobispo de Maguncia cortó en Geismar la encina pagana de Donar.

Es imposible descubrir a un enemigo torvo que se agazapa en la insidia cómplice de los ambajes, en la penumbra lujuriosa de la senda, en las cedrías aromáticas de los pinos. Conviene retraer la conversación buscando el asunto que unía poco antes a los dos extranjeros, conmovidos en una sola añoranza.

Dávalos suspira y recurre, con la voz calmante, deseando sustraer a su amiga del hechizo diabólico.

—Nos hemos referido al pueblo de los Patriarcas, el que sale robusto de todas las hogueras y permanece en pie frente al destino.

—Sí; el pueblo de Dios, que aún vive en el Desierto.

—Y me estaba acordando de las primeras rimas castellanas escritas por un vate judío.

Se anima a recitar estrofas lejanas y abstrusas del Rabí Sem Tob, y después algo más próximo y comprensible por su cadencia y mansedumbre, aunque la sumisión de las palabras es balbuciente, remota, hecha con sones líricos de un lenguaje que se arresta para producir un Siglo de Oro; es el verbo castellano en su infancia latina, llevado por todos los caminos del orbe en rezos, cantares y leyendas, con la perduración de las centurias, como un salmo inextinguible y racial.

El ismaelita se satura en su propio acento débil y niño, arcaico y menesteroso.

—De igual manera hablan todavía setecientos mil hermanos que tenemos en Oriente—dice—. Este es el idioma de Colón y de los Reyes Católicos, el de los navegantes que rompieron el mar de las Tinieblas, el que ardía siempre caldeado por el Sol cuando en España nunca era de noche.

Adquiere un prestigio de milagro la vieja soberanía española memorada así en las llanuras que dominó Carlos V. Los tiempos hazañosos de la inmortal Castilla reviven al con-

juro de aquella lengua infantil que Soledad escucha maravillada.

—Como hablaron también Santa Teresa y San Juan de la Cruz—susurra con recóndita veneración.

Y el encalmado silencio se deshace en el jugo de las enumeraciones sacrosantas. Los nombres de la Doctora mística y del extático Doctor, de los grandes reyes y los famosos capitanes, se han extendido por la selva con heroico murmullo de plegarias y versos, himnos y *aleluyas*. Crece el fuste de los árboles en la perspectiva de los liños, con trazas bélicas de ejército; los raigones de cada tronco se clavan en las arenas reciamente, los musgos y los matorrales adoptan una insospechada bravura: la tarde que dormía está soñando. Sueña la visión del antiguo poderío evocado por los dos españoles, moderno y palpitante ahora en la jerarquía del habla sefardí. Toda la espesura remansa como un espejo verde y asombroso las memorias de los expatriados; toda zumba, íntimamente, con los sones del egregio romance.

III

ÉXODO

PARA Ismael Dávalos mengua el encono sugestivo del rival, disminuye su funesto poder. Ya le considera vencible y se obstina en acabar de ahuyentarle.

—¡España, España!—entona como si en la palabra augusta existiese un valor de exorcismo—. ¡Tierra indomable del Cid, sembrada en duraderos amores por todos los confines del mundo!... ¿Cuándo te volveremos a ver?

—¡Nunca!—responde Soledad con un gesto mísero, fulgurantes los ojos aterciopelados, sonora y desgarrada la voz.

—¿Nunca?... ¿Por qué?

—Lo digo sólo en cuanto a mí—rectifica, tratando de sonreirse.

—Entonces ¿ha emprendido usted un viaje sin ansias de regreso?

—He buscado una paz hospitalaria, un silencioso retiro...

—¿Y lo encuentra?

—No... Se me convierten las horas en instrumento de tortura.

Dávalos cae en la realidad desde sus evagaciones, pero insiste en apoyar los labios sobre alguna cosa ilusionada.

—Hay otros refugios más placenteros que esta selva implacable donde la serpiente sin fín de los caminos debe de estar embrujada. Nos ciñe un abrazo letal de ramos y de juncos, de madrigueras y recodos; no divisamos los horizontes mientras fuera de aquí aguardan muchos parajes alegres... ¡Se ha ensanchado tanto la vida!...

—¡Y se han empequeñecido tanto las almas!

Ruge en el grito de la mujer un orgullo admirable. Ella no rehusa lo que hay de dolor en el amor; afronta el abandono y la soledad,

el destierro y la muerte; pero no admite el olvido ni confía en las rutas abiertas a nuevos goces.

—La fortaleza única de usted no se puede negar a una esperanza—discute Dávalos, comprendiendo que lo más fino y prócer de aquel espíritu se debate en lo más tempestuoso—. A los grandes amores siempre les arrebata un poco de locura.

—Y en toda locura existe algo de razón.

—El que traicionado y vendido ama así, como usted... ¡es que está enfermo!... Las palabras tienen una rudeza curativa.

—¿No podríamos suponer que les falta la salud a los incapaces de amar así?

—Podríamos... si usted quiere.

—Estoy segura de que los sentimientos inquebrantables y puros no son un síntoma de enfermedad.

—Yo también... cuando son merecidos.

—Y... ¿cómo saberlo?...—musita la enamorada, honda y triste la frase como un zureo de paloma.

—¿De modo, que usted cree...?

—Yo creo en mí... Por eso, únicamente, creo en Dios.

—Pero, ¿de «él»?...—termina Dávalos, sacudiendo en las pupilas sarracenas una lumbre de juventud voluntariosa.

—Dudo...

—¡Ah!... La duda todavía es una ilusión...

Un quebrado sollozo enmudece a Soledad que disipa sus lágrimas con el temblor intenso de los párpados.

—La duda—repite el hebreo celoso y compasivo—es aún consoladora.

—¡No!

—¡Sí!... Usted sufre la divina ceguera, entregada al exquisito mal, hasta el punto de no advertir que lucha y vive... ¡Por qué no se ha hundido toda su fe! Y es absurdo que continúe desesperada y escondida, lejos del posible amor...

Habla a tientas, deseoso de equivocarse, buceando en la sorda verdad que desconoce. Acaso va su amiga a desmentirle, y a decir, como otras veces:—¡Nada espero, en nadie confío!

Pero ella se recoge un segundo, le mira con agradecido estupor, y balbuce:

—¡Puede ser!—En su acento exora la criatura perdida que se quiere salvar.

Está quieta; una puñalada de luz, que abre la fronda, le divide la nube morena de los cabellos; tiene en los ojos un resplandor de alegría, en los labios, mudos, un frenesí de palabras; con sus manos leves, puestas sobre el pecho, simula defender el corazón.

La contempla Dávalos extrañamente, ofendido por aquel sensible ademán.—Es que abraza al «otro»—medita—, escucha la resonancia de su voz inolvidable, y le responde, le besa, le adora...

Siente el desdeñado una franca indignación y no obstante se ha enternecido con la ráfaga de embeleso que ilumina a la mujer. No parece la misma. Se transfigura su expresión atenta y firme; se le ablanda el rostro suplicante, con una dulce temeridad, en actitud de sostener aquella débil promesa que no sabe de donde viene...—*La duda es todavía una ilusión...* —*Puede ser*—implora en el fondo de sus pensamientos, ansiando locamente una razón que la estimule a esperar.—¿Quién me ayuda?—pide la mirada que comparte con Dávalos, llena de infinita inquietud.

Él murmura, lastimoso y dócil.

—Vuelva usted a la patria de los caballeros

y del romanticismo, donde no le pueden faltar el desagravio y la reparación... ¿quiere usted que yo mismo la lleve?

—¡La patria de los caballeros!—repite Soledad, y un espasmo le cruza el semblante.

Hay una idea aterradora en el eco de estas palabras que precipitan de nuevo a la infeliz en el oscuro suplicio de su vida. Ya se extinguió aquel rapto de fe un instante encendido en la cara trigueña y ardiente.

—¿Adónde voy?...—Ha vuelto la extranjera a caminar sin derrota, estupefacta y vacilante, y se detiene de pronto.—Nos hemos extraviado. Por aquí no llegaremos nunca a la *Försterei.*

Dávalos se amonesta.—¡Qué torpe! ¡Si yo conozco todos los dobleces del pinar!... Distraído perdí el rumbo... Aguarde usted.

Y trata de orientarse, descubriendo la altura del sol entre los gromos vinculados.

Pero están las hojas inmóviles; ni un hálito de brisa orea la tarde inanimada; el toldo del boscaje apenas se rompe con las heridas calientes de la luz.

La silenciosa pareja discurre sin norte, lenta y sonámbula como en un éxodo. Algo fatí-

dico la empuja al sendero ignorado, convertidos los árboles en espías de aquel desierto verde que agranda su círculo tortuoso más allá de un «séptimo límite». Pesa con enorme fatiga el aire, al surtir desde los inaccesibles términos, enrarecido por el letargo de una decadente civilización.

Y ya se rinden los dos amigos en este bosque de sus pesares y andanzas, con penumbra en todas las veredas, sin murmullos ni lejanía, sólo acompañados por un cálido perfume generador.

—¡No llegaremos!—persiste Soledad fuera de tino, aguzadas las potencias de su dolor, recogiendo a oscuras en la memoria, los jirones de su rota juventud.

Dávalos ha visto de repente anochecer en los ojos de su amada y rodar sobre ellos la tormenta. Un estado intuitivo le induce a suponer que no existen orillas generosas para el drama profundo de aquella vida. Y aunque se siente amoroso hasta el pecado, renunciaría a su ambición de amante por el excelso goce de prometer a la desgraciada una vía de paz en el maleficio de la senda.

—¡Sí, llegará usted!—asegura lanzando sus

propósitos lejos del presente camino, hasta una ribera ideal.

En su voz, crepitante como una llama, se erige toda la tristeza israelita con un bíblico reproche contra el injusto padecer, mientras que la desesperanza inicia en el cansado rostro de Soledad una emoción de fuga hacia lo eterno.

IV

INVITACIÓN

No se ha equivocado el profeta en lo concerniente a la hora actual.

—Este grupo de árboles es conocido mío—dice sin mucha tardanza. Y acaricia con determinado gesto unos troncos antiguos que sueltan en partículas el liber entre ásperos olores. Otea después las cruces de la umbría, y reflexiona un instante.

—Por allí queda el lago, por aquí la *Fòrsterei*. No estamos tan lejos como yo creí; venga usted: he cometido una distracción imperdonable.

Soledad obedece con la mirada tenebrosa, revolviendo el limo del pasado en los recuerdos que intensamente la penetran; los labios le arden en la sed de palabras que no dicen; un mechón enérgico de rizos se le agolpa en la frente con extraña negrura; su cuerpo, mimbreño y vagaroso, tiene una ligereza peregrina.

Se vuelve Dávalos para mirarla a menudo, disconforme y compadecido. No puede resistir la idea de que el dolor eche raíces y se renueve siempre en frutos amargos sobre la criatura inmutable, rica en todas las posibilidades alegres, consumida en el fuego que nunca se apaga. Un desbordamiento de misericordia le obliga a insistir, con el acento vibrante y caluroso:

—Regrese usted a España... Permítame que la acompañe. Seré para usted un hermano, un guía lo mismo que en este bosque. Y encontraremos también el rumbo que usted quiera.

Ella procura sonreir al cordial homenaje:

—¡No me reconocería la pena de mi costa!

—¿Porque es menor que la de usted?

—Mucho menor... Las playas más tristes olvidan su tragedia cuando las olas se ponen a cantar.

—Olvide usted la suya...

—Para mi corazón, olvidar es morir.

Aunque Dávalos haya dicho que todo muere, hoy enmienda presuroso:

—Nada hay muerto. Unicamente existe una vida, con diferentes nombres.

—¡Es verdad!

El tono deshilado y mate se ha robustecido al hacer tal afirmación. La hondura oceánica de aquel espíritu recobra su magnificencia.

—¡Todo vive!—recapacita la mujer que levanta los rasgos eminentes de su carácter, y concluye—: ¡Pero es tan negro el Mal, que tiembla mi alma!

Un zurrido pavoroso de galerna parece venir sobre este lamento, como si le persiguiesen desde la evocada marina el acero gris del oleaje y el hervor colérico de las espumas...

Soledad no ve disminuir su nostalgia oscura de la muerte. «—La existencia sin amor—recuerda—es como una lámpara sin luz—». El recio vigor de su temperamento se resiste denodado contra el sino cruel, y esta lucha le deja una expresión atroz en la sonrisa.

—Pero usted—exclama Dávalos, que ahora marcha certera igual que una brújula—prac-

tica una especie de sadismo espiritual que la induce a verter la sangre preciosa de su ternura en constante flagelación del sentimiento... Hay más cariños que uno. Si no logramos la pasión rara y excelsa, aún tenemos amistades, admiraciones, fraternidad.

—Yo no tengo nada.

—Porque no quiere...

Un gañido ventor cunde en el aire, como bostezo perezoso de la siesta, y parece que ha despertado a las alevillas azules; algunas alas ténues se debaten, algún murmullo tímido se inicia en la fronda mientras un perro vuelve a ladrar.

Ya se ensanchan los surcos hacia el seto y la portilla de la *Försterei. Nero* y *Cäsar* impacientes, alborotados, saludan a los señores, de quienes son muy amigos. Y esta repentina expansión turba la quietud del cercado, silente y calmoso en el lecho de la foresta. Los pájaros volantones se aturden sobre el arcén de los nidos, tembloroso el pechuelo, nueva la malicia contra las voces adustas que se arrastran en el polvo; hasta que los canes, sosegados, van a poner la nariz de tafilete negro en la mano acariciadora de Soledad; luego

beben, ansiosos, el agua turbia de un camellón y se tienden a dormir.

Todo en el vergel minúsculo de Grete participa del cansancio estival. Las flores se desmayan con las corolas muy abiertas, como si respirasen con fatiga; los álabes, más rendidos que nunca, tienen una inclinación dormilona encima del jardín; cada planta, cada retallo se enerva y transpira; está el aire tendido, mudo y endeble, soporífera la casa en las prisiones del viguetaje descubierto, a estilo de Noruega.

Sólo aparece allí bien espabilada y curiosa la hija de Maybach, acodándose en un velador, los dientes clavados en la tostada morena y dura que rocía con sorbos de té químico. No consiste apenas en otra cosa el refrigerio que, después de la guerra, se llama entre las familias humildes «pan de la tarde».

Y aunque el *Waldwärter* es un empleado bien retribuído por la joven República, su hábito económico se conforma a la costumbre penitente de la miseria general. Un poco de margarina en las tostadas, un terrón de azúcar en el té, ya supone bastante lujo para el suabo que tiene escasas pretensiones y sueña en hacer ahorros antes de volver a su país.

Lleva Grete prendida en el castizo *Dirndlkleid* la flor nacional, una clase de centaura que merodea en el trigo y se viste de azul, la *Kornblume,* estrella salvaje y espumosa convertida hoy en distintivo de los lagos y los cielos, de los ojos alemanes y la fiesta popular.

Grete recibe a los señores con un guiño enigmático y una atolondrada conjetura. Salen ellos del corazón sombrío del plantel, agitados y vehementes, como de una alcoba, y la muchacha sonríe con picardía, no obstante su barniz de candor.

—¿Ve usted como ha llegado a su casa?—dice el caballero a su amiga, estimulándola con una idea clemente.

—¿A mi casa?... No la tengo ni llegaré a ninguna parte... Sufro la esclavitud de todos los caminos y nadie romperá mis cadenas.

—Si usted lo prohibe...

Soledad responde con una negativa pálida y silenciosa, llena de íntimo abandono, y cambia de conversación.

—Va usted a descansar un rato y a merendar conmigo: hay que celebrar el restablecimiento de una Patria. Al anochecer subiremos a la Torre de Vistas.

—Lo que usted mande, y honradísimo.

—Por aquí.

Le dirige a la glorieta, honda y aromática, negra bajo el toldo espeso que la recubre.

En el umbral espera el invitado que su amiga dé unas órdenes a Grete, y se descorazona al persuadirse de cómo, en efecto, no llega la Deseada por la mano de él hasta un hogar libre y suyo, hasta un reposo dulce, un alivio en la inconsolable desventura. Sino que permanece allí enselvada y padecida igual que en el extravío de los cruceros, presa en el cíngulo tenaz de los árboles, padeciendo la tiranía opresora de la vegetación como un anatema. Y quiere redimirla del absurdo castigo, abrirle un miradero sonriente, lograr que no se le apaguen los ardores de una creencia feliz.

Ya se acerca Soledad.

—Pase usted y siéntese; nos van a servir ahora mismo. Estaremos aquí mejor que en mi gabinete y que en los veladores de Agnes.

Se muestra algo cansada; todos sus movimientos son febles y lánguidos, pero su innata distinción sobrepuja el martirio de la naturaleza rendida para conceder a la gratitud

unos instantes generosos. Harto le duele sentirse huraña con el único amigo de su destierro, y escucharle en algunas ocasiones con hostilidad, a la vez que admite su compañía y se apoya, siquiera escasamente, en su continua adhesión. No sabe cómo servirse de tan inesperado recurso y a cada paso duda si huir de aquella insólita amistad o refugiarse en ella como en unos brazos maternales. Es difícil la situación de la mujer que tiene la callada certeza de su hermosura y el doloroso privilegio de una íntima bondad: así tiembla con la inquietud de hacer un daño y necesita desoladamente el auxilio que le sale al encuentro...

Llega la moza de la casa con el servicio para el té, un samovar humeante, una bandeja con porcelana de Rosenthal, cucharillas de oro, mantel de hilo adornado con punto de Alençón.

Estas preciosidades inusitadas en la *Försterei*, pertenecen, sin duda, a la extranjera, y para su exclusivo regalo deben ser la mermelada de rosas y los rubios canutillos de crema llamados en Prusia «rizos de Heine» como alusión, almibarada y pueril, a los bucles del artista. No faltan las rodajas olorosas de li-

món, los Abdullas *au bout de rose* y los Batschari perfumados con ámbar en elegante pitillera de antílope, ni el vino de Jerez, trémulo y dorado en la jarrita de Baccarat.

—Me obsequia usted de la manera más deliciosa—ensalza Dávalos, seducido con la finura del convite, pulcro y selecto por excelencia en la ordinariez actual de la vida alemana.

—Le trato como a mí misma: no puedo mejor... Ya que los manjares no abunden, que los adornos sean de algún interés.

—Usted viaja como una princesa, con un verdadero tren confortable.

—¡Y soy tan pobre!—murmura la señora con neta convicción.

Sirve en las tazas transparentes un té puro y odorante del Assan, pone el azúcar, escancia el Jerez y se queda alucinada, sin llevar a los labios sedientos la bebida. Está pensando en su miseria absoluta de goces, en la ruina total de su ilusión.

Se ha marchado Grete al jardín con la risueña boca agrandada por un gesto incomprensivo.

—No parecen novios estos señores—se

dice—. Ella continúa enferma puesto que no come ni ríe; habla siempre con la voz más triste del mundo, y escucha algo muy remoto como si la hablasen desde las nubes... Él la sigue lo mismo que la sombra al cuerpo, y también juraría yo que sueña y enloquece igual que la *gnädige frau*...

Inclina la moza los ojos con lástima, reblandecida su compasión. —¡Cosas de extranjeros!—añade, y se propone observar a la pareja mientras hunde su mordisco voraz en el pastel que la ha dado la señorita. Irá desvahando las plantas por los rodrigones de los bancales, sosteniendo en los vástagos más firmes los cálices desvanecidos por el calor, hasta que llegue la hora anochecida de regar.

Y sin descomponer su aire festivo emprende la tarea con mucha lentitud, en tanto que allá adentro, bajo el toldo oscuro de las parietarias, se buscan y se huyen ciegamente dos corazones.

V

LA ESFINGE

POBRE, usted que se alimenta con sangre de rosas y tiene en sí misma los caudales más preciosos?

—Si alguno tengo, ¿para qué me sirve?

—Para merecer la felicidad.

—Al contrario, para sentir más honda la amargura de merecerla, tal vez, y no conseguirla.

—Crea usted que podemos lograrla por muchos senderos. Le repito que no hay en la tierra un solo amor, no hay para nuestra dulzura un solo panal. El señor nos dice: *Mías son todas las lenderas...*

—Para mí todas se han cerrado.

—Porque se obstina en padecer. Confíe un poco en mi ayuda. Dígame sus vicisitudes: acaso tenemos las almas iguales en devoción y firmeza.

—Es posible.

—¿Entonces...?

Soledad clava las dolientes pupilas en su amigo.

—Es que yo no conozco de mi desgracia más que el golpe brutal... Me hirieron, de pronto, en lo más profundo de la vida... y huí.

—No comprendo.

—¡Ni yo!

Bajó la frente. Su pensamiento entraba en lo desconocido; se le perdía la memoria como los pasos en el bosque, no hacía mucho... El agotamiento de la luz interior producía en su raciocinio un espanto silencioso.

—«¡Le han puesto el hacha a la raíz del árbol!»—se dice el israelita, que añade en alta voz:

—Háble me usted de veras: sólo la verdad es viril.

—No sé más verdad que la mía.

—Tampoco. Un espíritu emboscado la per-

sigue y la confunde. Hagamos juntos el examen de la historia que usted oculta.

—¡Me horroriza!

—Sea usted valiente: por su bien. Convinimos antes en que la duda es todavía una ilusión.

—La duda sí; pero yo no tengo derecho a dudar.

—Sin embargo, usted, refiriéndose al hombre que la esclaviza, ha dicho «Dudo»... Y yo descubrí en aquel acento el vestigio de una esperanza... ¿Me equivoco?

Soledad lleva distraídamente a sus labios la tónica bebida; después busca su pañuelo para enjugarse las sienes madorosas. Al cabo responde con sombría queja:

—Pudo usted comprender que necesito algunas veces un pretexto para vivir.

Y de repente le galopa el corazón devorado por la reserva.

—Escuche mi verdad; la única que poseo. Yo amo, a ese hombre que usted dice, hasta la idolatría. Tuve en él la misma fe que en Dios, le rendí las entrañas con el deleite sublime de darme toda a su embriaguez como un sacramento. No hubo jamás nube ni som-

bra en mi conciencia para esta pasión. El merecía siempre mis adoraciones: era el primer enamorado, el primer caballero del mundo... Un día, un día ignominioso, a traición, por sorpresa... ¡me dejó abandonada en mitad del camino!

—¿Para irse con otra?

—Sí—pronuncia Soledad, ronca de acerba prontitud.

—Pero... ¿con quién?

La desamparada se encoge de hombros; una desdeñosa indiferencia le inunda el semblante.

—¡No lo sé!

—¿Tenía usted antecedentes?...

—¡Oh, ninguno!

—¿Recelos...?

—Una confianza sin límites.

—¿Y se esconde usted sin averiguar esa intriga, sin oir al ofensor, que de seguro estará contrito?... Porque usted no puede tener una rival.

Ella se alza, fieramente celosa, para decir con regia valentía, endurecidos los ojos, arrogante la expresión:

—En el alma de ese hombre nunca la ten-

dré. No me podrá sustituir, no me podrá olvidar... ¡Nunca, nunca!... Aunque él lo quisiera... Hemos sufrido mucho, hemos llorado mucho, vida con vida; nuestro amor ha corrido las mayores borrascas de la juventud, heroico, invencible, sobrehumano...

—¿Y el escollo de ahora?

—No lo destruye.

Habla Soledad positivamente, con exaltada clarividencia, orgullosa, casi feliz bajo la sensación del tormento.

Ismael Dávalos apura, nervioso, el vino y el té, se agita y acaba por argumentar.

—Si usted misma se indulta de una pena de olvido ¿por qué su daño le parece irremediable?

—Porque ese amor ya no vive ejemplar y glorioso, encendido en la altura como una antorcha de los cielos: se ha despeñado en un abismo y su propia grandeza al deshacerse le cubre de reproches. ¡Mi pena es infinita!

Siente la mujer el dolor de cada una de sus frases, y desde el súbito arrebato vuelve a sumirse en la envoltura de lo incógnito, con la persistencia de una imagen sacrílega en el entendimiento. Se la ve ahincarse en las tinie-

blas, audaz y combativa, sosteniendo la mirada alta y absorta como si no pudiese bajar los párpados. Algo trasunta muy torcido y venenoso porque su actitud es de pánico y defensa, al mismo tiempo que de ansiedad horrible: tal vez el filo encarnizado de un arma, la huella maligna de un reptil.

Y diríase que todos los sentidos de Soledad toman parte contra la siniestra amenaza que se le repite constantemente en la medrosa cueva de lo ignorado. Así, mientras escucha los ecos feroces del perjurio, une las manos, vibrantes, en un pavoroso ademán de súplica y sus labios, descoloridos, se mueven en sorda interrogación: —¿Por qué?... ¿Por qué?...

Dávalos adivina la trágica pregunta igual que las infernales visiones, y ante la bárbara elocuencia de aquel paroxismo, excede la voz, con sañudos enojos:

—Ese hombre no merece vivir en paz ni morir con honra. Necesito buscarle y decirle que es...

Pero la enamorada se despierta y detiene la formidable acusación con un gesto inmensamente delicado:

—¡Calle usted!... No hay una culpa solitaria: toda la humanidad es pecadora.

—Usted no.

—También.

—¡Qué locura!: la inocencia existe.

—No en absoluto.

—En el caso de usted sí.

—Me habrá fallado en otros; y si he de pagar mis deudas tengo que hacerme responsable de cada delito concreto.

—Pues yo niego mi participación en esos crímenes privados que no caen bajo las leyes y que por su miseria y su bochorno juzgo imperdonables.

—La doctrina de Jesús todo lo perdona—murmura Soledad con una expresión llena de limpidez. Y añade, trabajada por la angustia y el gozo de sus recuerdos: —Nuestra mayor gloria consiste en saber levantarnos cuando hemos caído: el que no acepta el arrepentimiento... no acepta la vida.

—Luego usted ha perdonado.

—Sí... para merecer la absolución—insinúa ocultando su verdadero y alto móvil.

Rehuye la mirada y permanece sigilosa; quizá persigue en sí misma una culpa grave,

por los trojes más oscuros de la conciencia, superándose en humildad a fin de que el remordimiento no sólo gravite en el alma del esposo.

—¿Y acepta usted la vida?—escruta Dávalos, pendiente de aquellas palabras que le ilusionan.

—¡Como una penitencia!

Sabe el curioso que le dicen lo cierto, que la criatura fiel investiga las trazas veniales de sus pecados en busca de razones para sentirse unida con el ausente en una sola condenación. Por servirle y acompañarle se clavaría jubilosa en la cruz de todos los castigos, ardería en el Purgatorio, bajaría a los mismos infiernos.

Como a Soledad se le traslucen en la cara las quiméricas intenciones, su amigo deplora:

—¡Está perdida!... ¡Ama el propio delito del amado!... ¡No tiene remedio!...

Pero esta concluyente reflexión le estimula con mayores incentivos; cuanto más imposible y extraña, más le seduce la española. No es la doncella ignorante y aprehensible, ni la santa que renuncia y se sacrifica: es la mujer en su mera significación espiritual y en la íntegra soberanía del sentido humano; de tal

modo que posee la más exquisita gracia de la materia y domina las más altas regiones del sentimiento; ama con pasión incorruptible; padece los enconos insanos; llora y desconfía; reza y aguarda: polvo escogido, lleva la señal de Dios en la frente.

Y Dávalos, mordido por celoso aguijón, intacto el caudal de los deseos junto a la amante selecta, quiere saber: ¿el sello divino, librará siempre de mácula a este barro ardoroso?... La soledad, la solicitud, la ocasión, el mismo temperamento, ¿no serán demasiados y terribles enemigos contra esa constancia que parece invulnerable?

Se muestra escéptico. La intuición y las recientes observaciones le avisan de tener a su lado un carácter singularísimo: la experiencia le dice que no hay en la arcilla mortal nada seguro. Y deduce: si otro ha de conseguir a esta mujer, ¿por qué yo no?

Su generosidad, en lucha con el instinto y el anhelo, tropieza en una linde muy definida, y hállase de pronto a la entrada de una ruta abierta. Sagaz explorador necesita que todas las verdades le ayuden, que se haga plena luz en torno a la figura pudorosa de la amada.

Ella no dice nada nuevo. Apenas ha contado un lance indigno, que sería vulgar si el medio en que se desarrolla no le diese proporciones: la burla de una fe; víctima y verdugo eternamente renovados.

La única excepción aquí son los actores del episodio y es indudable que Soledad no acusa lo suficiente, que hay en su desdicha circunstancias de enorme dramatismo. Como todos los seres inflexibles ella siente un impulso de violenta rebelión contra el hombre que tritura su vida y a quien no puede menos de querer. Pero en cuanto ha dicho unas palabras rigurosas, las pretende atenuar con la activa fuerza del perdón. Entonces habla de un imaginario arrepentimiento y sólo admite los pecados colectivos; hasta que su ansiedad se funde en el silencio respetuoso y los negros perfiles del delincuente se borran en un halo de misterio; el aura del amor le circunda: ¡nadie toque a la imagen querida! Se ha hecho sagrada bajo la inefable protección.

VI

¡SIEMPRE!...

Allí continúa Soledad, en la glorieta, vencida por una de sus meditaciones reparadoras. Yace su cuerpo con una ingravidez fantástica dentro del vestido blanco, y tiene en la abstracción del semblante un influjo tan elocuente, que Dávalos mira crecer de nuevo, y más que nunca, la importancia del rival. No es un ente cualquiera; su realce levanta un punto de inquietud inaudita: algo muy asombroso, insigne y turbulento, hubo en su obra de posesión y exterminio sobre aquella mujer.

Intenta el judío aclarar el fondo satánico de semejante duelo, y reanuda sus averiguaciones, cada vez más apretado el corazón por las codicias.

—¿Lleva usted mucho tiempo casada?

Soledad tarda en responder, como si llegase desde muy lejos la pregunta.

—¡Mucho!... He vivido para «él» siempre—dice, poniendo en la frase un grano de delirio, la gota de lumbre que da un tono de fuego y extrañeza a sus persuasiones.

Imagina Dávalos que la honda palpitación de la tarde repite aquella palabra, ¡Siempre!... con resonante brío de eternidad. Se inquieta y balbuce, en su desesperado atrevimiento:

—¿Cómo se llama ese hombre?

—¿«Él»?

—Sí.

—No importa cómo se llama.

—Dígamelo usted.

—¡Imposible!

—¡Pero, si no le conozco!

Ella cruza las manos sobre el pecho con el ademán defensivo y tremante que aborrece el israelita, y murmura, atesada la voz, en los ojos un relámpago de cegadora pena:

—¡Su nombre!...

—¿Es acaso universal?

—Es suyo... y mío.

—Usted no lo usa.

—Porque lo guardo... Para mí no es un alarde, sino un tesoro.

—No razona usted; desvaría, se contradice...

—¡Sufro!—clama Soledad. Y el poder excesivo de su dolor no satisface la intemperancia del que asegura:

—*Nada hay cubierto que no se haya de descubrir, ni oculto que no se haya de saber...*

Esta sentencia bíblica perturba mucho a la española; un asomo de prejuicio la inclina a suponer que despliega su acompañante las condiciones astutas de la raza. Y se resiste con altanero sobresalto.

—¿Es usted espía?

Dávalos, palideciendo hasta la lividez, la contempla con ojos aturdidos, llenos de ternura y afán.

—¡Perdóneme!—se aproxima a ella en un movimiento de alarma irrefrenable, tan pesaroso, que Soledad alivia sus temores y únicamente añade:

—¡Quiere usted averiguar demasiado!...

—No; muy poco: aún no supe en qué región de España ha nacido usted.

Ante su vivo empeño de alumbrar la escondida historia, no le detiene en absoluto aquel enojo que le aterra; algo, un detalle, un indicio debe recoger. Pero a la dama le asustan ya las confesiones, y dice evadiéndose:

—Nací entre dos secretos imponentes, universales: el monte y el mar... Soy hermética, a pesar mío.

—¡Ya lo veo!

Era la exclamación tan desoladora y turbia, que la mujer intentó sonreir conciliadora.

—¿Qué significa nacer en una o en otra parte?... ¿No le parece?

Quiso Dávalos conseguir algún provecho de la frágil sonrisa.

—¿Se llama usted Soledad, de veras?

—¡Y estoy sola!

—¡Conmigo!

Se le acercó, aún, de pie, con el cigarro entre los dedos y el rostro oscurecido por la emoción.

Soledad, muy tranquila, sacudió la mirada sobre él, levantándose como si diese por ter-

minada la merienda, aunque no habían probado los dulces.

—También me llaman Soles—dijo, casi infantilmente, conteniendo de un modo imperceptible las inútiles palabras de su invitado.

Pero ya trepidan como un resumen cruel de la penosa insistencia:

—¿Si ese hombre es feliz mientras usted muere sola y desatinada?...

—¡Me espantaría su felicidad como una aberración monstruosa!

—¿Y si es desgraciado?...

—¡Su desgracia no me sirve de consuelo!

—¿De manera que no hay un camino luminoso para usted... ni para mí?

La impaciente alusión no desconcierta a la señora, que replica:

—El mío ya sabe usted que no tiene horizontes.

—¡Ni el mío tampoco, en ese caso!

—El de usted sí, porque yo misma le acabo de regalar una patria—señalando con graciosa industria el periódico doblado sobre la mesa.

Se inclina el hebreo para recobrar el papel, entregándose humildemense a la confusión.

¡La patria de Soledad no es la suya!... Son dos peregrinos que se encuentran, hacen juntos una caminata... y después, se despiden. No debe exigir nada más a la mujer de otro, aunque ella marche sin rumbo y nunca llegue al hogar perdido. Una congoja insoportable le tortura pensando que los dos viven locamente de la incierta ilusión: ¡el símbolo de la tierra prometida! Y hay tanta pesadumbre en su rostro asombrado y triste, que Soledad se consterna.

—Interrumpimos la conversación—explica, sin darse importancia ninguna—, porque tendré ya dispuesto el baño y quisiera descansar del calor y la fatiga antes de nuestro último paseo.

Subraya el compromiso con agrado gentil, erguida en toda la realeza de su hermosura, tendiendo la mano como una caridad.

El ciudadano altivo de Jerusalén recibe aquella limosna con indecible gratitud.

—¡Soles!...—pronuncia, recogiendo la palabra ardiente y evocativa.

Y a la entrada de la glorieta se aparece de pronto *Hans* el ciervo triscador, alargando el hocico desnudo, muy atisbadora la cabeza se-

ñalada por los primeros candiles. Es un animal niño que el *Förster* domestica en recuerdo de su amado Tirol y que Dávalos considera como heráldica imagen de la bizarría triunfadora; el mito pagano que desciende hoy de los Alpes Nóricos para rendir su homenaje a una rara mujer occidental.

Ella le acaricia mientras Agnes acude a recogerle.

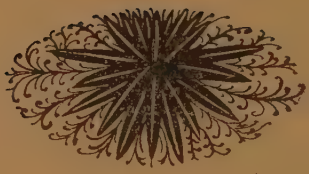
—Se ha escapado del cortil cuando las muchachas salían hacia el pueblo. Porque ha venido una amiga de Grete a buscarla ¡como estamos de fiesta!... Ya tiene la señora el baño tibio con las flores de tomillo y las hojas de bácara: ¿necesita algo más?...

Atraviesa Dávalos el jardín abismándose en la niebla de sus pensamientos, y al otro lado de las lindes tropieza a Grete con su amiga, remolonas, como si le estuvieran esperando. Ambas ríen, enardecida la mirada, bárbaro aquel gesto de curiosidad con que admiran el semblante pálido y moreno.

El hijo de Israel las contempla, envidioso de que no guarden en la memoria ningún punto sensible, ninguna tristeza en la claridad provocativa de los ojos. Son dos brotes selvá-

ticos, dos criaturas agrestes llenas de un entorpecimiento feliz.

Piensa con furia en el destino de la mujer excelsa que él adora, martirizada por la ingratitud, y camina ébrio de pasión y de hiel, olvidada en la mano la libertad de Sión...



VII

EL CONTRASTE

En el repliegue más alto de la selva está la Torre de Vistas, atalaya de Woltersdorf: unos escalones irregulares hasta la plataforma de bancos rústicos y una cúpula de madera sin labrar donde se guarda el telescopio. Abajo alguien cobra por la subida una humilde contribución: no hay en el llano inmenso de Brandenburgo otro sistema para ver el paisaje.

Esta flora ártica, introducida en la Alemania Central desde las estepas de Oriente al través del evo geológico, se difunde en bosques nu-

tridísimos, entre cuyos árboles, espléndidos y varios, sobrepujan los pinos.

La tupida llanura es una extensión cenagosa, ondulante apenas, cruzada al Sur por los canales del Spree, en un laberinto de hebras de agua, lagos y pueblos.

Sobre el Kalk se yergue ponentina y extraña la ciudad del *Film*, solar del Arte Nuevo en Europa; a naciente, en una gacha colina, el gran Sanatorio de la región; allá lejos, casi adivinadas, las famosas antenas de Nauen, la mole del monumento a Bismarck, las agujas eminentes de Berlín. Y en toda la sábana de arena los tachones oscuros del arbolado; los ojos hoy azules de innumerables lagunas; limos y arcillas de un vasto lecho donde acaso rugió la mar.

En esta sobretarde bulliciosa de julio parece que se le han roto las venas al sol. No llega el consuelo de una brisa aunque las horas corren al anochecer, y es sofocante la marcha de los viajeros que se apresuran hacia los penachos del ferrocarril.

Aparte las muchas embarcaciones que descongestionan la ribera, circulan unos tranvías eléctricos por el medroso pinar de Wilhelms-

hagen, hasta la estación de Rahsdorf, donde pasan trenes cada cinco minutos surcando también el bosque inmenso de Cöpenick.

Toda clase de vehículos se ofrecen en traza de regreso por los caminos urbanos de Woltersdorf y los atajos de la espesura. Hay quien arrastra los bártulos campestres en el popular carrito de adrales, el *Leiterwagen* inconfundible, empujado a menudo por caballeros que lucen la Cruz de Hierro en el ojal; hay valkyrias sudorosas que se lanzan en bicicleta con los *bebés* atados a la grupa, varoniles y desagradables: caballerías, autobuses, ningún sistema de locomoción les falta a los excursionistas domingueros, que en muchas ocasiones toman cachazudamente su rumbo a pie descalzo, o se engolfan sin escrúpulos en la selva, como en el más barato y apetecible dormitorio.

Desde la Torre de Vistas, puesta en el centro de múltiples derrotas, percibe Soledad al lado de su amigo el movimiento de los veraneantes, y se admira de la facha que llevan aun aquellos de más distinción; damas incorregibles que no aciertan nunca a ponerse bien el sombrero, a omitir la superabundancia de

adornos, a esconder la sonrisa voraz; galanes que se cuelgan el chapeo ridículamente encima del abdomen, satisfechos de su bienestar físico, absortos en las complicaciones de la digestión. Añadieron sin duda, a la pobre merienda nacional unas salchichas picantes, unos emparedados de tocino, una jarra de bebida fuerte, y enseñan los ojos salpicados de esa torpe alegría que dilata las bocas sin tamizarse por el entendimiento.

—Esta gente glotona y dura—comenta Dávalos—pertenece a la moderna burguesía que viaja, siquiera dentro del país, ¿sorprende usted en esos semblantes el beleño de la inspiración o de la novedad?

—No... Y habrán visto la fronda Herciniana, los montes Metálicos, la cumbre de los Buhos, el arbolado de Sajonia que la industria convierte en fantásticos planteles azules y rojos...

—Pero ninguna belleza, ninguna poesía contribuye a que los prusianos cambien su indumentaria, disciplinen el gesto y la expresión. En la tierra de las imitaciones científicas, donde las cosas se trasmudan y componen con habilidad indiscutible, sólo el hábito y la figura humana permanecen inmóviles, rebel-

des a la estética del Arte y a la renovadora flexibilidad del Tiempo.

Asiente la extranjera a pesar suyo. Con el instinto cristiano de su mundo occidental, quisiera defender a los que supone padeciendo una crisis de violenta desesperación.

—Viven como autómatas—disculpa — con la moneda envilecida y las ideas manchadas, víctimas de una paz miserable que se pervierte en semillero de infortunios.

—Sin embargo, tienen la responsabilidad de su destino, eslabón entre dos zonas espirituales de nuestro continente.

—No acuse—pide la mujer clementísima, deseosa de aliviar la conciencia a los vencidos—; media Europa es un páramo sentimental; no sólo aquí se hunden, con las conductas, los valores más puros de la civilización; este es un gran pueblo triste y vergonzante: ¡hay que compadecerle!

—¿Triste?... ¡Oiga, oiga usted!...

Llegaba en el aire caliginoso el fragor de la turba del camino; rapsodas y borrachos iban juntos, repartiéndose coplas y *halalíes*, botellas y laúdes. Y eran tales voces el eco de una sociedad moza y ruda, ávida de espectáculos

ínfimos, enteramente abandonada a su trance de suprema caída.

—Ahí tiene usted al pueblo triste y vergonzoso—manifestó Dávalos—, mire usted, escuche.

Hombres y mujeres se abrazan en el pinar, mezclando los besos ruidosos y fríos con la espuma de la cerveza, los cantares con el sabor de la margarina; buscaban muchos, en los céspedes el regosto de un aposento, sin molicie ni dulzura, obcecados en la viciosa costumbre, alebrados como la fauna más vil.

Soledad no mira ni escucha ni se rinde.

—Si están sometidos a la desesperanza—arguye—puede haber en su libertinaje una forma de suicidio.

—¿Lo aprueba usted?

—¡Nunca!... ¡Por Dios!... ¡Pero todos los desgraciados me inspiran tanta misericordia!...

—¡Si estos son muy felices!

—¿Porque cantan y beben?... ¡A menudo posa en el fondo de las mayores turbulencias un gesto continuo de dolor!

—¡Bah!... Usted aplica su espíritu indeciblemente generoso a las más ruínes cobardías y se empeña en repartir las culpas y castigos

entre toda la humanidad... Tiene usted en ese punto un criterio muy bolchevique.

Prefiere la revolucionaria echar a broma el tema, de nuevo suscitado. Y el hebreo, gozoso con la sonrisa que ella insinúa, se absorbe en un limbo de adoración.

Seres rudimentarios, larvas de mujeres, son las que militan bajo el palio benigno de la fronda, como en un desierto moral; gusanos de embrión frente a la sagrada plenitud de la extranjera.

Dávalos imagina que el tremendo contraste la separa con número de siglos de aquellas criaturas incipientes y la coloca en un plano sublime de eternidad. Deduce, en su arrobo, que la amada es un satélite de lo infinito, la representación gloriosa del pueblo que rasgó el antiguo encanto de los mares para alumbrar una ribera perdida y mantener los fundamentos del Heroísmo como una esfinge de la Abnegación. Así, ahora, esta imagen representativa de España recoge el cetro del ideal, para sostener en el ara caliente de la profanada llanura los principios de unas virtudes que no pueden morir.

Soledad es un símbolo, una categoría, un

linaje preclaro que se erige sobre el podrido corazón de Europa en nombre de una patria creadora de mundos; es un haz de fuerzas inmortales que viene del Mediodía redentor, prometiendo y rezando, como un murmullo del Destino...

—¿En qué piensa usted?—pregunta ella de pronto, algo alarmada por el silencio de su acompañante.

Y han bastado la voz, la inquietud, el ademán, para que él la mire cambiada en la sola mujer codiciable, con el rostro bello y puro, una idea apasionada en la frente, enigmáticos los ojos que han recibido la divina iluminación.

El sedante baño y el sosiego de las últimas horas prestan a la hermosura de Soledad un vigor creciente. Conserva una sonrisa en la mirada, se le encienden los labios con el beso del Sol, y se diría que una ley vital la impone el orgullo de sentir su cuerpo fuerte y libre, cargado de esplendor, oloroso a vida y a salud.

Estas observaciones hace el hombre que la desea, y no necesita más para convencerse de la imperfección de un propósito que le obliga a la renuncia y al estoicismo.

Había resuelto conformarse con la amistad de la española, sin más tentativas ni rebeliones. Una solitaria meditación, lejos de ella, le indujo a reducirse, consolado en la única esperanza de asistirla: permanecer a su lado en aquel recodo del Tiempo, ya era mucha felicidad; prestarle auxilio y ánimos, conseguir, como un premio, sus confidencias, ir entrando poco a poco en su vida callada y tumultuosa, era, también, una grande ilusión. Después... «¿Quién sabe?», repetíase volviendo a su primer punto de partida, cuando en la sorpresa del encuentro maravilloso quiso resistirse al amor, y aún, más tarde, seguro ya de estar encadenado, anheló ajustar sus ambiciones a una expectativa discreta, a un caballeresco desinterés. Pero la fascinación que le producía Soledad, el trato asiduo, el secreto y la desgracia de una compañera tan peligrosa, no le consentían mantener la altura y precisión de un sentimiento colmado de asechanzas y fluctuaciones. Todos los planes se le derrumban al descubrir en sí mismo una individualidad reciamente obstinada. El viajero ecuánime, el vividor paciente y melancólico, se entrega a un albur insensato, rotos los frenos de

su templanza, sin que la prisa y la eventualidad de tantas impresiones le den una tregua para robustecerse. Aquel solo timbre inquieto de la consulta: «¿En qué piensa usted?», le precipita en una radiosa tentación.

—Pienso—responde con indomado coraje—en la necesidad de que usted extienda los dominios de su alma sobre todas las cenizas del Presente, como un bálsamo, como una luz. —Pone los ojos largos y profundos en la mujer, arrodillados lo mismo que ante la «Cara Velada» del Señor.

Soledad se reserva con frágil estremecimiento de sensitiva.

—¡Mi alma!—balbuce, y en el humilde tono de la protesta defiende el reino de su pasión como en un tabernáculo.

Él, que ha conocido todas las fronteras materiales, quiere abrir las de aquel espíritu, a un tiempo ágil y encerrado; quiere sacudirle encima de lo transitorio como a un árbol ingente del Misterio, para recoger algún fruto.

—¡Si yo lograse quebrantar el ensalmo que la confina aquí entre unas bárbaras raíces!

Y como la enamorada se retrae con suprema timidez, la estimula su amigo:

—Usted es valiente, caminadora, ¿y le asustan las lejanías?... ¿no se decide a levantar los ojos ni aun sobre este llano?

Cierto. Recela de la magnitud del paisaje: teme ensanchar su dolor al esparcir la mirada en lo desmedido. Para vencer su flaqueza explora someramente los contornos, hasta que se determina y surge, presa de una emoción indefinible, asociando sus recuerdos a todas las voces naturales: esta misma Torre, campesina y tosca, se parece a los candelechos andaluces improvisados tan a menudo al atisbo de las huertas, con gracioso intento de malicia.

La llanura germana, volcándose hoy en lo azul, trae a la memoria de Soledad aquel hondo regazo de Castilla, la tierra noble y fiel, vivero de paladines en los anales de la Civilización. Ya desatadas las evocaciones, en cada recuesto mórbido le crece la base de una cumbre, el anhelo de una cima. Pero hay demasiada claridad en el ambiente; la expatriada añora su país de romance, necesita contener las pupilas y las ideas en algo abrupto y sigiloso. Y murmura:

—¡Echo de menos la sombra que cae de las montañas, la cinta oscura de la mar!...

Batieron sus párpados. Le dolía de un modo inenarrable la tristeza de sus primeros cielos, la nostalgia del pálido arenal, de la marea viva, el cierzo, la bruma y el cantil.

Una fuerza lejana la llevó, con el paso vacilante del sufrimiento hasta una orilla hermosa y violenta, azotada por oleajes no tan crueles como el de aquella imaginación. La apetecida sombra enlutaba ya el rostro adorable.

VIII

LAS TENTACIONES

ERCIBIÓ Dávalos el alejamiento absoluto de su amiga y tiró de ella con palabras algo incoherentes, en la urgencia de su amargura; la quiso atraer al punto cardinal que la mujer casi nunca miraba, el término contrario a sus caminos tristes.

—Hay otros montes, otros mares que no la dañarían como los que usted recuerda... El de la Arabia, el Glacial, el Pacífico, el Rojo, el Negro, el Azul... ¡muchos más!... ¿los conoce?

Sin esperar contestación, de pie, erguido el busto arrogante sobre la barandilla de la

Torre, acciona, convincente, de cara a los dorados confines.

—Déjeme que la salve, que la liberte en la *Tierra de la Mañana*, donde nacen los ríos sagrados y las alturas se llaman como los dioses. Dígame que la pondré al abrigo de las cumbres que envuelven su espina en el Humo extraño de la Superstición, y aun hospedan a las hadas y a los *devs*, con alarde infantil. Vayamos a los pueblos niños, divinizados por la monstruosa poesía del Oriente, para que usted se sature de confianzas y luego corramos juntos la vida... Soles... ¿me escucha?

—Sí; ¡la Montaña es un símbolo de la Eternidad!

—¿Sí?... ¿Ha dicho usted que sí?

Y continúa la impaciencia del viajero un galope sin rumbo.

—Ya verá usted cómo las novedades le sirven de reposo. El *Aszu*, que presenció el alba de los días, no envejece; cada aurora tiene allí un optimismo cándido y virgen. Yo la enseñaré todas las rarezas de aquellos fabulosos parajes: los velos de los montes, las bocas de las fuentes, los nombres de las cimas. La voy

a saciar a usted de ensueños, de visiones admirables: la Tundra cubierta de musgos, cruzada por las aguas rojas; los hielos espectrales de Ialmal; los pueblos que desaparecen en el espanto de Siberia; torrentes inmóviles; picos vigilantes; la *Taiga* llena de prodigios; lo inquieto, lo ignorado para usted, que la sacuda, la tonifique y la cure.

Atiende Soledad con muda sorpresa, zozobrante en los ojos un fulgor de esperanza, compartiendo la obsesión de aquella línea libertadora que se abriría en un primer viaje. Hay sones de hechizos en los ofrecimientos que recibe, y se pierde soñando, como si volviera un instante a la luz desde el tiempo sombrío de su alma.

Sigue Dávalos prometiendo.

—Bajaremos a la *Tierra Oscura* donde sopla el monzón que trasmite semillas vegetales entre dos continentes, y buscaremos allí el pueblo legendario que vive del aroma de las flores... Rezará usted, en Agra, sobre el Tadech, *un sueño de mármol,* la tumba colosal que un emperador, ejemplo de amantes, hizo construir para su adorada. La tremenda idolatría de la muerte remansa en aquellos jardi-

nes, en los estanques y avenidas que componen la *Carroza* donde en tiempos muy lejanos ya supo un indio unir el amor y la belleza en un insuperable monumento a la Fidelidad... En el Valle de los Reyes ha de contar usted los sepulcros milenarios; iremos a Estambul; visitaremos el *Loto del Mundo* en Benarés; el santuario de Vishnú en Orissa; todas las ciudades santas; los templos famosos; los caminos ilustres... Luego nos aguardan Africa y América, la China, el Japón...

—Eso costaría millones—interrumpe Soledad con palabra lenta y débil que parece salir del fondo de una pesadilla.

Y se le ilusiona en el semblante un inaudito afán de evasión. Irse, irse para siempre, huir; pero... ¿de quién? ¿de sí propia?

—Yo tengo millones—confiesa Dávalos con deslumbramiento feliz, como si en aquel minuto se enterase de la noticia—. Los tengo y soy esclavo de usted.

Asiste a los combates interiores de Soledad, reflejados en una expresión congojosa y turbia. Y le parece que ya es involuntaria la resistencia de aquel espíritu, próximo a ceder: un poco más de suerte, un punto más alto de

persuasión y la incansable luchadora se habrá cansado de sufrir.

Ismael Dávalos acude entonces a la ciencia favorita de los judíos, uno de los arcaicos poderes milagrosos que aún parecen modernos, y clava las intensas pupilas en aquellas, atónitas, que le miran sin verle...

—¡Soles!: no se lo he dicho todo. Se me olvidan los itinerarios, los pensamientos y las palabras. Míreme, ¡así, así!, hasta lo más hondo de la conciencia; y oiga, oiga bien. Usted vendrá conmigo por el mundo entero, dueña de sí misma, riente y saludable, sin nunca más llorar...

—Sí...

Respondía la voz cóncava y trasoñada, como la de una vidente. El Magnetismo ejercía su influjo en aquel ser, recio y sensible por excelencia. Y el seductor, operando con la buena fe de un Rabí crédulo, no sabía que imitaba al enemigo cuando tentó a Jesús en los muros de *Erez-Israel*.

A los ojos griegos se asomó la fatalidad semita llena de religiosa pesadumbre, mirándose con ahinco en las aguas convulsas de aquellos otros, ausentes y tenaces, don-

de combatía subyugada la desesperación.

Quiso el mago asegurar su pronóstico, y las frases curativas se le hicieron agudas, resueltas.

—Yo soy para usted la Fortuna, la Libertad, el Amor.—Da un paso torpe ,al insistir—. *Soy el amor que no muere, el único, el fiel...*

Queda roto el encanto. Soledad se recobra con impetuosa rebeldía consciente, gallarda, irreductible:

—¡No!... ¡Ese amor es el mío; de mi alma, de mi sangre, de mi tristeza! ¡Nadie le tiene más que yo y usted me le quería robar!

Se ha puesto de pie con una exaltación rápida y es ella la que sugestiona al aterrado amigo.

—¡No! ¡el amor no!—repite, asertiva, indómita—¡no lo compartiremos nunca, jamás... Aunque usted me diera todo el mundo que habíamos de recorrer, y el oro, la alegría, la salud...

Unos viandantes se detienen bajo la Torre, sorprendidos por la actitud de los extranjeros, sin entender lo que dicen.

—Es la señora de la *Försterei* que está lunática—, asegura una joven.

—¡Habla en latín!—añade su compañera con ingenua sonrisa de ponderación.

Y los *Wandervögel* que escoltan a las dos muchachas, preguntan curiosos, por aquella gente pálida, incomprensible y dolorida.

CAMINO TERCERO
EXALTACION

I

EL SOL EN LAS ENTRAÑAS

UN espacio invadido de silencio apartó a la cristiana y al judío, hasta que él, desatinado al oir una sentencia fulminante y rotunda contra su dicha, no supo contener el maligno ardor de la venganza.

—Y el dueño de esa lealtad grandiosa—concluye irónico y despiadado—se divierte con otra mujer... El asunto no merece la pena de virtudes tan irreprochables y difíciles; creí que tenía usted más alto concepto de su dignidad.

Ella se contrae, atrozmente herida, con las dos manos en el pecho, encorvada y trémula

al golpe del estilete horrible. En una organización tan poderosa como la suya, los celos son un castigo insoportable.

Al fin solivia el cuerpo tembloroso, alza las pupilas torvas, y murmura con una persistencia demente:

—¡Pues, le quiero, le quiero!...

—¿Sin ninguna razón?

—Sin ninguna: ¡por que sí!

Encarnizándose en el drama, con el abuso de una fuerza desigual, Dávalos pretende saber:

—Tendrá usted hijos suyos...

Pero Soledad razona en medio de su locura:

—Los tuve, ¿y que más da? Eso no supone una razón. Los hijos son frutos maquinales y yo tengo, sobre todo, un alma.

Crecióse con orgullo, avalorándose la estirpe casualmente, en uno de los sacudimientos innumerables de su pasión. Era, antes que la incubadora maquinal de la Vida, la compañera del hombre, la musa de las concepciones sobrehumanas, la esposa del perdurable hogar.

Este rango eterno, al serle conocido de pronto, mediante su misma confesión, le de-

vuelve todos los bríos, la encumbra en el resorte de su constancia, libre y sometida a la vez, como una de esas naves que hallaron duro tenedero de roca y se mueven seguras en el mar. Tiende la mirada hasta los cuatro horizontes, ambicionando ahora la extensión de la tierra para que le sirva de testigo, y habla con desapoderado frenesí, mientras todavía Dávalos le discute un derecho a conservar aquel acendrado valor.

La extrañísima plática sucede en voz sorda y jadeante; es una pugna rostro a rostro, inverosímil entre un ser hecho de delicadezas, desvalido y triste, sin más escudo que una fe desesperada, y aquel viajero mundano, servido por la ocasión, la experiencia y la capacidad.

No obstante él vacila en los últimos resabios de una acritud impremeditada, afligido por el remordimiento de sus morbosas tentaciones y supremamente conquistado por la bizarría de aquella mujer.

—Si tiene usted hijos... no está sola—infiere apenas.

—Los tuve—repite Soledad, sacudida por una impresión trágica.

—Le quedarán padres, hermanos...

—Tampoco.

—Será usted rica: el dinero suele dar mucha intrepidez.

—¡Ya lo he visto!... Yo tengo lo justo para no admitir limosnas.

Aguarda más preguntas, casi las induce con la actitud, desafiando la imponente curiosidad del hebreo que no sabe cómo obtener alguna ventaja de sus contumaces equivocaciones, y maldice entre dientes la mitad de una frase latina:

—Entonces *perseverar es diabólico*... Porque usted sola—añade con más blandura—no puede luchar contra el destino.

—Me queda el corazón—responde la abandonada con altivez, y parece que le empuja por los límites del llano con su expresivo gesto, incorporándole a las invisibles distancias, atrincherado en los soportes del planeta.

Hay una teurgia copiosa en el aire. Dávalos vuelve a sentirse envenenado por la presencia del «otro». Retoña desmandada su hostilidad, y profiere, con sombrío desdén:

—¡Un corazón solitario!

—¡No!

—¡Sí!... Nadie vendrá a socorrerla, a satisfacerse en el amor que usted desperdicia—murmura el celoso, por lo mismo que teme una llegada inevitable.

—«El» siempre llega—afirma Soledad con los labios húmedos y abrasadores—, siempre está en mí, puesto que yo estoy siempre con él.

—¡Delirios!

—¡Realidades!... Me necesita, me busca, me llama, en medio de su vergüenza; y yo acudo, le recibo, con todas las palpitaciones de mi carne, con todo mi llanto, con todo mi deseo, con todo mi perdón; en cada instante que cae sobre mí, en cada pulso de mi inteligencia, por encima de las injurias, de la ingratitud y del mal.

Discurre vibrando, goza y sufre; diríase que va a morir ardiendo. Se vuelve hacia el sol poniente, atraída con gracia misteriosa como un dócil mirabel, y queda abrazada por un torbellino de resplandores, rojos, enérgicos y caudales. Aquel Sol es el suyo, el masculino, de la Tierra del Ocaso, donde tiene perdida la felicidad. Y le acoge exaltada, con los ojos caldeados por los estupores de la di-

vina entrega, tostado el semblante en el fuego de la extremada ilusión.

—¡Mío, mío, te quiero!... ¡eres tú, eres tú!— susurra enloquecida, en un orgasmo indescriptible, dirigiéndose al esposo con palabras de vuelos infinitos que parecen de otro mundo.

Y es que el Sol la desnuda con sus rayos taladrantes, la besa todo el cuerpo, la abrasa, la toma, y ella recibe en el íntegro ser, como un gérmen fogoso y viril, aquel chorro caliente de sangre ultrahumana, semilla de una posesión inmortal...

Ismael Dávalos no tiene lucidez más que para el asombro profundísimo. Asiste a una parábola desconocida que le demuestra de un modo inapelable el designio augusto y cruel de un corazón. Está delante del Sentimiento más fuerte de la Vida, y daría la suya entera por verse amado así durante una hora. Todos sus razonamientos se funden en una emoción, y abolidos sus rencores, sólo piensa en la escogida criatura que a su lado vive y muere sin que él la pueda rescatar. Porque a ella le toca redimir el escarnio más inicuo del hombre, atada a la servidumbre de un amor incurable.

Es Dávalos supersticioso y se le trasmuda Soledad con algo semejante a los fulgores cristianos del Tabor; una lumbre que dora las miserias opacas y limpia los caminos oscuros.

Las gentes que cruzan al pie de la Torre levantan los ojos y perciben de una manera vaga el rocío inmaterial de aquellas frases que no comprenden, el cántico puro y nuevo que dice allá arriba una mujer extasiada.

Torna ella del supremo deliquio encendida frente a la concha del astro que arde y se hunde, mientras la Enamorada se yergue sobre el tálamo forestal con la unción de una teoría religiosa.

—¡Te quiero, te quiero!... ¡soy tuya!—balbuce aún, despidiéndose de alguien, cuajada la boca de caricias, llena la mirada de luz y de embriaguez.

Y acecha a su alrededor, intranquila, ruborosa, con aquel ademán suplicatorio de las manos trenzadas en el seno...

Ya el crepúsculo remansa en el paisaje; en el bosque despiertan los murmullos con un temblor humano. Un filo de viento se orea en la respiración de las aguas y mueve el suspiro húmedo de los canales: apenas se

distinguen los campos azules de las lagunas.

Mira Soledad a su compañero con la zozobra de haberle enfurecido. No pretende atormentarle, porque le compadece y le estima; pero quiere vivir la independencia de su desgracia y dejarse raptar por las convulsiones espirituales que él mismo provoca, y que constituyen para ella una vida interior poblada de recuerdos indulgentes, de cándidas ternuras, de sacrificios ardorosos; un estado de ímpetu y beatitud donde se mezclan los más finos brotes de la sensualidad y la imperecedera consagración.

Sabe ahora lo que ha dicho entregada al esposo lejano delante de un intruso y disculpa su fanatismo con entereza y dulzura.

—Usted creyó—sonríe delicadamente—que el amor era una fábula... Ya no se estila como yo le practico ¿verdad?

Inquiere en son de rezo, posando en el vencido la intensidad morena de unos ojos que van haciéndose cada día mayores para contener las lágrimas.

Dávalos define muy conmovido la consulta anhelante.

—¡Si no hubiera quien amara así... el Sol se extinguiría!

—¡Ya se extingue!—demuestra Soledad indicando con angustia la tierra ponentina donde la luz es una ilusión roja que se confunde en el Cielo.

—Para lucir mañana y calentar siempre el eterno corazón de usted.

Le admira a la señora el continente apacible y abrumado de su amigo. Y él, conociendo la extrañeza, se apresura a rogar:

—Perdóneme usted, ayer y hoy. Yo le juro no volver a molestarla con mis inquietudes ni con mis pretensiones. —Añade con lóbrega sonrisa: —Dicen que, algunas veces, el amor verdadero es «luminoso como la aurora y silencioso como la tumba»... ¡Así lo será el mío!

Está inclinado en espera de una absolución: su acento resonó entrañable y seguro.

—Gracias. Yo confiaba en la hidalguía de usted—contesta reconocida Soledad. Y también ahora ofrece su mano donde el anillo de los esponsales tiene en este momento el pálido color de la envidia.

Pero el ciudadano de Jerusalén besa humil-

demente encima del aro amarillo, con todo el respeto de un creyente que adora.

Ella insiste, obsesionada y confusa:

—Ya no es costumbre querer de «esta manera»... Se conquista el cielo con las máquinas, en tanto que huyen los ideales. No estamos de moda: si nos oyera el mundo se reiría de nosotros.

—El mundo nos oye. El sacro Amor, tal como usted y yo le sentimos, es un tema nupcial que no puede acabarse nunca.

—Pero está prostituído, desvirtuado; ya hasta los poetas le abandonan; ensalzan la poesía de los motores; el arte de las fábricas: la industria es una religión, y el sentimiento se convierte en metal, con alas de aeroplano y carreras de automóvil.—Quiere darle un poco de ironía pueril a la sensación profunda que les une como un vínculo reciente.

—Pues toda la Poesía está en las almas y en la Naturaleza, generadoras esenciales... Precisamente porque sabemos demasiado, los grandes corazones vuelven hacia atrás, buscándose a sí mismos... Es cierto, sí, que nuestro pobre Amor necesita adalides: ¡le hacen mucha falta los robustos injertos de la Caridad!... Y

sólo puede salvarnos él, que ha esclarecido el Caos...

Se oyó una desgarrada trova; el punteo de un laúd hería el ambiente al son de unos pasos no muy firmes. Algunas parejas, ocasionales y errabundas, procuraban su alhanía en el tamo rubio de los pinos.

Los dos extranjeros persiguen un instante con rara incertidumbre la cabalgata remota de los trenes.

Entonces Soledad tuvo en las pupilas un desmayo, como si también en ellas declinara el Sol.

—Vámonos—pronunció sobrecogida—, es casi de noche.

—Cuando usted quiera...

En el fondo de la llanura encendía Berlín un inmenso campamento de luces.

II

VATICINIOS

UNOS días de sensaciones fuertes en plena selva, junto a la mujer esquiva y preciosa ¿habían de cambiarle el rumbo de los pasos?

¡Qué disparate!... Aquel era un veraneo absurdo y nada más. Sonaría un toque de regreso a la Vida, y el caballero errante hincaría los pies con despreocupación en todas las rutas...

¡Volver a la vida!... ¿A cuál? Dávalos sonríe acerbamente. Descubre una sola: aquella que la suerte le prohibe...

Paseaba en su ancho dormitorio con los

balcones abiertos, mientras subía por el horizonte la Luna corolada del estío.

Y aceptaba como una expiación sus torturas mentales, acusándose de haber tratado a Soledad como un hombre primitivo y cruel. Para el refinamiento de su conciencia varonil, todo homenaje era mezquino ante una dama, y aquella tan peregrina criatura de selección le podía avergonzar recordando unas frases duras, un tono vengativo y sarcástico, la obstinación de unas solicitudes que ella no alentó ni con la más leve coquetería.

Estaba pesaroso, combatido por el arrepentimiento y el fracaso. Se le abrasaba la imaginación con un vaho caliente de apetitos, y el hielo de la inteligencia, aplicado sobre aquellos ardores, se derretía, implacable, sin conceder un hálito de frescura.

Era inútil prometerse el olvido y la tranquilidad al otro lado del valle. Para él sin la anhelada compañía, no tenían sentido ninguno las derrotas más llenas de luz. Su mocedad madura se lo avisaba con un convencimiento doloroso y persistente, y ya culminando los años maestros le parecía imposible equivocarse. Aquel amor, brusco en apariencia, se

venía elaborando en su espíritu como una profecía melancólica, y el fatalismo de la raza imponía su negra seguridad a los razonamientos evasivos del amante.

Hombre nómada y solitario anduvo muy lejos de la colmada existencia que hubiera querido vivir. Todo a su paso lo gozó de una manera distraída, con el titubeo del peregrino que halaga las cosas y no se detiene. Deshojó apenas la juventud, sin prisa ni abuso, desde la suma facilidad del millonario y la noble finura del señor. Y el romanticismo de su carácter se sostenía calladamente sobre una indeclinable esperanza que le iba circundando poco a poco las perspectivas en la sombra de los sueños, y apartándole del roce animal en los caminos: porque no había encontrado la flor de las ansiedades internas, «el codiciado pan». Simplificaba sus leyes judías en un respeto constante al prójimo, un temor casi terrorífico a causar daño, y una inclinación netamente bondadosa hacia los oprimidos, cuanto más débiles y asolados padecieran. Tal sentimiento imperioso de justicia, se cimentaba en una raíz vindicatoria: la amargura de Israel, la sangre perseguida plasmándose en

las venas de un griego mezclado de español.

Esta lástima aguda y quijotesca, se había exacerbado de un modo febril junto a las tribulaciones de Soledad, porque le enamoraba plena y vorazmente la mujer vendida y triste, presa en el círculo siniestro de una pasión indomable; le atraía como un aroma irresistible la fuerza original de aquel espíritu lleno de energía y de gracia, de misterio y de calentura. No podía sustraerse al dominio de aquellos ojos inquietantes, hechizados por la desolación, de aquella boca sensitiva y dulce, de la voz rica y muelle, impregnada en llanto.

Ya suponía cómo era Soledad en la amplitud de la caricia absoluta; «la vió querer al otro» robada por el Sol, pudorosa dentro de las exaltaciones humanas y divinas más envidiables, y socavado por el deseo juzgaba muy difícil esconder el hambre de poseerla, sin dejar de sentirse honrado con el propósito insistente de servirla, fuera del egoísmo; de rasgar sobre aquella frente hermosa y nublada los paños de la noche continua, abrir un surco de fe a la desorientada caminante, y verla reir; disfrutar con el espectáculo nuevo

de su alborozo, deleitarse con el sabor de su confianza.

Desde el silo de una tristeza secular, posada en el Antiguo Testamento, Dávalos añoraba profundamente la alegría, deslumbrado por la claridad del mar latino: era un alma semita con la fantasía helénica y un vaso de fuego en el corazón.

Y adivinaba los grados exquisitos que pudiese adquirir la felicidad irrumpiendo sobre la mujer amada como un baño de gloria, cuando sólo por alguna olvidada sonrisa todo el semblante le había fulgido con la soleada blancura de las almas limpias y vigorosas.

La imposibilidad de conseguir para ella una resurrección a la dicha, le aplanaba; y otro de sus pesares era la certidumbre de que únicamente los brazos del esposo traidor la podían salvar.

En sus anhelos de sacrificio ya Dávalos tocaba—aunque no siempre—en los ápices de la renunciación: *consentía* que el «otro» la viniera a rescatar. Pero el ausente no buscaba a su víctima enraizada en el bosque, enferma de Sentimiento.

Soledad se acostó durante aquellos días úl-

timos. Una postración grande sucedió a las pasadas agitaciones. Inerte, silenciosa, alimentándose muy poco, permanecía horas enteras en la postura supina de los amortajados, como si con la quietud y la traza modelase la evidencia terrible de la muerte.

Iba su amigo a preguntar por ella con el mayor sobresalto y le contestaban:

—Sigue mal: no habla ni come.

Para Agnes era la inapetencia un síntoma funesto.

—Así no puede vivir—aseguraba.

Y una tarde, en el colmo de sus aprensiones, mostróse muy locuaz con el israelita.

—He sabido—le contó—que esta señora es de España, junto a la tierra marroquí, allá lejos, en la punta del mundo; un país lleno de sol con muchos claveles y naranjas y con un mar azul como el itáliano. Las gentes son allí, por lo general, artistas, morenas, fervorosas y audaces, muy libres en las leyes, muy amigas de hacer su gusto. A pesar de ello ¡todavía tienen un Rey!... Cuentan que hace siglos sólo con tres bergantines descubrieron entre las olas un nuevo continente, lo que se llama hoy América, y fundaron en él otras veinte Espa-

ñas que todas usan el mismo lenguaje... Esto pude comprender por lo que la *gnädige frau* le dice a mi hija.

Habló con solemne reverencia, como si tratase de algo maravilloso y quimérico, sospechando con su perspicacia femenina, que no había obtenido el galán muchas revelaciones de la cautelosa dama.

—Y ella ¿en qué región de todas esas patrias vivía?

—No lo sé: lo que le conviene lo oculta—. Sorprendiendo un gesto impaciente añadió: —Pero no crea usted que ocultará cosa mala, será más bien algo triste. Es un ángel. Con ese aire emperador y ese encumbramiento que parece orgullo, tiene una sencillez y una dulzura que se nos ha metido en el alma. No se deja servir más que en lo exterior; ella compone su cuarto y su ropa, y cualquiera diría que tiene reparo hasta para tocar el timbre si necesita algún menester... Yo no he visto nunca señora más adorable ni tampoco más desconsolada; ¿qué podrá tener, Dios mío? — Y preguntó, vacilando un segundo: — Usted la pretende, ¿verdad, señor?

El hombre experto y hábil, repuso, desconcertado como un niño.

—¡Sí!

—Pues ella... temo que no le pueda querer.

—¡También lo temo yo!

—¿Entonces?

—Nada... ¿Sabe usted algo más?

—Que no es rica. Mi marido está enterado de que recibe poco dinero. Pero tiene cosas de lujo, como si viniera de casa ilustre.

—Y al fin ¿quién se la ha encomendado a Maybach?

—Creo que algún personaje de la República, solicitado por un embajador: no estoy muy cierta...

Dávalos urdía con inquietud inexpresable el hilo de sus deducciones. Hubiera querido, a veces, sospechar de la española considerándola como una magnífica aventurera, con dotes de gran actriz y educación principal. Sentíase aún rebelde al yugo de aquel amor desahuciado y definitivo, y pretendía valerse, desprestigiando a la amada con posibles conjeturas.

—Las frases y las apariencias—se decía—no bastan para santificar a una persona; la eleva-

ción enamorada no se concibe, casi nunca, en el matrimonio, y no se puede imaginar que hombre alguno, civilizado, cambie por otra a esta mujer, permaneciendo ella intachable y siendo él tan extrañamente querido. Además, el que atacado se esconde, se acusa; el que no se defiende, se mancilla...

Buscaba así un delito en la tristeza de los ojos morunos: la explicación del abandono en que se consumía Soledad.

Pronto se levantaba de estas fragilidades acribillado por nuevas devociones. Él puso en muchas jornadas la frente contra los vientos humanos, y no le podían engañar las actitudes del Dolor ni los acentos de la Honradez. Conoce el hondo tremar de los espíritus, distingue la verdad de la mentira, el perfume celeste de las inteligencias: sabe leer en los astros y en las pupilas hermanas. Y todas sus apelaciones contrarias a Soledad se derrumban ante la belleza ostensible de aquella vida tan deseosa de la muerte, de aquella pena sin voz que se inmola en un silencio espantoso.

Nadie viene a sostener el paso caedizo de la extranjera. Sus callados protectores en Alemania se limitan a buscarle un escondite, a

respetar sus propósitos de aislamiento absoluto, a enviarle algún fino presente. La dejaron confiada al hermético Maybach, y no deben mezclarse en la cuita dramática de la señora que voluntariamente se recluye. Hay un nimbo de consideración discreta en torno a la figura doliente; pero existe una calma demasiado fría en consentir aquel suplicio desgarrador.

Dávalos supone que en otro país no podría suceder un lance parecido. Alguien se insinuaría misericordiosamente en la punzadora borrasca de la desconocida. Y se reconoce él a cada instante más obligado para actuar allí de Providencia.

Una noche abordó a Maybach:

—¿No llaman ustedes al médico?

—La señora no lo permite.

—¿Qué importa? A los enfermos no se les consulta.

—Yo tengo orden de obedecerla.

—¿Hasta qué punto?

—Orden terminante.

El israelita le miró estupefacto.

—¿Y si se muere?

—No le duele nada; no le ha subido la tem-

peratura. Su daño es mental y con la creciente se desborda: en cuanto pase el plenilunio se pondrá mejor.

Matizaba su palique el *Förster* con palabras del antiguo alemánico, el dialecto cantonal de ruda pronunciación.

Alto y membrudo, con la cabeza muy redonda, grises los ojos, chata la nariz y las mejillas rubicundas, era el «maestro del bosque» un tipo acabado de tirolés. Y vestía con cierto empaque el uniforme de guarda forestal, no olvidando que había pertenecido militarmente a los Cazadores del Emperador.

No pudo arrancarle Dávalos noticias ni promesas. Unicamente para dar importancia a la señora advirtió jactancioso:

—Viaja con pasaporte diplomático...

—Avise usted a los amigos que tenga aquí.

—En cuanto ella me lo mande.

—¿Y si no se le ocurre?

—Se lo hemos preguntado y responde que no.

—Yo soy amigo suyo y la quisiera hablar.

—Si lo consiente...

El suabo hizo una seña a su mujer, que cruzaba el jardín muy cabizbaja. Dialogaron los dos esposos.

—Está dormida—aseguró Agnes. Y dirigiéndose al caballero, bien estimado en la *Försterei*, propuso—: Mírelo usted.

Acercóse al balcón de Soledad, empujó suavemente las puertas entornadas, y quedó visible el dormitorio.

En el lecho turco, alumbrado por una mariposa, estaba la paciente al parecer tranquila, echadas sobre el intenso livor de las ojeras unas pestañas oscuras y abundantes, dobladas las manos con su expresión habitual de rogativa y acogimiento.

—Mañana le diré que usted quiere verla.

—Sí; haga el favor.

Dávalos no supo añadir más. Escudriñaba el gabinete con la violenta osadía del enamorado, como un pirata de los secretos apetecidos. Quisiera entrar allí unido a la murmuración de los árboles, a la brisa que conduce en volandas el aura de los lagos y la esencia del vergel, para atesorar a la amada en sí mismo, hecho ambiente y olor; quisiera sobre todo, acercarse al sofá donde ella finge la dicha de no existir y despertarla jubilosa, con extrañadas voces de ternura.

—Este sueño ¿será natural?—indagó.

Nadie le pudo satisfacer.

—¡Si no lo fuera!—siguió temiendo, agobiado por los terrores lúgubres.

Viéndole tan conmovido Agnes se condolía.

—El mal que padece es lunático, señor; al cabo de tres noches estará muy aliviada.

—En cuanto llene la Luna—insistió Maybach.

Y el hebreo se volvió, augural, de cara al vaticinio deseando admitirle...

Ahora en su habitación, ve cómo el astro sube por el éter y le cuenta las *uñas;* con tres más se habrá cumplido: es cierto.

Pero no dará la salud a la criatura oprimida, sino que rodará, tumido y fulgente, por el espacio, insensible a la dura caminata de los mortales...

Puro el cielo en inmensa redondez, se rige con una pausa y una medida santamente armoniosas, mientras el corazón del hombre desfallece sin ritmo, inseguro y querelloso de las altas lunas.

III

LOS OJOS ABIERTOS

QUELLOS ojos de Soledad!...

Abiertos aumentaban su enigma. Eran como una lumbre devoradora, separada repentinamente de las tinieblas. Y hacían enorme su fulguración para sorprender lo incógnito mediante un raro magnetismo, lejanos y profundos en el límite de lo sobrenatural...

Ismael Dávalos inclinó hacia la enferma el temblor de su alma, la marejada turbia de sus pensamientos.

Ya no estaba celoso del rival; un aborrecimiento frío y latente le apagaba la envidia en el corazón; pedirle cuentas de su crimen,

echársele en cara con los insultos más atroces y hacérsele pagar hasta la última gota de la sangre, hubiera sido para él un satánico gozo. Le mataría sabia y lentamente, con una premeditación horrorosa, obligándole a sufrir el ciego martirio de Soledad; este dolor por aquel otro; esta lágrima por aquella; el espanto, el desconsuelo, la zozobra, la agonía: todos los matices de la patente desventura cobrados uno a uno con el mismo ensañamiento que los causaba... Pero no; imposible; el castigo llevaría en sí una poderosa razón, y el que pena en justicia no se puede igualar nunca al condenado sin tacha. Tampoco sería una la dolorosa capacidad entre el culpable y la inocente: aquél de seguro carecía de ella. Sólo quedaba el remordimiento en perjuicio del inmolador... ¿Y si no lo sabía sentir; si no avaloraba los quilates de la tortura infligida por él; si desconocía el aniquilamiento de la esposa?

Ella se alzó de pronto en la otomana honda y estrecha como un ataúd.

—No avise usted a nadie; no *busque*—subrayó—ningún auxilio para mí; ni menos mucho menos, ¡por Dios! una venganza. ¿Lo promete?

—¿Venganza?... ¿Contra quién, si me debato a oscuras?

—Usted me ha dicho: *Nada hay cubierto que no se haya de descubrir: nada hay oculto*...

—Tiene usted buena memoria—interrumpe Dávalos amargamente—. Yo respetaré lo que usted quiera—ratifica, doblándose apretado por el odio—si usted me dice que ha de vivir.

—¿Y si no vivo?

—¡En ese caso!...

Contiene Soledad en los labios del hombre una acusación monstruosa, un juramento feroz. Y acaba de incorporarse recogiendo la colcha hacia el busto casto y esbeltísimo. Diríase que sus ojos trasponen la región diáfana cuando los hunde en el hebreo y repite:

—¿Si no vivo?

—¡Entonces!...

—¿Qué?

—¡No acierto a mentir!... ¡Lo mejor será que usted viva!...

Tiene la voz negra de las fuertes crisis pasionales, en la mirada un vértigo de locura, como si todo el despecho ardiente de la prole judía extendiera su garra en aquel ánimo claro y benévolo.

Una mano de Soledad pende con el brazo desnudo fuera de la ropa, y Dávalos mira la dulce carne trigueña sintiéndose enfermo y pecador. Reconoce en aquella mujer una pureza más íntima que la virginidad, más consciente y segura, defendida por una especie de soplo litúrgico, el incienso de las pasiones caudales, el rito y la ley del sagrado Amor.

—¡Nunca será mía!—está pensando. Y descubre la dureza blanca de los dientes en un gesto angustioso, cuando ella dice con trémula inseguridad:

—Viviré... todavía ¿por que no?

—Porque no quiere usted. No me ayuda a levantar mi voto de purificación. Así voy a despeñarme en un camino siniestro y yo pretendía convertir mi tragedia en yunque de pertinacia y de virtud. Se lo prometí, Soles, y no olvide que me empeño en lograrlo; ¡pero también yo necesito un poco de piedad y comprensión!

Lamentóse con cierta aspereza castellana, inclinando siempre el rostro pálido y turbadísimo, en esta hora sombreada del anochecer.

Soledad que recibe en el suyo la escasa luz,

vence aún su talle elástico, libre de los almohadones, erguida y resuelta, sintiendo en el alma, vivamente, la pesadumbre de aquellas frases, llenas de súplica y de ruina. El puro instrumento del idioma natal, vibra como nunca elocuente en los oídos atónitos. ¿Cómo pudo olvidarse de que se ha mezclado al signo de su estrella aquel hombre, y que ejerce sobre él un daño de veneno?

Las palabras le hierven interiores y consoladoras lo mismo que un oleaje replegado antes de subir. Se agita, y al revolverse, el movimiento natural de mirarse el brazo desnudo, le trae, de pronto, la certeza de su hermosura, el cálculo de su obra corrosiva en el amante que pretende salvarla y sólo pide algo de misericordia. Ella sabe muy bien que una pasión tanto se demuestra por lo que concede como por lo que exige; sabe lo que duele el sacrificio supremo de amar y no exigir. ¡Y Dávalos abdica de sus punzantes ambiciones conformándose con un poco de caridad!

Se envuelve toda en la tela de Pekín ondulante y desordenada, que le sirve de telliza, y pronuncia, con los labios firmes, protectores los ojos en el vértice de la emoción:

—¡Le juro a usted que haré lo posible por vivir!

Puso la ansiedad generosa tan a flor de conciencia que la creyó Dávalos cumplida; halló-se al punto influído por una gracia radiante: bajaba el cielo lleno de astros a la oscuridad de su corazón.

Y se abisma en la opulencia de aquel espíritu ávido y luminoso, trepidante como esas giraldillas de las altas cúpulas, que ceden a todos los vientos sin perder la firmeza de su tronco hincado en el granito de la torre.

—Ahora soy capaz de cuanto usted me pida—balbuce, transido de gratitud—, de la renuncia, del silencio, del perdón... Desde que asomándome a esa ventana la vi a usted inmóvil, ausente, con los ojos cerrados igual que una difunta, he vivido maltratado por una ráfaga de demencia, con pensamientos abominables, con ideas pavorosas...

—¿Fué una de estas noches?—inquiere Soledad, para distraer a su amigo de las memorias tétricas.

—Sí, últimamente.

—Recogí la mirada compasiva de usted.

—¿Cómo?

—El alma cuando dormimos tiene los ojos abiertos.

—Usted es toda alma, Soles, dormida y despierta. La humanidad en usted obedece al entendimiento como la llama al aire.

—¡Pero no obedece el corazón!—piensa la mujer con extraviada sonrisa, mientras Dávalos continúa:

—Y me impone usted su ascendiente con sugestiones infalibles... Haciendo girar la rosa de un destino, inclinada hoy hacia el pecado, edifica usted un hombre nuevo en mí.

—¿El que era usted antes de conocerme?

—Otro mucho mejor; más combatido, más arrogante, con el orgullo de sufrir por la que ha puesto su confianza en mi lealtad: «sólo se apedrea el árbol coronado con frutos de oro...»

Buscó entonces Soledad en el desierto lívido de su alma un descanso donde sostener aquella férvida ilusión. Tenía el aspecto rendido y no acertó más que a sonreir.

—Pasado mañana es el plenilunio y yo estaré buena, según predice esta gente de la *Försterei*.

—¿Lo cree usted?

—Más vale creerlo—repuso la señora encogiéndose de hombros—. Vendrá usted a buscarme para salir.

—¿Y si usted se cansa?

—Me lleva usted por el lago a fuerza de remos.

—¡Yo sí que no me cansaré!...

Entraba la brisa por el balcón enfriándose bajo la humedad del relente, y el resuello de los árboles tenía ya un son de plegaria nocturna.

Ismael Dávalos se despide en la sombra de la habitación, temeroso de abandonar a su amiga durante la corta muerte de una noche. Desde la puerta aún vuelve con elevada solicitud la vista hacia el regio perfil que reposa otra vez, grácil y desvaído como un ensueño.

El enamorado lleva la realidad de una promesa que le hace feliz en medio de su infortunio, y camina en la penumbra sin dirigirse a ninguna parte, sintiéndose dueño del bosque.

IV

EL PAN DE LA NOCHE

OBRE el pecho transparente del Kalksee enmascara el paisaje la ciudad del *Film*, débil y gigantesca, solitaria y absurda.

Muros de cemento y cartón, bastidores y tinglados trasuntan almenajes y pagodas, pórticos y escalinatas, arcos de triunfo, torres y puertos: la industria se ha prestado bien a los balbuceos caprichosos de un arte infantil.

Predominan en estos alardes arquitectónicos las réplicas del estilo oriental: templos y dioses desmesurados, esfinges corroídas por

la nieve y la bruma, decoraciones fastuosas de escenas ocurridas en la clásica Bagdad. Todo ello, estridente y fallido, se duplica en el lago con bruja alucinación y desentona en la clara superficie como un desacorde insensato de *jazz-band*.

El esquife que gobierna diestramente Soledad Fontenebro, toca a menudo las orillas fantásticas, retrocede un poco, y se encierra con la visión ruinosa en la vitrina enorme del Kalksee.

—Aquí se han hecho las películas más célebres del mundo—expone Dávalos que no se cansa de remar.

Y la española junta en uno sus recuerdos orientales evocando otra vez la tumba en Agra, de Mumtaz-Mahal, favorita de aquel emperador indo que tardó veintidós años en construir el inolvidable panteón.

—Sí; es la joya de la India inglesa—corrobora el hebreo, que no obstante rehuye tales ponderaciones para distraer mejor a su amiga.

Pero la posee una invencible nostalgia.

—¡Ser amada así hasta después de la muerte!...—susurra.

Luce la apariencia de una rosa violada en

cada párpado y en la boca el empeño caritativo de una sonrisa. Tiene las facciones estilizadas por el insomnio y la calamidad, en las pupilas abismales una sorda lumbre, en la voz el peligro de una rotura abierta por el llanto.

Hunde su mano libre en la frialdad donde la prora aguda va dejando una huella blanca.

—No son estas aguas las que yo conozco—dice, inclinándose mucho como si pudiese diluir en ellas su pesar. Y un largo suspiro brota desde el fondo de sus recuerdos. —Las de mi tierra están vivas en el hueco de la roca, en las hoces, en los torrentes, en la curva de las playas. Allí los tajamares alzan un tono musical violento y las espumas rugen con furor debajo de las quillas.

—Aquí—refiere Dávalos con sanativa paciencia—todo es muy distinto; el agua no constituye un elemento apasionado, y usted nota doblemente el contraste porque es hija de los hombres hazañosos que turbaron el sueño de la mar. Pero, no recuerde cosas temerarias ni siquiera sublimes: le hacen daño. Piense que en esta llanura el agua es pradera y avenida, manso camino, venas del corazón

de Europa que hoy son azules porque están llenas de un cielo riente. Pronto se nublarán; estamos ya perdiéndonos en la hermosura del verano...

Llega el aire con el amargo perfume de la selva, amortiguando su calor en los sudores frescos de las plantas. Algunas hojas marchitas ruedan en el Kalk y entristecen el anuncio del remero, que continúa:

—Grises o pálidas estas cintas quietas nos llevarían a todas partes. En esta misma barca saldríamos al mar del Norte o al Báltico si usted quisiera... ¡El agua nerviosa que usted prefiere no es tan dócil!...

Calla Soledad, distante de sí misma, escuchando el mugido de unas rompientes, la voz de una ribera adusta; viviendo aquel minuto inacabable que se hizo losa encima de su pecho.

El lago exagera las variedades y los colores de la ciudad del *Film* y compone un cuadro monstruoso que trasciende a dibujo o literatura *visionarista*.

Y Dávalos lee como en un libro en el silencio de su compañera. Sabe que el alma atormentada se ha ensombrecido al igual de esas

noches marinas y temibles que sólo guardan un poco de blancura en la cresta de las olas y en la cumbre del cielo: ¡para ver su propia tragedia!

El hermano de este gran dolor ya no se ocupa más que de curarle. Se entrega al sacerdocio de la medicina espiritual como un penitente que logra vencer sus pasiones, aunque ellas se revuelvan y luchen. También Soledad trabaja por dominarse, más rendida que él, más atrasada en los padecimientos, y con injurias mucho más graves. Mientras ella cumpla su promesa de resistirse a la muerte, por más que decaïga en mil vacilaciones, Dávalos tendrá alientos para sostenerla con valentía heroica y hasta para entregársela al «otro» sonriendo.

A todas horas rondó la *Försterei* en los últimos días. Ha visto muy temprano abrirse al jardín las puertas del codiciado gabinete y florecer en la oscuridad la rosa iluminada de su balcón. Supo las alternativas de la enferma, su extraordinario esfuerzo por levantarse y recobrar los ánimos, su enérgica voluntad de vivir.

Agnes y Grete se habían convertido en re-

sueltas protectoras del israelita: la bondad y la esplendidez dieron al cabo en ellas un producto infalible. Ya el extranjero no necesitaba hacer preguntas en torno a las dos mujeres, tímido y habilidoso como antes.

Sólo Maybach permanecía siempre callado, serio y cortés, un poco socarrón, mientras los días fugitivos se acercaban al otoño levantando el vuelo de las hojas, preparando el viaje de las flores...

Los dos amigos entretienen su espera arriesgada sin saber adonde les conduce la suerte, buscándose con la atracción de un mismo infortunio y esquivando las confidencias resbaladizas y peligrosas.

Bajo el roce sensitivo de la tarde navegan hoy solitarios y curiosos, escuchando la muda palpitación del agua, hablándose distraídamente, sin atender por completo el uno a las palabras del otro. Hasta que el hombre alude al vasto sistema de canales que comunica los seiscientos lagos de la Marca con los grandes ríos engendrados por la nieve.

Hay una frescura de cisterna, un hálito dulcificante y consolativo, en la voz que ensalza los senderos por los cuales no se cruza dos veces.

—En toda la región del Spree-Wald—insiste, comprendiendo que se le oye con interés—la vida fluye sobre estanques alargados en sendas, como en Rusia y en Escandinavia. Depresiones pantanosas, vicios de un mar al retirarse, han trazado aquí también las derrotas efímeras por donde nunca se vuelve. Las bodas, los entierros y los bautizos transcurren encima de los vivos cristales igual que en las rutas de Venecia. Se compra, se vende, se ama y se pugna en las embarcaciones, de orilla a orilla, siempre mirándose al espejo voluble. Hasta que el cobertor invernizo de las nevadas rompe el salterio de las calles y el tránsito se hace con patines y trineos en más reducidas proporciones. Entonces las mujeres se recluyen en sus casas como en una prisión, forman un corro de hilanderas y reviven las historias antiguas en el lenguaje wéndico, sin olvidar a los dioses remotos venerados en las selvas de encinas. Tienen esas prusianas una figura singular con sus vestidos regionales y abigarrados, muy parecidos a los que usan las españolas de Lagartera, las castizas herbolarias de Toledo.

—Los he visto en Berlín—afirma Soledad

prestando una extremada atención al relato apacible.

Siéntese atraída por las frases buenas y claras de su amigo. Una frialdad piadosa viene hacia la infeliz con la sensación de aquella existencia humilde y sencilla, atada por el calabrote de los ríos y las húmedas hebras de los regajales.

—Allí—murmura—puede que haya una linde benigna para los traicionados.

En su afán continuo de evasión imagina unas costas aplaceradas donde se le aquiete el espíritu; acepta un manto de nieve y una brisa de hielo para calmar el encendido padecer. Y diríase que las aguas de aquellos ojos soñadores hundiéndose en las profundidades de la memoria tenían algún contacto con el fuego eterno del planeta: así el murmullo cristalino de la voz se opone a la oscuridad ardiente de las pupilas.

Dávalos se apresura a decir:

—Sí; hay refugios saludables en todas las playas.

—Y el consuelo de ignorar los caminos: el agua que nos lleva siempre es distinta. Se borra el surco de nuestro paso en un instante: mire usted.

Deja deslizar los dedos en la espuma que rebulle y desaparece debajo del timón. El anillo nupcial adorna el cruce de la nave con su lampo de oro, un sello rútilo mojado en lágrimas de la estela... ¡También las hay en la mirada líquida de la esposa, estático vidrio clavado más allá de las luminosas vibraciones que percibe!

Señala el remero hacia una lejanía del Sur donde corre el Spree silente y dilatado.

—Aparte de esa región medio eslava en su origen, peregrina y acogedora, tenemos cerca otros parajes hospitalarios, bienhechores como sanatorios, y mucho más escondidos. Ni los andariegos rapsodas llegan allí con sus guitarras y sus *lieder*. Es una red de canales finos y ocultos entre la espesura que baña el Stienitzsee, una extraviada madeja de corrientes donde se puede vivir en suma paz, casi fuera del mundo: sitio raro en Alemania que no recibe las visitas del ferrocarril. Pero no es menester un lugar tan solitario para aislarse en un tratamiento de curación y olvido, de nueva existencia...

Dávalos teme exceder las recomendaciones y tocar la llaga insondable de su amiga con alguna alusión demasiado celosa.

Ella sonríe agradecidamente y procura esconder en las tinieblas el dolor de su alma, que conoce todos los veneros de la luz. Pero ¿de qué le sirve la sonrisa engañadora? Se le estremecen las niñas de los ojos con el temblor de un cuerpo desnudo y empuja con los labios unas frases pueriles que suenan a oración sacrificada. El deseo terrestre la sacude triste y avariciosa como el que se ve morir en plena juventud, y la fragancia de su acento adquiere un grado prodigioso de intensidad: es toda la mujer un corazón que sólo alienta por sus heridas, un lucero asustadizo que huye de la sombra.

Viste hoy de rojo, una túnica larga y flotante que apenas le descubre el escote y que parece un símbolo de la llama y la pasión, trasunto de una vida que duele y arde. Enseña el recorte aristocrático de los pies que apoya en un listón del esquife y se mira, inclinada y suave, en la tersura de las aguas.

Su compañero la observa condolido una vez más, pensando en la horrenda culpa de quien supo encender aquel espíritu hasta un punto increíble, y acendrarle con la suprema sensibilidad humana, para hacerle después víc-

tima de brutales egoísmos y lanzarle en medio de todas las miserias, abandonado al tormento de una esclavitud sin conclusión. Acaso existe un maleficio que unce a las criaturas predestinadas en el yugo espantoso de las traiciones y las obliga a la servidumbre de un amor hincado en las entrañas del Tiempo, convertido en dolor insuperable... ¡En este caso paga bien Soledad su tributo a la estirpe escogida!

Yerra el viento con insinuante blandura después de herir la lona de los barcos y la bravía hojazón del bosque, túrgido en la ribera. La llanura contiene en su confín todo el grave reposo de la hora y las pupilas se han hecho más profundas para recoger la luz que muere con una languidez universal.

No admite prórroga el silencio de los navegantes que pasean sin rumbo en este ocaso larguísimo de las Tierras del Aquilón.

La diafanidad lacustre aumenta aquí la tarde y el Kalk se riza con un escalofrío de plata convidando a que le gocen, envuelto en los tonos desvanecidos del crepúsculo, mientras le besan la piel las alas de los *Enten*. ¿Qué podrían decirse ahora los melancólicos extranjeros?

Esquivan el tremar de las palabras y el ardor de los ojos, y escuchan los sonidos tenues del valle, tamizados en una claridad que se desvirtúa por momentos, derramada como un licor.

Un vaho de tristeza sube de las aguas que palidecen con el presentimiento de la noche. Las construcciones quiméricas del *Film*, lejanas, fantasmales, simulan el derrumbe de una extrañísima decoración, la ruina de un Jardín Zoológico o de un Luna Park. Y otros palacios inciertos se desmoronan en el celaje, fingidos por los matices borrachos del anochecer, hechos con nubes arrebatadas y deformes.

Esta es la hora hebrea llamada «entre las dos tardes» a punto de extinguirse el Sol.

—¡Parece que se hunde la ciudad de las películas!—murmura la dama timonel con descolorido gesto, ignorando en qué asunto apoyar unas frases indiferentes.

Dávalos acude con las suyas calmantes para que ella sienta lo fugaz y benévolo como un alivio.

—En esos rezagos medrosos no anidan águilas ni buhos, no cuelga su cámara el mi-

lano; sólo hay liebres, golondrinas y perdices: todo es inofensivo, transitorio y amable alrededor de usted.

—¡Inofensivo!—repite Soledad con un acento que apenas brota...

Ya está la nave alcanzada por el incienso de la niebla, ya surge en el cielo la estrella del Pastor; el batir de la espuma tiene sones de intimidad sutil, el aire se convierte en un escucho misterioso.

Los dos amigos acallan su inquietud queriendo conservarse mutuamente la confianza, y sostienen una conversación de apariencia tranquila, dominando él las acentuaciones enérgicas de cada frase, contestando ella con parva mesura, apagada y absorta, como si sólo sintiese viva esa parte del alma que sueña cuando nos dormimos. Se le abrasan los ojos taciturnos con algo de linfa muerta, soles que lucen y no palpitan, lo mismo que esos cadáveres de astros que alumbran el firmamento y ya no existen.

Así bogan y discurren hasta que una luminosa transparencia gana el pando lomo del

Kalksee, oscurecido antes; es un resplandor tibio y cándido que pone su gracia virginal sobre todas las cosas y le derrite a la enamorada el cristal inmóvil de las pupilas.

—¡La Luna!—prorrumpe con terror, agrandadas las órbitas, locamente inquieta.

—¡Cuidado!... Podemos zozobrar.

Pero la mujer no atiende al aviso. Ha soltado el timón y alarga los brazos al remero. Él siente la íntima finura de la tez cálida y ambarina, en aquellos dedos que aprietan los suyos, y en el fondo de la lancha donde se sume procurando guardar el equilibrio, recibe el cuerpo frágil de Soledad, ve un semblante demudado por incomprensible agitación, y se pierde en tentaciones exasperadas al contacto de la criatura que desea. La tiene allí casi encima del pecho y le parece que descubre en su rostro aturdido, pálidas cicatrices de caricias, huellas candentes del hombre que la disfruta en la separación con incontrastable poder.

Una enorme corola rubia sube por el éter derramando en el Kalk todo el hechizo del plenilunio.

—¿La teme usted?—pregunta Dávalos suspenso, indicando a la diosa.

—Mucho: ¡me aterra!

—¿Por qué?

—¡No podría decirlo!

—¿Es un recuerdo?

—No; es el pánico de mi vida, que me sigue, que me punza en cuanto hay de augusto y de maravilloso...

Baja los párpados. Su fuerte raigambre sentimental se destroza al influjo de una conturbación indefinible, cuchillos de emociones indistintas que le atraviesan la carne y el pensamiento con bárbaro coraje.

—¿Por... «él»?—pregunta Dávalos, sin conseguir refrenar esta alusión.

—Sí... ¡por él!

—¿Hasta cuándo, Soles?

—Hasta siempre... ¡ay de mí!...

La eternidad zumba en su espíritu y la cara se le prende con la pasión terrena que busca unos labios.

—Oigo que me llama detrás de los luceros—gime—, le tengo sobre mí en el agua, en el aire, en la sombra, en la luz... ¡No puedo más!... ¡Sálveme usted de esta horrible persecución!

Y de pronto se yergue con los ojos muy

abiertos, confusa, sorprendida de su patético delirio, pesarosa de haberse abandonado a la ciega cobardía de su mal.

—¡Oh! perdone... ¡creerá usted que he perdido la razón!...

Suspira dolorosa y se aparta en la nave con un movimiento vivo y pulcro, evitando aún mirar al cielo.

Ismael Dávalos tiembla de compasión y está orgulloso de su prudencia frente a la triste mujer que vuelve de sus pavores, de espaldas a la vida, sin atreverse a levantar la mirada insegura.

—No tema usted a los astros ni a las claridades de Dïos, polvo de las tierras del cielo —encarece—. Mire usted a la Luna y que sea para nosotros ahora mismo en Alemania «el pan de la Noche», la bendición divina en este lago sereno tan distante de nuestro país...

Muda y paralizada Soledad se cubre los ojos con las manos para no ver la inmensa luz sideral llena de enconado secreto, y llora desconsoladamente, al fulgor insensible de las estrellas.

V

COMO LA MUERTE

Pocos días han bastado para cambiar el aspecto de Woltersdorf que ya no se contempla en la mirada serena y fija del Kalksee. Ha crecido el blanqueo de las espumas merced a los aires que abarquillan las hojas y las reducen en escorzos furentes, arrebatando muchas de ellas; los pájaros carpinteros clavan en el bosque el sepulcro del Estío; la rastrera neblina surte en los lagos y parece que intenta subir hasta la oscuridad formidable de los cielos.

Ya tiene Alemania el talante frío de los pue-

blos altos de Europa, de los Valles de la Penumbra. Se han vuelto grises los ojos azules de las mujeres y acerados los ojos grises de los hombres; se cuajan las sonrisas en un rictus habitual, casi violento; se han enturbiado las aguas celestes de la llanura; huye hecho trizas el ramaje; pasó la ráfaga loca del verano: ha nacido el Otoño.

El vendaval que sopla cargado de vapor llega de Hamburgo por el mar del Norte, amenazante y bronco; recuerda el latigazo espumoso de las olas, el acento lúgubre de las marejadas.

Maybach y su mujer hablan con mucha sorpresa de los únicos forasteros que no emigran. Ya no vienen los trovadores andarines, ya no resuenan en el pinar cantares ni laúdes; los barquitos de recreo no cruzan bulliciosos por el lago; únicamente las barcazas llenas de cemento y de cal tienden su velaje oscuro encima de la sorda corriente. ¿Qué hacen aquí todavía la dama hermosa y elegante, el caballero sabio y rico?

Es muy extraña su vida triste y ruda en la selva. El matrimonio tirolés no comprende que se obstinen en sufrir escondidos estos

envidiables señores, cuando se discuten en el mundo los problemas económicos, la actualidad más palpitante y útil de la postguerra; ese tesoro de ordinariez y egoísmo que suele llamarse *lo práctico*.

—Es indudable que esta gente sufre—corrobora la suaba meditativa.

Maybach fuma su tabaco de Bosnia sin decidirse a razonar sobre aquel punto.

—Él la quiere—alude Agnes muy sutil.

Y como el marido no responde, concluye definitivamente:

—Pero ella no le puede corresponder.

El buen *Förster* llena de nuevo la cachimba, y la habladora continúa:

—Para mí, quiere a otro y por él se está muriendo... A lo mejor resulta que esos grandes amores de los cánticos y de los libros no son una leyenda... ¿Tú qué opinas?

Se encoge de hombros el «maestro del bosque».

—Las personas que te la han encomendado harían bien en llevársela. ¿Has visto lo pálida que está?... No me gusta ese color. Por algo a la muerte le decimos aquí «la Morena».

Agnes aduce observaciones con cierta insi-

dia, incomodada por no conseguir una contestación ni siquiera un comentario al asunto amoroso.

—¡Qué saben los viejos de estas cosas!—refunfuña suspirando, añorante de lo que ella misma desconoce y olvidándose de la propia vejez. Prefiere tratar con su hija el perturbador secreto, y deja que Maybach reflexione, con la mirada quieta y la pipa entre los labios.

Mas la joven tampoco entiende nada en el dolor mortal de la extranjera que le parece una locura seductora. Su carácter sin novedad, enamoradizo y pobre, se embelesa junto al sentimiento proceloso de la desconocida, y en el rostro legible el respeto y la gula ponen una cerrazón nueva.

—¿No habrá un sortilegio en esa cuita?—teme hoy, cuando su madre la interroga.—Porque la enferma está cada día peor desde que el viento hace ruido para que el lobo no se trague a la Luna.

—¿Qué lobo, muchacha?

—El de los inviernos, que ya no tardará según cuenta el romance de las noches largas.

—Son historias sin fuste.

—Lo mismo que las del «mal de amor». Y ya ves como es cierto. Lo que daña a la señora es un cariño.

—Entonces la enfermedad no baja desde las nubes.

—Puede que baje con el nombre de Amor ¡y si la tragase el lobo!...

—Sanaría la *gnädige frau.*

—Yo me alegraría mucho. ¡Es tan buena!

—¡Y tan dulce!

—Ya curada podría querer al señor Dávalos que la adora.

—Se casarían aquí mismo.

—Eso he pensado yo... ¿Qué dice mi padre?

—Nada. Le preocupa sólo que estén ocultos y padecidos cuando por ahí fuera se reparte el bienestar de los pudientes como ellos.

—Tiene razón en preocuparse... ¡es tan raro!...

Uno de aquellos días fué Grete muy de mañana a Woltersdorf para llamar con sigilo en la puerta del hebreo.

—Esta carta me ha dado la señora para que la certifique; otras que suele escribir las

deposita ella en el buzón: la traigo para que usted se entere.

—¿De qué?

—De lo que diga. Por este medio puede el señor averiguar muchas cosas que desea saber.

Dávalos miró a la moza como a una criatura salvaje; tomó el sobre, y en una letra enérgica y personal, diferente de todas las que recordaba, leyó la dirección para Madrid a nombre de una mujer sin parentesco visible con Soledad Fontenebro. Al dorso, formando nema, vió un escudo nobiliario en el cual sobresalían un caballero y un azor. El brioso mote de la orla, rezaba, casi incomprensible:

BELAR SE DBE A LA VIDA D TAL SVERTE
QVE BIBA QVED EN LA MVERTE

Este pregón voluntarioso y rotundo, convenía muy bien a la dama del bosque, a la fuerte mantenedora de aquel amor, continuo salmo, rival del Tiempo, invencible como la muerte.

El israelita descifró con mucho interés el hidalgo lema y aún detuvo en la mano, pensativo, la carta.

—¿No la abre?—preguntó con asombro Grete.

—Cumple ahora mismo el encargo que te dieron... y compra mantequilla para tu pan.

Con el sobre le dió un billete de muchos millones de marcos, insignificante papel de la bancarrota alemana. Y la moza salió de la pensión del judío, mirando con recelo supersticioso la escritura latina que le era hostil en absoluto.

Aquella tarde encontró Dávalos a Soledad más envuelta que nunca en la noche de su corazón. Se diría que iba hundiéndose en una gracia exánime, escuchando en el vergel de Grete la voz terrible de las cosas: pétalos marchitos, hojas muertas, corolas mustias que unían su lamento inseguro con el gruñido de los matorrales y el clamor de los troncos dolientes.

Cuando se levantó para recibir a su caballero hallóla él atrozmente delicada y enflaquecida. La vió inclinarse: parecía doblada con el peso del mundo. Y sintió una gran piedad por todo lo macerado y triste: la selva desata-

da por el otoño, el jardín arrasado por el aire, la mujer extenuada por la desesperación.

—«Se le han ensombrecido los ojos y se ha hecho endeble en medio de sus enemigos»—decíase lleno de lástima, sin dar con una frase alentadora para aquel amor inextinguible, arrojado al frío y al viento... Acaso era cruel oponerse a la consunción de una existencia que había roto su contacto con la esperanza.

Habló, al fin, con desgarradora ternura, buscando una suave trivialidad, para sacudir aquel ensueño morboso.

—Ya se han ido las golondrinas, Soles.

Ella se estremeció de nuevo al oirse nombrar con el diminutivo encantador.

—Es cierto—dijo, procurando serenarse. —Las he visto partir juntas, formando una sombra más espesa que la de las nubes, llena de voces y de alas. Se dibujaron encima del Kalk, muy cerca: parecía que iban a caer... Una se quedó aquí, sola en el alero de la *Försterei,* asustadísima, gritando... Y volvieron por ella...

Sonaron sus palabras ateridas como el piar del ave.

—Tampoco usted se puede quedar sola en Woltersdorf—indujo Dávalos, cariñoso y resuelto.

—Yo sí.

—Vendrán a recogerla igual que a la extraviada golondrina.

—Ya ve usted que nadie viene.

—Pues iremos nosotros a buscar... lo que usted quiera.

—Nada buscaré...—y una fuerza de milagrosa palpitación demostróse en la réplica viril. —Sabe usted cuántas calamidades sufre mi dignidad... ¡pero no empolva la rodilla!

Inclinó la mirada, como para hacer su actitud menos orgullosa, y añadió con blandura:

—Pasaremos a mi gabinete: el jardín está muy desapacible.

—Y la aldea también, desde que ruge el invierno escondido en la negrura de las noches... No podremos vivir donde todo nos abandona.

Callóse Soledad prendiendo la luz y sentándose junto al antepecho, sin cerrar la vidriera, lo mismo que otras veces, con el deseo de recibir el ácido perfume de las bellas cosas extinguidas.

—Sí; todo se despide a gritos—repuso al cabo, atravesada por la sorda furia de los rumores: silbos y ayes de los pájaros, escuchos de las ramas semejantes a besos, trémulo alboroto de la selva que a la mujer le dolía con el gemido de su propia carne.

Dávalos conoce los vientos alisios y el *jaszin* del Gran Desierto, pero nada tan pavoroso como el quejido de esta ventolina que acentúa el pesar interminable de la amada y la destruye el señero refugio.

—¿Qué haremos—comenta para decidirla a partir—cuando el huracán llegue con sones de locura, y se oscurezca todo el valle como un país tétrico y vacío?

—Usted se habrá marchado a recobrar el goce de la vida. Yo... Tienen las aves en estas espesuras unos camarines benéficos para guarecerse del temporal... ¿he de ser menos afortunada?

Se vuelve hacia su amigo tratando de sonreir, con la hermosura enriquecida por el Dolor.

—Las aves—contesta Dávalos lleno de incertidumbre—sólo piden un cobijo donde sacudir las alas mojadas por la lluvia. Luego,

esconden la cabezuela en el plumón y se duermen hasta la aurora.

Quedóse contemplando a su amiga con ansiedad. Ella de seguro pide menos favor que un pájaro; no necesita un camarín donde secar el lloro; le basta con un sueño largo y tranquilo como el de la muerte... ¿Sería humano desearle otro bien?

El hombre todavía se pregunta.—¿Para qué le dará Dios unos ojos tan iluminados y profundos, que rompen las tinieblas, y no se atreven a mirar al cielo?... ¿De qué le sirve la rara alcurnia de su distinción, si carece de la venerable serenidad propia en la mujer nunca ofendida?... ¿Por qué el destino consiente que se enamore en la Tierra un corazón inmortal?...

Se confunde en las dudas más lóbregas. Ve a la amada huir por un sendero cada vez más adusto en su avance, y la adora como a un ser desencarnado que se hunde bajo la extrema unción del Sentimiento.

Es que el dominio permanente del «otro» dirige la barca siniestra donde navega Soledad lo mismo que una sombra. Ya sonríe desde muy lejos, habla medrosamente, como un niño abandonado en la noche.

De pronto se levanta misteriosa y erguida.

—Las siete—dice consultando un viejo reloj de pared, rebosante de latidos.

—¿Espera usted a alguien?

—No... ¿A quién?—Su misma pregunta inquieta a Soledad, que balbuce, como si defendiera la hora culpable de una entrevista.

—Quería rezar, dormir... Pero estoy muy cansada: no podré hacer ninguna cosa...

De sus frases incoherentes se desprendía una angustia horrible.

—Tiene usted hoy una congoja nueva—asegura Dávalos con el temor de un grave presentimiento.

—La de vivir... que es nueva cada día.

—¡Por caridad, no me deje usted la amargura de su voz empapada en sollozos!

—Para que usted no me olvide—pronuncia la mujer transidamente.

—¿Olvidarla?... ¿Cuándo?

Llega desde el jardín la turbación del viento, el chasquido torvo de la hojarasca.

—¡Nunca... yo soy una criatura inolvidable!

Aunque Soledad responde sin altanería, encubre su voz cierta virtud infalible, alguna clarividencia comparable al don profético de

un moribundo. Y excede el tono de su amabilidad al añadir, ofreciendo la mano.

—Necesitaré mañana quedarme sola...

—Como usted mande... ¿Es que se encuentra peor?... Temo...

—No se preocupe, estoy bien... Quería escribir unas cartas, ordenar mis papeles y mi ropa: trabajar un poco. Después nos veremos... Siempre amigos ¿verdad?

Sonríe esforzada mientras él la considera inerme y perdida, casi fuera del mundo, sobrehumano el acento, en los ojos, siempre abrasadores, un relámpago de infinito.

No sabe qué hacer de su indecisión: jamás tuvo la conciencia tan remisa y nublada. Apoya los labios en la mano fina y ardorosa de la mujer, y diluye en aquel beso cuanto le queda de luminoso y distinto...

En el límite de la *Försterei*, antes de introducirse en la selva, quiere mirar el resplandor del gabinete abierto, única herida de la noche. Y siente cómo tiembla de frío la luz de aquella ventana.

VI

TAN CALLANDO...

STÁ de nuevo Soledad entregada a sí misma, indefensa contra el destino, envuelta como en un sudario en el Recuerdo.

Quebrantó anoche la suave ligadura de un afecto peligroso: no quería lastimar al buen caballero enamorado. Encontraba una compañía y hasta un recurso espiritual en la adoración de él, y temía entregarse a la costumbre de hacerle sufrir y no servirle de consuelo.

Un tirón silencioso bastaba para romper aquella intimidad sin fortuna, sensible y lan-

cinante. Que él siguiera su rumbo frente a la Vida, de cara al Sol. No podría olvidar nunca a la triste mujer de Occidente, hecha con rayos meridionales de fuego y de luz... ¡pero incapaz de subir los ojos hacia un astro! Y la memoria de este dolor tan caliente y sombrío, le apartaría de causar dolores a otras mujeres por el mundo.

Así medita la enamorada sola con el viento y los árboles, luego de haber consumado la última ofrenda a la suerte.

Unas órdenes secretas a Maybach, y hoy mismo ha de conseguir un amparo en el fondo de aquellas espesuras adonde no llegan los viajeros normales, un escondite más seguro que la orilla veraniega de Woltersdorf.

El suabo, muy orgulloso de la confianza que la señora deposita en él, promete hallarle buena hospitalidad en un remoto caserío, la senara de una isla en el Stienitzsee.

—Nadie conoce aquel paraje—dice—fuera de algunos aldeanos ribereños, acogidos también a los cruces de lagunas y bosques. Nadie buscará allí a la fugitiva.

Ella quiere hacer el viaje sin la menor tardanza, pero el cachazudo *Förster* pide unas

horas de tregua, hasta que amaine el temporal que se desencadenó en la alta noche, con legión de truenos y chubascos.

—Estas rachas otoñales son cortas—augura—; si al mediodía se despeja el tiempo salimos en la canoa mecánica y antes de que cierre la noche arribamos a la isla. Después, si la señora está a su gusto iré a llevar el equipaje.

Soledad afirma que estará muy bien hallada en aquel muerto rincón y ya le parece sentir en las arterias el frío de los canales, en el alma un helado aislamiento de sepultura.

Sale al bosque porque ha cesado de llover, y las arenas, voraces en la sequía, han sorbido las aguas. Ahora es necesario que repose el viento duro, peregrino de Rusia, que arrasa el oro deleznable de la fronda solmenando los troncos, haciendo de los ramos unas frenéticas garras que procuran asir algo imposible.

Diríase que estas huracanadas voces llenan el mundo, y que en todo el estrépito de la selva escucha Soledad el crujido de su corazón. Pero no está desfallecida, como anoche al despedirse de su amigo. La total renuncia a los socorros ajenos engríe su ánimo y le crece en una libertad sin albedrío, con la ciega filo-

sofía del amor que únicamente libera cuando aprisiona. Ha llegado a ese punto de inconcebible padecer que a veces tropieza con una forma sobrenatural de alegría: el sésamo divino. Tiene sed de tormento porque el tormento es amor, y sólo ella sabe al precio de qué drama ha conseguido nutrirse hoy del propio mal.

Cuando más la compadecen suponiéndola vencida, petrificados sus elementos de resistencia, es cuando la mujer se sobrepuja levantando en el umbral de lo desconocido un mensaje a la sagrada Continuación. Y no cambiaría por ninguna dicha terrenal la gloria de sentirse vivir entre lo contingente y lo imperecedero, con su dolor arrodillado en la sombra y una tímida esperanza en el horizonte oscuro: porque ha bebido ya todo el vaso de la Amargura, y barrenando las tinieblas infernales se vuelve a encontrar la luz.

La pobre condenada espera todavía mirar de frente al cielo. Al arrestarse a un sacrificio más, acaba de advertir que en el silo de las crueles tragedias puede caer de pronto una gota sedante de ilusión, escucharse la llamada casi imperceptible, una señal para la suprema cita... No le importa que suenen las nubes, que

dé alaridos el viento y se desgaje el bosque; ella anda por aquí extrañamente, considerando la vida de una manera perpetua y fugaz. Sus pies errantes buscan un albergue transitorio para el duelo del gran amor, su ademán fugitivo no se impacienta, y en los ojos enormes tiene una mirada sin fin.

Desde el ventano abierto en la techumbre de la *Försterei* observa Grete, muy intrigada, a la señorita; la distingue en los calveros, en los caminos asolados donde el vestido rojo oscila igual que una llama, y sospecha que la destrucción de la fronda obedece a un incendio producido por aquella mujer ardiente más que al aire oriental enfriado sobre la Tundra. El cuerpo esbeltísimo, ondulante en su ropa encendida, es como una tea que hace palidecer las ramas quemando los toldos, y a veces se embosca, vívida y tenaz lo mismo que un cuajarón de lumbre...

Están los cofres de la dama recogidos desde muy temprano y Grete no consigue un pretexto para correr a Woltersdorf con la noticia de estas novedades. Ha puesto Maybach la cara demasiado seria al decir que las mujeres no saldrán hoy de la finca.

Él por su parte monta una guardia sigilosa en torno a estas prohibiciones y comprueba su anuncio de que se apacigua el tiempo.

Nero y Cäsar otean el ambiente, intranquilos y revoltosos.

Un canal sucio, lleno de lanchones traficantes, comunica el Kalk y el Stienitz, pasando entre los taludes de la orilla, bajo grúas titánicas, gálibos y puentes.

A menudo estas lanchas, cargadas con despojos de los montes calizos de Kalkberge, forman largo convoy remolcado a vapor. Otras veces izan un moreno velamen, que se despliega estático encima de las aguas, o las empujan con bicheros los modernos galeotes. Así, calladas, lentísimas, surcan los lagos del Havel y el Spree, las corrientes del Elba y del Oder para llegar a la mar.

Por esta ribera tosca discurre Ismael Dávalos no sabiendo qué hacer de la tarde ya encalmada, mientras se abre ponentino el Sol. Recuerda haber visto desde un aeroplano, acentuada hasta la inmovilidad esta lentitud de los convoyes, tendidos en la serpiente vaga-

rosa del Elba como un dibujo infantil; y va dejando atrás el movimiento de los malecones, el ruido de los astilleros menudos, de las fábricas y talleres que aún no han cerrado sus puertas: el trajín del canal de Kalkberge, ruinoso para quien le ha conocido en la plena actividad de su industria.

Dávalos envuelve en un hondo pensamiento de tristeza a la gran nación vencida. El imaginado murmullo de otras épocas le trae a la memoria todos los méritos de esta raza que alumbró no hace mucho una cultura universal, un siglo de oro poblado de creadores inmortales. Y quisiera reverenciar ahora desde el llano brandemburgués, con su recuerdo conmovido, la anchura de una tierra donde tuvieron aula y hogar hospitalarios todas las disciplinas de erudición y humanidades, las investigaciones arqueológicas, los estudios helénicos, hebraicos y latinos, las ciencias puras y las ciencias de aplicación.

Unos vagabundos haraposos miran con saña al hombre moreno, al extraño bien alimentado y vestido. Es muy posible que tengan hambre, esa necesidad aguda y amenazadora de una plebe que no existía en Alemania. Un chi-

quillo escuálido se acerca al forastero, que disimula con modestia el cariñoso interés con que le ofrece su limosna.

El muchacho guarda los billetes pero los ojos semitas no posan en vano su ansiedad en aquellos duros semblantes; porque Dávalos oye cómo entre dientes le insultan con el seglar anatema:

—¡Perro, judío!

Sigue adelante sin volver la cara, elevando sobre la miseria de siempre los nombres israelitas de Mendelssohn, Heine, Meyerbeer, Einstein, Nordau, Eherlich, Willstätter y tantos otros ilustres en la patria que ha dado al mundo la *Crítica* de Kant, la *Estética* de Hegel, la *Nueva Primavera*, el *Intermezzo*, el *Wallenstein*, las *Nueve Sinfonías*, *El Fausto*, los *Nibelungos*, el *Tristán*... Porque Dios pone el genio en la frente de sus escogidos sin diferencia de castas, para gloria de todos los hombres civilizados...

De pronto un túnel cierra las aguas dormidas y turbias; dentro de él suena el latido de un motor. Y un talud lleva al caminante hacia distintas orillas que vienen a ser la sucesión del canal con diferente nombre: el Rit-

tergut—Rudersdorf—. Es decir: el *bien de un Caballero,* restos de las antiguas opresiones que imponían en la Marca los hidalgos alemanes.

El viento, muy caído, ha hecho un viraje; llega del Océano mansamente, como si no conociera las rencillas de las olas, y arrastra las nieblas húmedas que hiere el Sol produciendo un arco iris doble y grandioso.

Deja el hebreo de admirar esta corona excelsa del paisaje cuando el túnel abierto por debajo de un puente, descubre la canoa automóvil que resonaba oculta y se ve detenida por una cadena temible echada sobre el foso: hay que pagar allí una servidumbre.

La barca, oficial de la *Försterei,* muy pulida de maderas y metales, conduce a Soledad Fontenebro y apenas se mueve en la quieta negrura del pantano. Desde ella salta Maybach a la orilla, sube hasta una caseta próxima y vuelve con un cuaderno para que la señora firme después de abonar el portazgo. Es cuestión de pocos minutos. Gira una rueda estruendosamente y el calabrote se hunde en las aguas mudas para levantarse en cuanto la canoa transita.

A Dávalos se le inquieta en los ojos un temblor de sorpresa; tiene frío en las manos y en las sienes; se para y no hace movimiento ninguno.

La mujer de la nave, sentada con natural molicie, vestida de encarnado como otras muchas veces, no presenta una traza de evasión. Diríase que va de paseo, al aire la cabeza, la mirada horizontal puesta allí donde se decide a la contemplación de un astro, sólo cuando está moribundo. Su actitud de posesa no le es desconocida al hombre que con un grito pudiera despertar a la soñadora.

Pero la deja ir, acaso para siempre, bajo el arco de triunfo del celaje, con el aliento de una silenciosa peregrinación, emancipada y sin libertad; ¡libre entre las argollas de la cadena que se ha levantado del foso como un símbolo! En la mano que desliza fuera de la barca luce el más voluntario eslabón de su esclavitud.

Dávalos advierte que su amiga no es la misma de anoche. La ve cruzar los brazos con el anhelo de sostener la pesadumbre del corazón y le distingue en los ojos más derretido que nunca el fuego sacramentado de una es-

peranza. No va a la puesta de la vida como la tarde que desfallece; no busca de cara a su país el hálito que viene de la mar. Se dirige a Levante, hacia la nueva Europa, a la Tierra de la Mañana. Su vestido rojo inflamado por el Sol parece una brasa pronta a encender la luz en aquel otro hemisferio apagado entre la noche y la bruma.

En el talante solemne de Maybach, muy correcto de uniforme, y en la propia intensa emoción, ha conocido Ismael Dávalos que pierde a su amiga en una ausencia meditada y rigurosa. Para él este viaje es como una especie de tramonto destinado a convertir en un misterio el curso de las aguas. Siente que el motor de la canoa llena con su ruido toda la cavidad del cielo y ensordece el desierto de las nubes: no ha dejado viva ni siquiera la eterna voz del aire.

Poco a poco disminuye el estridente clamor que ya sólo desliza unas hendiduras murmuradoras en el silencio del llano; renace el canto perenne de la selva cercana, y el israelita oye el martillo desaforado de su corazón.

No ha movido los pies, lastados en el polvo del mundo y que no se atreven a perseguir

la ruta inexorable de la viajera. Le sería muy fácil encontrarla, pero sabe que no la puede acompañar en la misma nave del Destino. Y le dice adiós mudamente, con los ojos pálidos del infeliz que pasa rozando la ventura.

Soledad no le ha visto. Iba absorta como de costumbre, clavada su atención en el astro agonizante, quizás la última hoguera de alegría que ha encendido el otoño. Y no tuvo el presentimiento de que allí cerca, en la torcedura del sablón, se quedaba el amigo solo también, callado como la Muerte.

Él sí que vió distintamente a la mujer. Lleva el pelo aflojado por la humedad, claras las mejillas, deslumbradores los ojos en su matiz oscuro de pasión. Y se aleja así, desabrigada y pobre, sola por la yerta red de los caminos, sin otro viático que el de un amor indisoluble, la más pura síntesis de la Vida.

Antes de borrarse en la distancia la figura conmovedora, fué su ademán el de trenzar las manos sobre el pecho de aquel modo inefable que Dávalos no podía resistir.

Hoy el hombre de Salónica se empeña en alargar y detener el gesto sublime que aborrecía; su ternura desmesurada y estéril vene-

ra cuanto huye en el bajel que se atenúa en el trivio de los canales: todavía le dora el Sol a quien en Grecia invocaban los inocentes, porque todo lo ve...

Y Dávalos se descubre en un saludo inmenso cuando la sobrehumana pupila recorta en el horizonte el último perfil de la nave coronada por el Iris.

ÍNDICE

Páginas

CAMINO PRIMERO

ENIGMA

I —¿Quién será?..... 15
II.—La amistad..... 27
III.—La confidencia..... 35
IV —El amor..... 49
V.—Ramo de flores..... 57
VI.—La primera estrella..... 69
VII.—Gente de Prusia..... 85

CAMINO SEGUNDO

COMBATE

I.—La Tierra Prometida..... 99
II.—El egregio romance..... 113
III.—Éxodo..... 123
IV.—Invitación..... 131
V.—La esfinge..... 141
VI.—¡Siempre!..... 151
VII.—El Contraste..... 159
VIII.—Las tentaciones..... 171

CAMINO TERCERO

EXALTACION

I.—El sol en las entrañas..... 181
II.—Vaticinios..... 193
III.—Los ojos abiertos..... 207
IV.—El pan de la noche..... 215
V.—Como la muerte..... 231
VI.—Tan callando..... 245

PQ6609. S5C3 1923

[redacted]

a39001 004055789b

10/71

CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:
LIBRERÍA RENACIMIENTO.—Preciados, 46.—Madrid.

Imp. Ciudad Lineal.—Madrid.—Teléfono S-12.